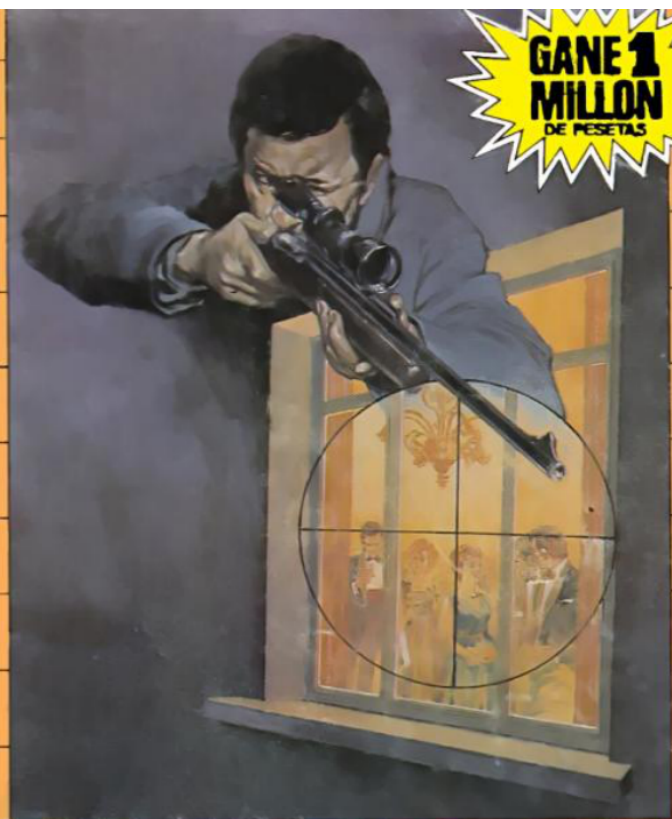


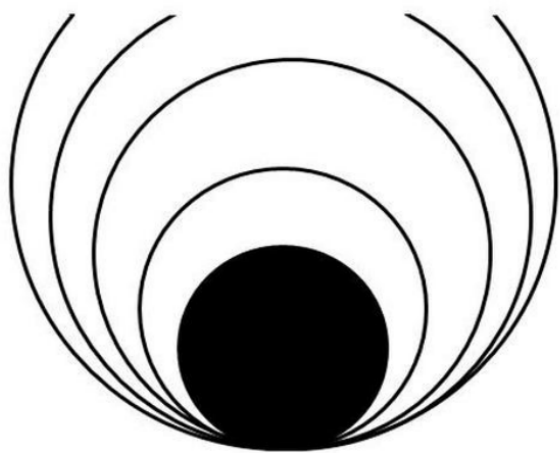


SINIESTRA ESPIRAL

DONALD CURTIS

PUNTO ROJO

BRUGUERA



PUNTO ROJO



SINIESTRA ESPIRAL

ENCONTRARÁ OBRAS DE ESTE MISMO AUTOR
EN LAS COLECCIONES DE
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
QUE SE DETALLAN A CONTINUACIÓN:

Bisonte Serie Roja
Búfalo Serie Roja

Donald Curtis

**SINIESTRA
ESPIRAL**

PUNTO ROJO

BRUGUERA

2ª edición en España: mayo. 1985

2ª edición en América: noviembre. 1985

Concedidos derechos exclusivos a favor de Editorial Bruguera, S.A.
Camps y Fabrés, 5. 08006 Barcelona (España)

© Francisco Bruguera - 1963



Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en España - Printed in Spain

ISBN: 84-02-02520-X / Dépósito legal: B. 11.496-1985

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S.A.

Carretera Nacional 152, km 21.650 Parets del Vallés (Barcelona) - 1985

CAPÍTULO PRIMERO

—¿De modo que está resuelto, Paula?

—¡Sí! —Paula Emerson se apartó de la ventana por la que se deslizaba la lluvia con la misma monotonía insoportable de todo el fin de semana. Nunca Chicago se había parecido más a una pecera llena de cemento—. Completamente resuelto, Wade. Estoy harta. Harta de esta vida, harta de ti y de todo lo demás.

—¿Qué es exactamente «todo lo demás»? —Wade Emerson dejó con un suspiro el alto vaso de *whisky* sobre la mesita. El vidrio estaba tan lleno de rodela húmedas que parecía el mostrador de un tabernucho.

—¡Eso, por ejemplo! —Paula llegó hasta él con rapidez, hizo un vivo ademán con su mano derecha, y el vaso fue a estrellarse ruidosamente en el linóleo del piso, derramando su precioso contenido escocés—. ¡Beber, siempre beber! ¿Qué puede esperarse de un mal detective privado, que se pasa borracho doce o catorce horas del día?

Wade miró su perdido licor con ojos entrecerrados... Después, malévolamente, los deslizó hasta las lindas piernas brillantes de buen «nylon» de su esposa, y rió con acritud.

—¿Esperabas algo más en realidad? —Gruñó por un rincón de la boca—. Tienes buena ropa, buenas medias, «nylon» hasta en la nariz, y todo lo demás. Todavía no has ido a vender tus joyas, ni has dejado de comer un solo día. Fumas buen tabaco, bebes combinados elegantes, que valen un ojo de la cara, tienes un coche para tu uso particular, que no está nada mal y ves a tu idolatrado astro de la televisión todos dos sábados por la noche. No creo que se pueda pedir mucho más.

—¡Todo esto lo tengo porque yo me lo gano, no tú! —gritó Paula Emerson. Tenía unas líneas tales que ni vestida de buzo hubiera podido disimular su condición femenina—. ¡Mi sueldo con

Ansara puede ahogarte a ti en dólares, Wade! ¡Y cuando eso ocurre en una casa, es porque el marido es un inútil!

Wade soportó el epíteto. En el fondo compartía esa opinión conyugal, pero se abstenía de manifestarlo en voz alta. Dar la razón a Paula, hubiera sido lo último que hiciera en la vida.

Irguió sus seis pies de estatura, enfundados en el «*tweed*» arrugado y fuera de moda, y estiró la mano hacia un gabán de color gris azulado, tan rugoso y descuidado como el traje. De haber vestido bien, Wade hubiera parecido un galán de cine, y él lo sabía. En principio, porque había vestido así en ciertas ocasiones dichosas, cuando aún no había cometido el estúpido error de casarse con Paula Hickey, taquimecanógrafa de un cliente importante en aquellas fechas. Después porque Wade era sincero incluso consigo mismo, y sabía reconocerse virtudes y defectos. Los defectos eran tantos que valía la pena no mencionarlos. Y las virtudes le parecían superfluas en una profesión como la suya.

En cambio, físicamente admitía su defecto de tener los ojos un poco pequeños y la boca algo grande. En cambio, la nariz era correcta, a pesar de que había recibido en ella más de un golpe, la frente amplia denotaba inteligencia, aunque la realidad se cuidara de desdecirle. El cabello, abundante y oscuro, se rebelaba al peine pero le favorecía con aquel mechón sobre la frente, y la mandíbula cuadrada, enérgica, aun sombreada por el azul tenue de su barba, podía ser considerada como un modelo varonil.

—¿Te vas? —murmuró Paula—. Es muy cómodo el huir de las verdades.

—También es cómodo justificar con el sueldo todos los gastos, por elevados que sean, querida —dijo lánguidamente.

—¿Qué pretendes insinuar? —gritó ella, moviéndose dificultosamente en su ceñido traje de «lame» plateado.

—Nada. Yo nunca insinúo; afirmo o niego. Y ahora, afirmo a mi adorable mujercita, que ninguna secretaria, sea de la Agencia Acme de Fotografías de Estrellas, o de los Transportes Ansara, puede vestir, gastar y vivir a tu nivel, con su solo sueldo.

—Wade, eres la rata más despreciable y sucia que existe... —Silabeó ella, rabiosa, mirándole con sus hermosos ojos entornados. Centelleantes como los de un gato.

—Y tú la más descocada dama de la ciudad, Paula —rió él

agudamente—. Tus aventuras avergonzarían a chicas de condición muy distinta de la tuya. Pero el ser la señora Emerson te hace creer muy digna, ¿verdad? Luego, con llenarme a mí de insultos, arreglado...

Se acercó a ella. Parecía tranquilo y casi divertido. Pero de repente levantó su fuerte mano y la descargó con violencia en el rostro femenino. La bofetada resonó como un pistoletazo.

Paula retrocedió, dando un grito. Se tocó la mejilla, donde los fuertes dedos del marido habían trazado rojos surcos.

—Y ahora, buenas noches, querida. Pronto vendrán a recogerte tus amigotes para una de esas excursiones nocturnas que tanto te gustan, y no quiero ser un estorbo. Mañana volveré a recoger mis cosas, y por la tarde hablaré a mi abogado. Espero que luego no te vuelvas atrás, cariño.

Avanzó hacia la puerta del lujoso apartamento de Washington Boulevard. Ella gritó, reaccionando de su momento de estupor:

—¡Nunca me volvería atrás! ¡Te odio, Wade, te odio y me das asco! —Él se quedó en el hueco de la puerta, con sonrisa burlona, viéndola allí, hermosa y desafiante en el centro del gabinete, toda envuelta en plata que parecía besar su cuerpo de ánfora, rematado por las verdes pupilas y la melena rubia—. ¡Nos separaremos inmediatamente, y cuando deje de ser la señora Emerson, seré la mujer más feliz del mundo! ¡Canalla, cobarde, fracasado! ¡Sólo sirves para esto: para pegar a tu mujer, y para dejarla que viva de sus propios medios, haciéndote luego el digno! ¡Te veré en el lodo! ¡Te veré arrastrado por las calles de Chicago pidiendo limosna! ¡Porque eres un inútil y un perdido!

Wade cerró la puerta de golpe, soltando una seca carcajada. Pero nada más hallarse solo en el pasillo alfombrado, de iluminación indirecta y tenue, crispó el rostro macilento, descuidado, con expresión de furia.

—Cielos, ¿qué vería yo en esa mujer cuando me casé con ella y creí estar enamorado? —rugió entre dientes—. Es una maldición para cualquier hombre. Ella me hundió cuando yo empezaba a ser algo en mi profesión...

Alzó de pronto los ojos. Frente a él, habíase abierto una puerta, y un rostro le miraba curiosamente. Era el de una vecinita encantadora, de facciones ingenuas y dulces, con cabellos

bronceados por el reflejo de la luz del pasillo, y ojos oscuros, serenos. No podía ver nada más de su persona, pero si era tan adorable como lo que asomaba, constituía un caso de excepción.

—Oh, perdone... —musitó ella—. Pero es que oí voces, y...

—¿Voces? —Otra voz, llena de sarcasmo, sonó en la puerta contigua del apartamento R, el de los Emerson. El perfil desagradable y aguileño de la señorita Winston, una solterona de agrio físico y no menos agrias expresiones, hirió las retinas de Wade—. ¿Voces dice usted, criatura? Eso es una batalla campal. ¿De modo que pegando a su mujer y todo, eh, señor Emerson? Vergüenza debería darles a los hombres una cosa así...

—Sería un placer, señorita Winston, si todas las mujeres fueran como usted —replicó él con violencia, mirándola desafiante.

La solterona silbó cómo podría hacerlo una cobra peligrosa, y desapareció en su cubil con un portazo seco. Se volvió Wade hacia la jovencita, que tuvo que hacer poderosos esfuerzos para no soltar la carcajada.

—Lamento haber sido indiscreta, señor, pero creí que sucedía algo... —murmuró la desconocida.

—Ocurría, desde luego. —Emerson la sonrió débilmente—. Debe de ser usted nueva en la casa, a lo que veo. Por fortuna, a mí no me verán más por aquí, y así no tendrá que soportar más peleas. Esto ha terminado, y usted ha sido testigo de su fin. Buenas noches.

Ante la perplejidad e incomprensión de la muchacha. Wade Emerson se perdió por el recodo del pasillo, camino del ascensor. Pulsó el timbre de llamada de éste, y mientras subía se enfundó el gabán gris, peinándose con los dedos sus cabellos.

El ascensor abrió sus puertas, el muchacho de servicio le saludó impersonalmente y descendieron a la planta baja. Momentos después, la llovizna recibía a Wade Emerson, marido a punto de recobrar la soltería. Se encasquetó el sombrero impermeable y abandonó la marquesina del edificio de apartamentos.

Tenía el tiempo justo para su cita. Podía haber llegado a ella sin prisas, de no ser por el giro dramático que tomó su charla con Paula al saber que aquella noche tampoco se quedaba en casa, sino que estaba invitada al teatro por unos amigos. Amigos de los que él nunca sabía nada, como si las cosas de su mujer le fueran ajenas.

El cauce de la discusión era inevitable ya, desde hacía mucho

tiempo. El matrimonio llevaba meses enteros sin intercambiar una sola caricia, ocupaban cuartos separados y apenas se veían. El trabajo de Wade era preferentemente nocturno. Ella, en las oficinas de Ansara, entraba a las nueve de la mañana, para no volver hasta las seis de la tarde a casa. Wade comía en un restaurante inmediato a su oficina de Halsted, y Paula haría lo mismo donde le viniera en gana o donde estuviese invitada por algún moscón de traje bien cortado y gruesos anillos en los dedos.

Ya ni siquiera la cena era hogareña o íntima. Al regreso. Paula traía a veces una bolsa con latería y alimentos hechos, que calentaba en el fogón, sirviéndolos de mala gana. O, como aquella noche, decía a Wade que se fuera a tomar algo por ahí, porque ella no cenaba y tenía mucha prisa para no perderse el primer acto de una estúpida comedia llamada «El que se ríe de las tristezas» o algo por el estilo.

Wade cenaría fuera, desde luego. Aquélla, y todas las demás noches. Cuando recogiera todo lo suyo de Washington Boulevard, dejando a Paula el apartamento, que siempre le pareció excesivamente lujoso, como todo aquello en que ella ponía la mano, no volvería más por allí. Sus abogados tramitarían la separación legal, y que Paula, sus lujos y sus impertinencias se fueran al diablo.

Siempre ha sido un error de todos sus compatriotas casarse demasiado pronto. Él lo hizo a los veintidós años. Ahora, con tres años más a cuestas, se sentía hecho un anciano, decrepito y al borde del fracaso o metido de patitas en él. Todo por Paula. El primer año había sido dichoso, tal vez demasiado, y la gatita ronroneó y mimó a placer a su flamante esposo. Se gastó sus ahorros, pidió créditos, y ella tuvo que buscar un empleo, mientras él pugnaba por reanudar el contacto con sus clientes antiguos o con otros. Pero un detective que se aleja alegremente de su oficina doce o catorce meses, pierde mucho.

Y ahora, ésta era la realidad, volvía a estar solo, sin ahorros, sin ropa presentable, sin clientela, salvo cuatro o cinco casos de poca monta y menos dinero, y sin alojamiento, exceptuaba su oficina de Halsted, que en caso de apuro podía servirle.

Mientras un taxi le conducía por Ashland abajo, entre luces centelleantes en la lluvia nocturna. Wade iba pensando en su cita de aquella noche. En un principio, había creído que era una broma.

Por lo menos, era la primera vez que una chica le telefoneaba, diciendo sencillamente:

—Oiga, soy Dalilah, tengo el pelo rojo y los ojos grises, y le espero en «Judas» a las nueve y media en punto. No se demore ni diga nada a nadie. ¿Me ha entendido bien?

Wade había apretado el receptor, entre belicoso y humorístico, respondiendo:

—Sí, preciosa. Del todo. Yo soy Sansón, tengo el pelo entre marrón y negro, unos ojos más pequeños de lo que mi madre hubiera soñado, y me muero por las pelirrojas. ¿Estamos ya de acuerdo los dos? Llevaré tijeras para que me cortes la cabellera.

Pero de pronto, la voz había sonado angustiada, triste, con una nota de desesperación que Wade sólo recordaba haber advertido una vez, años atrás, en un compañero de guerra en el Pacífico, cuando se vio con vida pero cortadas sus piernas por un obús japonés. Y esa voz había dicho, apremiante:

—Por amor de Dios, no bromea. Va en ello mi vida. Y la suya también. Venga a «Judas» a la hora que le digo. Es un garito situado al final de la West 23 Oeste, frente al río. Hay siempre mucha gente y mucho bullicio. Por eso le doy mis señas personales. No pregunte por mí sino al camarero calvo, uno llamado Budweiser...

—¿Igual que la marca de la cerveza?

—¡Sí! Budweiser —deletreó la voz femenina, impaciente—. Es el único que sabe mi nombre. No lo olvide: Dalilah. Y soy pelirroja. Estaré sentada a una mesa en espera de usted. Quiera Dios que todavía sea tiempo...

—¿Tiempo de qué, pelirroja? —Wade se resistía a tomar en serio el asunto, a pesar de aquel tono desesperado y anhelante.

—De salvar nuestras vidas... y las de muchos otros, Emerson —fue la desconcertante respuesta, antes de sonar al extremo del hilo el chasquido que señalaba el final de su conferencia.

Wade, apelando a sus recursos profesionales, había pedido informes a la central telefónica sobre el número que recientemente comunicara. Le dijeron que había sido un teléfono público de Michigan. Como eso no le aclaraba nada, dio las gracias y dio por terminadas las pesquisas.

Había gente que acostumbraba a divertirse por el sistema de telefonar al buen tuntún, diciendo insensateces. Pero existía la

endiablada casualidad de que aquel teléfono era el de su oficina privada, número que no figuraba en la guía, sino a nombre de W. E. Lincoln.

Y por glorioso que fuera, nadie conocía, salvo raras excepciones, su segundo apellido. Esas excepciones eran las dotadas por tarjetas suyas profesionales.

No conocía a Dalilah alguna, fuera del personaje bíblico o la melodía cinematográfica de Víctor Young. También existía, según referencias, una cantante moderna en Francia con ese nombre, pero era muy dudoso que se tratara de la misma.

De modo que Dalilah era un misterio. Y los misterios constituían parte vital en la profesión de Wade. Después, el choque con su mujer había alejado de la mente del detective privado todo eso, relegándolo a segundo término.

Ahora, mientras las saetas del reloj volaban materialmente sobre la esfera, hacia la hora fijada por su desconocida comunicante, el cerebro cansado, desmoralizado, de Emerson, volvía a centrarse en Dalilah. Había comprobado el número telefónico, y por ende, la existencia de «Judas», un establecimiento público de la calle Veintitrés Oeste, frente al puente plegable. ¿Por qué lo demás no podía ser cierto?

Ante el riesgo de una inocente burla, estaba la posibilidad de divertirse con una pelirroja histérica, lo cual podía ser divertido. O también la otra, mucho más desagradable, de que la historia fuese cierta, y hubiera vidas en peligro. Lo único fuerte de esa teoría, era el aspecto que le tocaba a él personalmente. ¿Podía existir algo más incongruente que ser informado por alguien de que su propia vida corría peligro, cuando sólo tenía entre manos cuatro casos absolutamente inocentes, como eran un chantaje de pocas decenas de dólares, un marido infiel, la búsqueda de un atropello a un ciego, y la desaparición de una menor de edad en circunstancias sospechosamente románticas? No eran casos como para poner en peligro la vida del investigador privado.

Por eso había dicho al taxista, dispuesto a correr todos los riesgos inherentes al caso:

—¡Al «Judas», amigo! Final de la calle Veintitrés. Y deprisa...

—¿Dalilah? No, no la he visto esta noche por aquí...

El viejo camarero calvo se rascaba el lugar donde debió existir

en época muy remota algo de cabellera. Su voz gangosa y muy baja de tono, apenas si era audible en aquel ambiente de locos.

Wade sabía que existía furor por los ritmos modernos, las melenas largas, las pinturas abstractas y todo eso, pero no hasta el punto que lo llevaba «Judas». El lugar era tan falso en su ambiente como el nombre, dado sin duda en un momento de inspiración tan abstracta como los horrorosos cuadros de sus muros color naranja. Aquello, para una mirada cristiana, no eran sino manchones de mil colores, plantados a placer allí, Y que se dejaran de zarandajas de profano o entendido. Aquello no podía entenderlo nadie en su sano juicio.

Un par de paisanos, un «saxo», un trompeta y un «jazz» que sonaba por diez, convertían el local, largo y abigarrado de público, humo y olores a todo, desde perfume caro a sudor, en una jaula de dementes. Los hombres vestían a su gusto, que era tan horrible como el local, las mujeres apenas si vestían, al menos de cintura para arriba, y todos gritaban a placer. El llamado Budweiser atendió a Wade junto a la caja registradora del mostrador que era el único chisme realista y positivo en semejante aquelarre, y denegó lentamente, añadiendo aquello de que Dalilah no había ido aquella noche al «Judas». Ni tampoco la anterior ni la otra. Evidentemente, eso en la chica era inusitado.

Una sensacional pelirroja rozó a Wade en aquel momento, sonriéndole provocativamente. El detective silbó, creyendo en principio que iba vestida de Eva hasta la cintura. Pero luego comprobó que aún existía algo de tela por encima, aunque no demasiada.

Budweiser denegó con su pelada cabeza tristemente, igual que si tuviera que lamentar la muerte de alguien:

—No, no, señor. No es ésa. Tiene el pelo más rojo Dalilah. Y es más bonita...

Aquel viejo camarero podía equivocarse o tener un sentido erróneo de la belleza aunque la clientela que servía no era la propicia para ser profano en la materia. Pero Wade se dijo que con pelo más rojo, y más belleza que aquel monumento humano, no hubiera podido imaginar a ninguna muchacha en el mundo. El concepto que tenía de Dalilah subió muchos enteros. En la Bolsa hubiera agotado el papel en un minuto.

Le dio las gracias, resolviéndose a esperar por si aún llegaba la joven, aunque ya eran las diez menos veinte. Pidió un doble de *whisky*, mucho peor que el suyo del apartamento, y suspiró con melancolía al evocar el charco de su vaso roto por Paula.

Esperó en vano hasta las diez menos cinco. Budweiser le dijo que no había llegado Dalilah. Wade estuvo tentado de preguntarle qué era y qué hacía la chica, pero ya que no había acudido, era señal de que los motivos de la cita habían perdido fuerza. Y a fin de cuentas, era posible que la pelirroja belleza del «Judas» le hubiese tomado el pelo.

Salió otra vez a la lluvia. No parecía dispuesta a cesar, como si la ciudad tuviera envidia al lago Michigan y quisiera emularle en humedad. Lo cual estaba a punto de conseguir. Estuvo tentado de coger un taxi, para volver al centro. Pero lo pensó mejor y dio la vuelta al edificio del «Judas» que formaba chaflán. La calleja adyacente, con vistas a la bruma que colgaba sobre el río, era estrecha, oscura y poco frecuentada. Su suelo parecía charol de puro negro brillante.

Se paró en la esquina mirando hacia adelante. Extrajo un cigarrillo, manteniéndose bajo un saliente de la fachada que le preservaba del agua, y haciendo oquedad con las manos, prendió un fósforo del estuche que acababan de darle en «Judas» al tomar la consumición. La cubierta del sobre, en cartulina enfundada con celofán, tenía todos los absurdos colores de los muros de «Judas» y su nombre en diagonal, con letras raras.

De repente, Wade arrojó al suelo la cerilla, que se apagó en un charco de agua. El leve resplandor de la llama, había revelado la figura que avanzaba hacia él en la oscuridad, pegada materialmente al muro cubierto por mil carteles multicolores de publicidad, a pesar de la prohibición que, sobre tal uso, figuraba en la fachada.

¡Era una sombra de mujer, envuelta en un impermeable verde, brillante, empapado por la lluvia! A la incierta luz del fósforo sólo apreció esos detalles. Ésos, y que la mujer caminaba con lentitud e inseguridad, como si estuviera borracha.

Wade Emerson, habituado ya a las tinieblas de la calleja, y habiendo localizado la presencia de aquella transeúnte, fijó en ella los ojos estrechos. Siguió por un par de segundos sus pasos torpes, dubitativos. Y de repente la mujer gimíó entre dientes, alzó una

mano tratando de aferrarse a la pared, y cayó de rodillas.

El detective corrió hacia ella, se inclinó sobre su figura doblada, que tenía la cabeza baja, y apoyó sus manos en las axilas, ayudándola a incorporarse. Le sorprendió el tremendo peso del cuerpo, y la rigidez de su cuello. Una voz musitó:

—No... no me levante... Déjeme... morir...

Emerson pensó que el alcohol hace a veces prodigios con un cerebro. Gruñó algo de mala gana y la alzó. Se empapó las manos con aquella prenda y con las ropas de la mujer, que parecía joven y bastante alta.

Maldijo la oscuridad de la calleja, y trató de sujetarla con un brazo, mientras con otro encendía una cerilla. No era fácil y la mujer, como si lo advirtiera, a pesar de que seguía con el rostro mirando al suelo, balbució, muy débil la voz:

—No, no... Suélteme. Se estará manchando... de sangre... Váyase pronto... pronto...

¡Sangre! A Emerson se le erizaron los cabellos de la nuca. Se dio cuenta nebulosamente de que el líquido que le humedecía las manos no era fluido como el agua, sino aparentemente más espeso. Él pensó antes que podía ser fango, pero... también podía ser sangre.

—¿Está loca? —Gruñó Wade—. ¿Ha bebido demasiado, o es que está realmente herida?

—Herida... herida de muerte... —Por fin, en la oscuridad, alzó el rostro. La lejana luminosidad de la calle Veintitrés hizo fulgar sus ojos turbiamente. Debía de ser joven y hermosa—. Busque a... a un hombre... llamado Emerson, y...

—Yo soy Emerson —dijo él, con tono helado, dominando su asombro—. ¿Y usted?

—¡Emerson! —El cuerpo se agitó entre sus brazos—. Usted... Gracias a Dios... Escape... escape si aún le... le queda tiempo... Va a morir tam... también... como yo... Ellos... no perdonan... Mucha gente... morirá... Escape...

De repente cesó de hablar, tuvo una nueva sacudida, y se quedó inmóvil, rígida, pesando más que nunca. Wade, vivamente, la zarandeó sin resultado. Acelerando sus movimientos, con un frenesí que no le hizo dejar de ser sistemático, depositó en tierra a la mujer, y encendió otro fósforo, después de dos intentos fallidos por

la lluvia.

Lanzó una imprecación, retrocediendo ante el cuerpo tendido cuyo traje de tarde, brutalmente desgarrado, aparecía bañado en sangre, igual que la brillante gabardina verde. De la herida, sobresalía el mango de unas tijeras, fuertemente hincadas, bruñidas bajo la sangre que las manchaba. Aquél debía ser el último de una serie de acuchillamientos con las herramientas afiladas. Y el agresor dejó clavada el arma en la herida final.

¡Y la hermosa joven, cuyo rostro mostraba ya la lividez de la muerte, poseía la cabellera roja más prodigiosa que jamás viera Wade Emerson!

CAPÍTULO II

Dalilah...

Al fin había encontrado a Dalilah, su comunicante, la que había parecido una bromista al principio y una histérica después. Ahora, no era más que un cadáver.

Wade se irguió, después de apoyar la mano sobre el seno izquierdo de la muchacha. No podía llenarse con más sangre de la que llevaba encima. Ésta le ensuciaba toda la manga derecha de su gabán, la parte delantera y las manos. Sangre de una mujer que le había telefoneado bajo el terror de un peligro de muerte. Sangre de una pelirroja muy bella, con la que había tenido una cita a las nueve y media.

Y a las diez estaba muerta.

Asesinada.

Wade miró en torno. La calleja estaba tan desierta como antes. Llegaban los ecos ruidosos de un «blue» negro entonado por los orates del «Judas». Y el rumor de la lluvia. Pero nada más, afortunadamente. No iba a ser tarea fácil explicar a la policía su presencia allí, junto a un cadáver, bañado él con la sangre de la muerta, habiendo llenado sin duda de huellas el mango de las tijeras, y admitiendo haber preguntado por ella poco antes en el local contiguo.

Eso, para un detective privado, era el golpe de gracia. Después de verse mezclado en un caso así y tener el cadáver en sus manos, podía cerrar la oficina y traspasarla. No. Wade amaba demasiado su licencia de investigador privado. Tras el divorcio de Paula, sería lo único que le quedaría en el mundo. La oficina, la licencia, y una cuenta de siete dólares con cincuenta centavos, en el National Bank. Todo un porvenir. Pero sin licencia, la cosa sería irreparable. Él no sabía hacer otra cosa. Si es que sabía hacer esto, a la vista de las circunstancias, pensó amargamente.

Agachóse de nuevo junto a la joven muerta, sin preocuparle ya la sangre. Tomó su pañuelo y lo pasó por las tijeras, limpiándolas de sangre y de huellas. Luego, hizo un ovillo con el pañuelo, metiéndolo en el bolsillo del gabán. Rápidamente registró los bolsillos de la joven. Su traje de tarde no tenía ninguno. Se limitó, pues a los dos del impermeable verde. Encontró un manojo de llaves y una agenda de hule negro cerrada con un broche. Guardó ambas cosas en los bolsillos de su americana, y se alejó calle abajo, dejando bajo la lluvia a Dalilah, la mujer sin apellido, personalidad ni sitio en su cuadro mental. Por ahora era una incógnita, como lo fuera en vida, a partir de su llamada telefónica a la oficina. Pero una incógnita que ya no hablaría, y que había repetido, antes de silenciarse para siempre, palabras de amenazas ignoradas y de muertes violentas. ¿Volvería a tener razón?

Era doloroso dejar a la muerta allí, como un objeto cualquiera. Pero no tenía otra salida. Necesitaba estar libre de movimientos para poder seguir aquel inusitado caso, que tan de cerca parecía afectarle. Con los de Jefatura a su alrededor, dando por hecho que se redujeran a eso, lo cual era muy optimista de prever, estaría atado de pies y manos. El teniente Fowler, de Homicidios, no le permitiría meter las narices en el caso. El polizonte tenía viejas razones para no desear la rivalidad de Emerson.

Mientras se alejaba, iba pensando en el siguiente e inevitable paso: deshacerse del gabán y pañuelo, donde no fueran fáciles de hallar. Eso, en esta latitud de la ciudad, era elemental.

Dirigióse a la orilla del río, eludiendo las zonas iluminadas. La neblina y la lluvia eran sus más eficaces colaboradores en aquel borrar desesperado de indicios acusatorios. Alcanzó la orilla del agua, oscura y centelleante en sus ondulaciones, y miró su curso. Necesitaba algo de mucho peso para que el gabán se hundiese, sin flotar delatoramente.

No había allí piedras, objetos de hierro ni nada similar para el caso. Lamentándolo mucho, tendría que utilizar un objeto del que era peligroso deshacerse en aquellos momentos: su automática.

Pero no tenía otro remedio, si no quería pasearse por Chicago a las diez de la noche totalmente cubierto de sangre humana, que perderla en aquella ocasión.

La extrajo del bolsillo posterior de su pantalón, y la introdujo en

uno del abrigo.

Se despojó de la prenda, hizo con ella un hato, ligándolo con el cinturón y la lanzó al agua. El río, negro y glotón, se cerró sobre el paquete, formándose círculos concéntricos en su superficie, hasta que ésta recuperó su normalidad.

Wade se apartó a toda prisa. Buscó la calle Veinticinco, y al localizar un taxi libre, subió a él. Únicamente había un sitio en todo Chicago donde encontrar ahora un abrigo de repuesto, aunque viejo y en desuso: su apartamento de Washington Boulevard. No le gustaba la idea de volver, pero para cuando llegase él Paula ya no estaría en casa y no tendría que saber que había vuelto en la misma noche.

El detective dio al chófer una dirección cualquiera de Douglas Park, y allí se bajó, abonando la carrera y buscando otro coche que le condujera a su casa. Convenía cubrir bien las espaldas, porque el teniente Fowler era perro viejo y nada tonto.

Cuando paró finalmente ante su casa, miró a lo alto. No había luz en la ventana de su apartamento, lo cual era buen inicio. Entró, subiendo por las escaleras en vez de hacerlo por el ascensor, y buscó las llaves. Aún conservaba la del apartamento, por fortuna para él.

El pasillo estaba solitario, lo cruzó con pasos sigilosos, y se detuvo ante la puerta del apartamento R. Del piso de enfrente, el de la jovencita ingenua, escapaba luz por la rendija de la puerta, y música de «Jazz» de algún disco o radio.

Sonrió para sí, abriendo la puerta con su llave. La oscuridad de la estancia le engulló. Cerró suavemente la puerta antes de dar al conmutador. La claridad anaranjada del gabinete le inundó. Vacío, resultaba más confortable y acogedor que con Paula en él. Resultaba curioso que fuera así.

Encaminóse al bar y lo abrió, extrayendo una botella de *whisky*, el escocés de su preferencia. Vio dos botellas caídas en la estantería y las enderezó. Luego, sirvióse un buen vaso y lo apuró de un trago ininterrumpido. Le hacía falta alcohol, después de lo ocurrido.

Sintióse más entonado, y se dispuso a buscar el abrigo en desuso. Era una prenda con casi cinco años encima, y la guardaba en el ropero de su dormitorio, como algo sólo útil para darlo a cualquier mendigo. El mendigo, evidentemente, era él.

Wade se mofaba siempre de sí mismo en las situaciones más difíciles. Esto le daba cierta complacida resignación para soportar todo lo malo que la vida le reservaba, que no era poco.

Frunció el ceño al cruzar el gabinete. Un cigarrillo del cenicero colocado sobre la mesita llamó su atención. No por el «rouge» que embadurnaba su boquilla, sino precisamente por ésta en sí. Habían dejado el residuo muy largo, y aplastado sobre el cenicero del peculiar modo nervioso que siempre lo hacía Paula. Pero la boquilla era de un color agrisado, y Wade sabía que jamás fumaba Paula aquella marca de cigarrillos. Pertenecían a unas grandes cajas metálicas con cincuenta o cien cigarrillos y nombre extraño.

El instinto detestivesco de Wade se despertó con aquella minucia. Paula había debido tener un visitante después de irse él. Acaso varios, pero sólo había dos cigarrillos así. Uno con rojo de labios y otro sin él. Pero ambos de boquilla gris, con filtro. Cuando él se fue no había allí ninguno. Y Paula, en su presencia, había fumado dos «Abdullah» aquella noche.

Se encogió de hombros. Que fumara lo que quisiese con sus amigos noctámbulos. Dentro de poco, no sería legalmente su mujer, aunque hacía ya mucho tiempo que sólo lo era nominalmente.

Entró en su dormitorio, extrajo el abrigo oscuro, pasado de moda, pero por fortuna aún le sentaba bien. Antes de ponérselo, se miró detenidamente el resto de la indumentaria. Hizo bien en ello porque el borde de su americana estaba sucio de sangre. Contrariado, se mudó aquel traje por otro marrón, bastante raído. Se encaminó al lavabo, contiguo a la habitación de Paula, y allí se lavó cuidadosamente las manos, haciendo lo mismo con la chaqueta, sin demasiado éxito.

Sería conveniente ocultarla, para que Paula no encontrase allí, al volver, una prenda que sabía llevaba puesta él al salir. De modo que fue al cuarto de los trastos, situado junto a la cocina del apartamento, y una vez en él, abrió su maleta, metiendo dentro la americana y el pantalón de «tweed». Cerró de nuevo con llave, convencido esta vez de que no se olvidaba nada.

Regresó al gabinete. Allí, repitió la dosis de *whisky*. Miró pensativo el dormitorio de Paula. Hacía meses que no entraba allí. Era el refugio de ella, su rincón privado, y parecía dispuesta a mantenerlo lejos de Wade, como algo intocable.

¿Intocable? Wade rió entre dientes, a pesar de la gravedad de los sucesos ocurridos junto al «Judas». Acaso era el *whisky* escocés el que reía, y no él. Lo cierto es que maldijo a Paula, se maldijo a sí mismo, por haber llegado a quererla y ofrecerle el matrimonio, cegado sin duda por sus encantos físicos, muy superiores a los morales, y así había salido la cosa.

Ahora podía husmear entre las cosas de ella, curiosear. Su instinto profesional le decía que toda mujer guarda cosas estrictamente privadas sobre todo en el caso de Paula. Sería divertido descubrir alguno de sus feos tapujos. Se tomó *whisky* para animarse, olvidando casi a la pobre Dalilah, la de los cabellos rojos, y abrió la puerta del dormitorio.

Dio la luz, y miró primero los muros color azul celeste, las cortinas cobalto, la cama de madera clara, con alegre colcha amarilla. Sus ojos resbalaron hasta la mesilla de noche, con el gran retrato de Paula, al lado del cual aparecía el rostro de Wade sonriendo estúpidamente al fotógrafo. El joven hizo una mueca, descontento de su fotogenia.

Después bajó los ojos a la alfombra. O mejor dicho, adonde debía de estar la alfombra. Porque encima de ella encontró la Muerte.

Por segunda vez en el espacio de una hora escasa, la Muerte desagradable, cruel, sangrienta. Y haciendo presa en elementos de su propio sexo, dando por sentado que la Parca fuera femenina.

Wade lanzó un gemido ronco, inarticulado. Se creía a prueba de sorpresas, pero tuvo que apoyarse en el quicio de la puerta para no caer...

Paula podía haber sido hermosa. Su cuerpo podía haber sido envidiado por las mujeres y codiciado por los hombres, luciendo un «lame» plateado como aquél. Su rubia melena y sus ojos verdes podían haber sido el sueño de cualquier fotógrafo de modelos, pero ahora todo eso, con aquel espantoso baño de sangre y el mango de unas tijeras asomando a la altura del pecho, bajo el hermoso rostro petrificado por la muerte, no eran nada.

Nada más que materia muerta.

Muerta como Dalilah...

CAPÍTULO III

El teniente Fowler era la última persona a quién Wade hubiera deseado ver aquella noche. Y, sin embargo, allí estaba. Macizo, sólido como un bloque de granito compacto y a prueba de embates. Keenan Fowler, con sus veinte años en el Departamento, un sueldo mediano, como buen policía, y una moral a prueba de toda extorsión, era elemento peligroso en cualquier momento, para un detective privado que tuviera fama de chanchullero. Y, por desgracia para él, Wade Emerson tenía diploma de honor en esa categoría.

—Acuchillada a tijeretazos, ¿eh? —El teniente de Homicidios se apartó del desagradable espectáculo formado por Paula Emerson, su sangre y su expresión de inmenso horror.

—Para sacar esa conclusión, no le hubiera llamado a usted, teniente —suspiró Wade, apurando su enésimo trago de alcohol disfrazado de *whisky*, mirando el reloj mural. Marcaba las once y media—. A las diez y media ya había pensado yo lo mismo.

—¿De veras? —Fowler le dirigió una mirada de soslayo nada amistosa—. Parece muy tranquilo para haber perdido a su mujer de un modo tan brutal e inesperado.

—Estoy habituado a la violencia, teniente. Además, ya había perdido a Paula antes de que ese salvaje hiciera su tarea. Nos íbamos a divorciar.

—¿Divorciar? ¿Por qué? —El tono del policía se aguzó.

—Por lo que se divorcian siempre los matrimonios. Incompetencia, crueldad mental o la primera tontería que se le ocurra al juez. Eso es igual. La verdad, clara y simple, es que nos llevábamos como el perro y el gato. O mejor, como diez perros y diez gatos. Es más gráfico así.

—Entiendo. ¿Peleas frecuentes? —Fowler miró de reojo, tan significativamente, el cuerpo, que Wade no pudo evitar una agría

risita.

—Sí, pero sin tijeras. No deje correr tanto su imaginación, teniente.

—A veces, las disputas domésticas terminan con un cuerpo en la Morgue. Imprudente o premeditadamente. Sin embargo, no sería un modo de matar digno de usted, Emerson. Le tengo por más refinado.

—Gracias —el tono hosco de Wade era cortante como un cuchillo—. A propósito: me importaban un ardite mi mujer y su futuro. La aborrecía con toda mi alma. Pero de un modo razonable. No me alegro de su muerte. El cobarde que hizo eso, algún día estará al alcance de mi mano y podré demostrárselo con hechos, teniente.

—Dios quiera que no. La Justicia se ha hecho para algo, Wade. —Emerson se volvió hacia los dos peritos en huellas y al fotógrafo del Departamento, que salían del dormitorio. El médico reapareció en la puerta del lavabo, secándose las manos, igual que si hubiera asistido a un banquete—. ¿Algo nuevo, muchachos?

—Millones de huellas en todo, pero es natural que resulten de la muerte y de su marido. Será difícil encontrar nada de interés. Las tijeras fueron manejadas con guantes o con un paño, porque están limpias de toda huella.

—¿Conoce usted esas tijeras como propiedad de su mujer, Wade?

—Ella tenía unas en el tocador, pero no he mirado allí. Para mí, todas son iguales.

—No hay tijeras de ninguna especie en el dormitorio. Así que serán las de ella, sin duda. Bien, Wade. Tendremos que charlar largo y tendido. Usted dice que se marchó de aquí a las nueve y media, ¿no es cierto?

—Eso es. Acaso fuera un poco menos, no sé. En el piso de enfrente y en el de al lado me vieron marchar Paula y yo habíamos discutido fuertemente. Se enteró todo el edificio.

—Vaya, vaya. Es significativo eso, en una noche así, ¿no le parece?

—Mire, Fowler, váyase al demonio. Tendría que ser idiota para matar a mi mujer después de enterarse todo el mundo de que andábamos a tropicónes. Piense algo más brillante, teniente.

—Pienso siempre lo más ajustado a la realidad, Emerson — cortó, seco, el policía—. Sigamos: ¿a qué hora volvió más o menos?

—No sé exactamente. Serían las diez y media, teniente. O acaso un poco más. Nada más encontrar a mi mujer le telefoneé a usted. He esperado sin tocar nada, tratando de encontrar una razón lógica que justifique la muerte de mi mujer, pero no doy con ella. Ya le he dicho que hay puntas de cigarrillos que jamás fumaba Paula, ni tenía en su bolso. Cigarrillos con filtro agrisado. Pero no sé con quién los fumó ni quién los trajo a esta casa. Quizá cuando demos con eso, sepamos quién la mató.

—Quizá. Pero ahora concretemos un poco. Para ser usted su marido, sabe pocas cosas sobre la vida y amistades de Paula, ¿no le parece?

—No me mezclaba en su vida, ni ella en la mía. Era ya de por sí una separación espiritual. Incompatibles los dos, admitíamos el fracaso de nuestra unión, y procurábamos no convertirla en un infierno, aunque a veces resultara inevitable tal cosa.

—¿Adónde fue usted a las nueve y media, Wade? —inquirió a quemarropa el policía.

Wade esperaba la pregunta y no le pilló de sorpresa. Vagamente, respondió:

—Después de la pelea, y sabiendo que esperaba a algunas de sus amistades, no quise seguir en el apartamento. Salí, dispuesto a no volver, metiéndome en cualquier cine.

—¿Qué cine? —Disparó Fowler.

Diablo de policía, no dejaba punto de reposo. Wade sonrió.

—No le he dicho que entrase. Una vez en la calle, lo pensé mejor y di un paseo. Para calmar mis nervios y despejarme.

—¿Con esta lluvia? —Fowler se mostraba realmente escéptico. Su mirada voló al abrigo recién extraído por Wade del ropero. Un sudor frío cubrió la frente del joven.

—¿Qué clase de abrigo usa, para tenerlo tan seco después del aguacero, Emerson?

—No caminé mucho. Tomé un taxi por Madison y di vueltas, sin orden ni concierto. Al fin, me detuve en la calle Humboldt, y tomé unos *whiskys*.

—¿En qué local?

—Demonio, Fowler, ¿esto es un tercer grado o qué? Ni me fijé

en el sitio que era, ni iba en condiciones de ver nada. Bebí y pagué, eso es todo lo que recuerdo. Había mucha gente, así que acaso no me recuerden. Pero puedo probar, si es que necesito coartada.

—Claro que la necesita.

—¿Así que sospecha de mí?

—Yo sospecho de todos los mezclados en un crimen. Y usted es el directo sospechoso, por llevarse mal con su mujer, haber disputado, y tener una floja coartada en esta hora larga de que dispuso y durante la cual, según nuestro forense, fue asesinada Paula.

—Eso ya lo sabía. A las nueve y media, la dejé llena de vida, insultándome lindamente porque me crispó lo bastante como para abofetearla. Al volver, la hallé muerta.

—¿De modo que también le pegó, Emerson?

—¡Sí! ¿Es que usted nunca ha tocado a su mujer en un momento de ira, teniente?

—Nunca —y humanizándose, añadió con una sonrisa—: Pero no por falta de ganas... Bien, Emerson, su alivio es muy pobre por ahora. Pero dejemos eso. ¿No tiene la menor idea de quién podía ser su visita de esta noche?

—Ni la más mínima. Paula no llevaba su cinismo al extremo de referirme esas cosas.

—Perdone si soy algo impertinente en este aspecto, pero tengo que saber más sobre su esposa. ¿No sabe de alguien que frecuentaba más asiduamente el trato con su mujer, Wade?

—Pues... sí —de mala gana, el detective miró a Fowler—. Claude Langan. Gerente general de la «Ansara Export Lines» en Chicago. Ella trabajaba allí y era su secretaria...

—Oh, comprendo. Ansara... Me suena el nombre.

—Es la más importante vía naviera y aérea de transportes, con Europa y Asia. Tiene su central en San Francisco y otra sucursal tan importante como la de aquí, en Nueva York. Su propietario y director es Carleton Ansara, un eurásico nacionalizado americano. Algo así como un cóctel viviente de continentes, con bastante bilis dentro. Sólo ha venido a Chicago en dos ocasiones, que yo sepa. Una noche cuando Paula y yo aún cubríamos un poco las apariencias de nuestro pobre remedio matrimonial, y queríamos convencernos a nosotros mismos de que éramos felices por encima

de todo, coincidimos con él en un *cabaret* de Michigan Avenue. Es muy amable y cortés, nos invitó a champaña del mejor y pidió un baile a mi mujer como si fuera la reina de Inglaterra. Pero no me gustó su cara amarillenta, sus ojos oblicuos y su sonrisa pegajosa. No me gustó nada del señor Ansara, a pesar de que exuda millones por todos sus poros.

—Bien. Una descripción completa del poderoso Carleton Ansara, ¿eh? —rió Fowler—. Basta oírle para saber que no le gustó ni pizca. Pero a él acaso le gustara Paula, ¿no?

—Es posible.

—Paula era hermosa, joven y atractiva —meditó el teniente con la vista fija en el suelo—. Demasiado para hacer feliz a un marido. Pero lo bastante para atraer a otros hombres de todo calibre a su solo olor. Acaso fue eso lo que hizo a ella considerar poca cosa a un simple sabueso privado, ¿no cree?

—Es una teoría tan poco agradable para mí, que nunca la he edificado.

—Perdone de nuevo mi falta de tacto, Emerson. Pero es un asesinato, hay que olvidarse de suspicacias así. A fin de cuentas, usted no niega el estado de cosas en la vida privada. Y tampoco el hecho de que fueran a divorciarse. ¿De quién partió la idea?

—De ella, naturalmente. Yo estaba dispuesto a soportar todo lo humanamente sufrible.

—Muy altruista. ¿Puso usted inconveniente al divorcio?

—Ninguno. Era una solución. Todo mejor que el sacrificio estéril de ambos por evitar el derrumbamiento de nuestro castillo de naipes. Paula no era mala, nunca lo fue. No podré culparla jamás de nuestro fracaso mutuo. Ambos cometimos un error grave. Eso fue todo, teniente. Por eso, le prometo que buscaré al canalla que hizo eso, y...

—Mire, Emerson, no me complique la vida, ¿quiere? —resopló el policía—. Sólo me faltaba que usted se dedicara a criminalista. Recuerdo cierta vez que jugó a los detectives de verdad, hace unos años...

—¿Y no le ayudé? —ironizó Wade, arqueando las cejas.

—Sí, no voy a negarlo. Usted tiene la maldita cualidad de gustar a las mujeres, y sonsacó lo bastante a aquella muñeca de «nighth club» como para tostar en la silla a su adorador. Pero esto es

diferente: se trata de su propia esposa. Wade, usted es sospechoso, como cualquier otro, y no quiero verle haciendo tonterías. Así que no se cruce en mi camino, o le llevaré por delante al primer descuido. Es un aviso leal.

—Gracias por la lealtad entonces —dijo secamente Emerson.

—Ahora, dígame algo que le falta aún por aclarar: ¿por qué volvió aquí tan pronto?

—Pensé que Paula estaría ya fuera, y decidí volver para beber unos tragos aquí, y pasar mis últimos minutos en el apartamento. Pensaba marcharme para siempre.

—Y ha sido ella la que se fue —musitó entre dientes Fowler—. ¡Y de qué modo, cielos! Es raro ese modo de matar a una mujer, sola en su apartamento. Nada menos que unas tijeras. Se las clavaron seis o siete veces. No comprendo. O hubo lucha, y por ende obcecación, o nuestro asesino es un ser brutal, violento y sanguinario...

Wade pensó en otro cuerpo de mujer acuchillado con un arma igual, y se estremeció. Sanguinario. Sí, eso era el asesino que andaba suelto por Chicago a aquellas horas, si es que era el mismo, en ambos casos. La teoría parecía fantástica, pero ¿qué otra cosa se podía pensar? Una coincidencia era aún más fantástica.

Wade se sirvió otro vaso de *whisky* y ofreció uno al teniente, que negó con la cabeza. Mientras bebía, el detective se preguntaba quién podía ser la persona interesada en eliminar a una desconocida pelirroja llamada Dalilah. Y quién podía desear la muerte de Paula, siéndole posible el acceso al apartamento. Dos muertes iguales, casi en media hora. Recordó, con pavor, las palabras de la mujer moribunda: *Va a morir usted también. Ellos no perdonan... Mucha gente morirá...*

Al principio había sonado increíble. Ahora, se transformaba en una posibilidad alucinante. ¿Quién podía querer la muerte de Wade Emerson? ¿Quiénes eran ellos? ¿Qué otras personas corrían peligro?

El teléfono del gabinete empezó a sonar de pronto. Wade se puso de pie de un brinco, dirigiéndose a él, pero Fowler, en dos zancadas diagonales, llegó antes que él y tiró hacia sí del receptor, igual que si pretendiera arrancarlo de cuajo. Lo aplicó al oído, mirando a Emerson con ojillos burlones, e inquirió secamente:

—¿Dígame? ¿El señor Emerson? No. Soy el teniente Fowler. Un

momento... —Tendió al joven el auricular, añadiendo con cortesía obligada—: Es para usted.

Wade tomó el teléfono, interrogando:

—¿Quién es? Yo soy Wade Emerson...

Fue la primera vez que oyó la voz sibilante, espesa, y siniestra. Una voz cuyo recuerdo, en lo sucesivo, iba a ir muy ligado a sus avatares y calamidades. Pero eso, entonces, no podía saberlo Wade. Y a pesar de ello, se estremeció al oír las palabras lentas, ominosas:

—Deje el asunto, Emerson. Deje todo, y olvídense de lo que sabe. Yo le vigilo, sigo sus pasos y sé lo que hará en cuanto lo haya llevado a cabo. Si continúa adelante... irá adonde le esperan Dalilah y Paula... Buenas noches, Emerson.

—¡Eh! ¡Oiga, espere! —Wade, furioso, golpeó varias veces en la horquilla del teléfono, con frenesí. Pero era inútil. Vivamente, se dirigió al teniente—: ¡Tiene que localizar esa llamada, Fowler! ¡Era sin duda el asesino de mi mujer! ¡Me ha amenazado!

El gesto del teniente denotó suspicacia y dudas, pero alzó el receptor y pidió a la central la localización de la llamada recibida un momento antes. Tras una breve espera, colgó, mirando a Wade.

—No ha podido ser más cerca, amigo mío. Desde la droguería de la esquina —volvióse vivamente el policía a uno de los peritos en huellas y dijo que partiera acto seguido hacia la droguería, tratando de saber quién había utilizado el teléfono para llamar allí. El policía salió disparado.

—Bueno, no nos queda sino esperar —dijo Fowler—. Es raro que vengan a amenazarle por teléfono, usando uno tan próximo. Ese criminal debe ser muy audaz... ¿Qué le dijo?

Wade lo repitió, callándose el nombre de Dalilah. El teniente se encogió de hombros, como si no fiara demasiado en el realismo de semejantes procedimientos melodramáticos.

Ahora, la única duda posible se había disipado. Wade sabía que todo se relacionaba entre sí. Pero ¿qué es lo que él tenía que dejar? ¿Qué podía haber que el asesino creyera en conocimiento suyo? Wade no sabía nada peligroso ni comprometedor para nadie...

El policía subió, informando de que el empleado nocturno del «drug store» había visto entrar en la cabina telefónica a un hombre con gabán oscuro y sombrero impermeable de color verde, que cojeaba ligeramente.

Había oteado la calle y su adyacente, sin encontrar rastro alguno de la persona en cuestión, y con tal informe regresaba al piso. Por haber sido la única persona que entró en la droguería durante los últimos diez minutos, evidentemente se trataba del que hizo la llamada. El droguero no recordaba su estatura, aspecto físico ni demás detalles. Tan sólo el hecho de que usaba abrigo, más bien en tono oscuro, el sombrero, muy visible por su color, y el detalle, poco acentuado, pero evidente, de su cojera.

—Un hombre cojo, con sombrero verde —gruñó Fowler—. Demasiado ostensible para andar asesinando y dirigiendo anónimas amenazas...

Era la conclusión lógica. Wade no lo entendía. Pero eran tantas las cosas incomprensibles... El nuevo timbrado del teléfono le provocó una ligera tensión, aunque no le prestó mayor importancia. Era demasiado suponer la idea de que el desconocido comunicante volviera a jugar a las escenas truculentas.

Fowler tomó el teléfono. Dijo que era él, en efecto, y pareció escuchar muy atento, asintiendo con monosílabos. Una de las veces, miró agudamente a Wade, causando cierta inquietud a éste, pero nada más. Cuando colgó, se quedó meditabundo y perplejo.

—¿Ocurre algo, teniente? —aventuró Emerson.

—Sí, Wade —asintió el policía—. Vamos a tener que hacer una excursión.

—¿Ahora?

—Eso es. Ha sido hallado el cadáver de una mujer. Cerca del río. Está acuchillada con unas tijeras, igual que su esposa. Ha sido identificada como Dalilah Van Cleef, cliente de un local cercano, llamado «Judas». ¿Lo conoce?

—Es posible que sí. ¿Por qué lo pregunta?

—Vamos a ir allá juntos. Wade. Me gustaría que viéramos juntos a la chica.

—¿Por qué yo? Ha dicho que no quiere verme metido en sus cosas.

—Es simple curiosidad. Pueden relacionarse ambos casos, ¿no cree? Unas tijeras hemos admitido que no son arma habitual en los crímenes. Y ya van dos veces en una noche... Dalilah Van Cleef. Nombre extraño, ¿eh?

—Mucho. —Wade se preguntó por qué le sorprendía aquel

apellido y qué era lo que le recordaba vagamente, sin lograr responderse en forma alguna—. ¿Dónde la mataron?

—En la calle, Wade. Al menos, es donde fue hallada. Pero mis muchachos creen, con fundados motivos, que pudo ser herida, hasta que la muerte la sorprendió.

—Pero no creo que mi mujer conociera a ninguna Dalilah Van Cleef —murmuró Wade, pensativo.

—Usted mismo ha admitido no saber mucho de ella. Vamos. Emerson, iremos en mi coche.

A Wade no le gustaba la invitación. No había motivo alguno para ella, salvo que Fowler sospechaba de él y no quería apartarlo de sí. La idea de volver a la calleja del río y ver a la desdichada pelirroja muerta, no era demasiado agradable.

Sin embargo, tuvo que acceder, porque no le quedaba otra salida. Momentos después, el coche del teniente volaba sobre el mojado asfalto, en dirección al sur de la ciudad.

Había un revuelo extraordinario en el lugar. Dos coches patrulla, detenidos a la entrada de la calleja, impedían el paso al nutrido grupo de curiosos reunidos cerca del lugar de la tragedia. Otro coche, cruzado en la salida al río, cortaba también el tráfico por aquel lado.

Fowler y Emerson se abrieron paso hasta los hombres del Departamento reunidos en torno al cuerpo de Dalilah. No había variado nada desde que Wade la dejara allí. Mientras el teniente hacía preguntas técnicas al médico y a los peritos, el detective escrutaba el lugar, con aprensión. Sabía que el asesino no había podido dejar huellas allí, porque Dalilah recorrió un trecho en la calleja, al menos, con su propio pie. Eran sus huellas las que le preocupaban. ¿Hasta qué punto habría cometido errores entonces?

De no acontecer el inesperado asesinato de Paula, nadie en la ciudad le hubiera asociado con la pelirroja. Ahora, el menor paso en falso, la menor imprudencia, le enfrentaría con la desagradable posibilidad de ser cargado con dos asesinatos. Razones, no. Pero eso bastaría de momento para que Fowler, le cerrara las esposas en torno a las muñecas. Y ningún hombre, prisionero, puede demostrar su inocencia.

Fowler se reunió con él poco después. No parecía un hombre feliz.

—Voy a visitar el «Judas» —dijo—. Aquí no sacaremos nada en limpio. El gerente del local es un viejo amigo. Una vez le libré de cumplir veinte años por tráfico de drogas y me está agradecido. ¿Me acompaña?

Wade pidió a los cielos que no le recordase nadie. Y menos el viejo Budweiser. Acaso el llevar otro abrigo de distinto color y un traje diferente, pudiera influir algo. Negarse, sería despertar sospechas peores. Así que, decidido a todo, siguió a Fowler.

El gerente del «Judas» era un tipo huidizo y bien vestido, con buena profusión de sortijas costosas en sus dedos gordezuelos. Recibió con deferencia a Fowler y estrechó blandamente la mano de Wade, quien correspondió sin entusiasmo. El tipo afirmó que Dalilah era cliente de ellos y que allí casi siempre iba sola, o acompañada de un joven, un tal Laszlo Siklós, húngaro, nacionalizado americano, que según decía ella fue héroe en la lucha por la independencia húngara frente al nazismo.

Mike Findlay, que así se llamaba el gerente del local abstracto, admitió que la situación económica del joven Siklós no era muy boyante. Tenía deudas en el local, pero acostumbraba a pagar puntualmente y por eso seguía gozando de crédito. Findlay apuntó la posibilidad de que el dinero del joven, cuando cancelaba deudas, pudiera proceder de Dalilah, que nunca dio sensación de sufrir estrecheces económicas.

—Lo cual, con sus encantos, era casi natural —añadió, con torcida intención, el tal Findlay, iniciando una sonrisa.

Wade le hubiera borrado esa sonrisa a puñetazos de buena gana. Lo peor del mundo era echar lodo sobre una muerta. Pero sin duda, es a la única heroicidad que se atrevía un ser viscoso y repugnante como aquél. Fowler debió meterle veinte años sin piedad alguna, cuando le sorprendió con las drogas tiempo atrás.

Fowler le dio las gracias, y se movió hacia la puerta con Wade.

Parecía contentarse con Findlay, lo cual era una suerte para Wade. El joven respiró tranquilo, apresurándose a seguirle.

Cerca ya de la puerta, ocurrió el primer desastre; uno de los hombres apoyados en el mostrador, con aire perplejo, se volvió hacia ellos. Era el calvo y afable Budweiser. Se quedó mirando al policía, luego a Emerson, que bajó rápidamente la cabeza, pero ya era tarde. El camarero exclamó con asombro, señalándole:

—¡Pero si es usted! ¿No me preguntó esta noche por Dalilah? ¿Era para matar a la pobre criatura tal vez? ¡Dígalo, señor, dígalolo! ¡Usted buscaba a Dalilah...!

Wade se quedó clavado en el suelo. Fowler se volvió en redondo hacia él, sin poder creer lo que estaba diciendo el camarero. Pero Budweiser, con una fe y coraje dignos de causa más justificada, seguía gritándole a Wade, excitándose por momentos:

—¡Usted quería ver a Dalilah para matarla! ¡Estoy seguro de ello! Ni siquiera lleva la ropa que llevaba... Debió mancharse de sangre, ¿verdad? ¿Qué hace la policía que no le detiene? ¡Asesino! ¡Asesino! ¡Mató a una buena chica! ¡Ella me apreciaba, me daba las mejores propinas y me trataba con bondad! ¡Era buena, era buena...!

Findlay y otros dos camareros apartaron al desdichado, que seguía gritando. Pero ya no tenía remedio. Fowler clavó en el detective una mirada fría y hostil.

—¿Eso es verdad, Emerson? —Le disparó las palabras como balazos.

—¿Acaso podré negarlo? —murmuró Wade, vencido—. No parece haber escapatoria a esa declaración. Pero puedo darles mis razones para haberlo callado hasta ahora...

—Muy fuertes tendrían que ser para convencerme. No volveremos a su piso. Wade. Iremos directamente al Departamento, y allí me lo aclarará todo.

Emerson tuvo que callar y seguir hacia la calle. Al pisar la amplia acera del «Judas», un policía se acercó a Fowler y le llamó aparte. Wade, de reojo, siguió la conversación, sin percibir palabra alguna. Pero en determinado momento, el agente le oteó de soslayo, y mientras hablaba, señaló el borde de su manga.

El sudor que empapaba el rostro de Wade se heló materialmente. No cabían muchas dudas. Los agentes habían registrado el piso, y encontrado la americana de «*tweed*», con sus manchas de sangre.

La cosa se complicaba por momentos. Nada ni nadie iba a librarle de permanecer durante bastante tiempo en una celda del Departamento, esperando a que se reunieran bastantes pruebas contra él para pasárselas al Fiscal del Distrito, y enviarle luego al juicio por doble homicidio sin la menor rendija posible para una

escapatoria.

El teniente volvió a su lado, preguntándole secamente:

—Wade, ¿dónde ha dejado el otro abrigo que llevaba al venir al «Judas» en busca de esa chica?

—Espere, teniente, no puede forjarse una teoría aventurada, sin saber que...

—Sé lo bastante de usted y sus mañas. Sé por qué mató a Paula, aunque no sé aún por qué tuvo que hacer lo mismo con Dalilah, pero no le va a servir de nada. Ni un centavo de los veinticinco mil dólares serán suyos.

—¿A qué veinticinco mil dólares se refiere, teniente? —inquirió, asombrado, Emerson.

—De sobra lo sabe. Sin duda. Paula fue tan cándida que se lo dijo, y dictó su sentencia de muerte. Sus negocios van muy mal, Emerson, y ha vivido todo este tiempo a costa de ella, no lo niegue. Como detective estaba de capa calda, y con el divorcio, se quedaba sin su gallina de los huevos de oro. Con más razón, por ende, al saber que había ingresado en la cuenta corriente, a nombre de ella, veinticinco mil dólares. Que si no ha hecho testamento, como es casi seguro que ocurra, pasan íntegros a usted...

CAPÍTULO IV

—¡Veinticinco mil dólares! —Wade repetía una y otra vez la cifra, sin poder creerlo. El automóvil del teniente Fowler perforaba, mientras tanto, las sombras de la noche, salpicadas por los manchones de luz del alumbrado y los fluorescentes.

—Terminará aprendiéndose usted la cantidad —dijo, sarcástico, el policía.

—Ella jamás tuvo tanto dinero junto. Cuanto cobraba, se lo gastaba en la casa, en sus lujos y también a veces en mis propios gastos... Es duro admitir una cosa así, pero usted lo sabe igual que yo. Las cosas no me iban bien en estos últimos tiempos...

—¿Y se sintió atraído por el señuelo de veinticinco de los grandes?

—¡Le repito que no sé nada de eso, teniente! —replicó con aspereza el detective—. Es una sorpresa tan grande para mí como para usted. Pero sé que no voy a convencerle.

Fowler dibujó una sonrisa muy elocuente, y permaneció callado. Wade se sumió en sus propias ideas. ¿De dónde pudo sacar Paula esa cifra fabulosa? ¿Y por qué lo mantuvo en secreto?

No olía a nada limpio. Wade, hasta entonces, había imaginado cosas poco agradables de su mujer, pero la justificación a ese inesperado capital, sobrepasaba lo previsible. Para una mujer, no es fácil obtener veinticinco mil dólares, portándose decentemente.

Fowler parecía ridículamente satisfecho, como si la detención de Wade Emerson fuera el mejor de los triunfos de un polizone de Homicidios. Tenía que haber perdido el juicio para obrar tan radicalmente contra él. Pero era el más fuerte, y no podía hacer otra cosa que acompañarle al Departamento, y esperar con paciencia el tercer grado, que se practicaba con mucha mayor frecuencia de lo que oficialmente querían admitir ellos.

Supo que su americana «*tweed*» había sido enviada al

laboratorio, para el análisis de los rastros de sangre hallados en la bocamanga. Eso cerraría el caso para Fowler. Y, lo que era peor, también para él.

El automóvil de Fowler, llevando dentro al chófer del Departamento y al teniente con otro hombre, flanqueando al preso, subió rápidamente por Halsted, doblando luego por una calle poco frecuentada, para atajar camino de la Jefatura.

De pronto, la marcha vertiginosa del vehículo policial se redujo considerablemente. El chófer hizo sonar su claxon con violencia, y parpadearon los faros repetidamente, en demanda de paso.

Sin embargo, el automóvil oscuro detenido en el final de la calle, bloqueando su salida, no se movió. Fowler, impaciente, inclinóse, para tomar cartas en el asunto. Pero su chófer le dijo, extrañado:

—¡Qué raro! No hay nadie dentro, teniente. Han dejado el automóvil abandonado...

Fowler lanzó un juramento, y abrió la portezuela, saltando a tierra. La luz intensa de unos faros, envolvió la figura maciza del policía, que se volvió deslumbrado al otro extremo de la calle, por dónde ellos entraran, tratando de advertir al coche que les seguía del atasco producido en la vía urbana.

Wade Emerson frunció el ceño, procurando no demostrar su extrañeza al policía que le vigilaba. Aquella confluencia súbita de automóviles en una calle poco frecuentada, no dejaba de ser chocante.

Y sin duda, también a Fowler debió parecerle lo mismo, porque llevó de pronto la mano a la axila izquierda bajo su impermeable. Llegó tarde para repeler el ataque.

El automóvil que les siguiera, embistió violentamente el coche del Departamento, lanzándolo contra Fowler, que bastante hizo con correr hacia atrás, grotescamente, para evitar que la mole del vehículo le aplastara contra el otro coche detenido ante ellos.

Wade no sabía a qué podía deberse todo aquello, pero había sospechado algo similar, y en el momento de sufrir el impacto, se limitó a arrojarle contra su guardián, descargándole un golpe violento con las esposas de acero que unían sus muñecas. El agente se abatió sobre el tapizado del coche, sin proferir un solo gemido.

El topetazo fue tan violento, que arrojó a Wade contra la portezuela, golpeándole en la sien. Se repuso con rapidez del

choque, apresurándose a abrir la portezuela contraria al lugar donde estaba Fowler, más ocupado en salir vivo del cataclismo que en evitar su fuga.

Wade corrió, agazapado, hacia la parte posterior de la calle, más libre de obstáculos. El automóvil atacante, con el guardabarros abollado y los faros iluminados fijos en ellos, bañándoles en luz, dejaba un leve resquicio a la escapatoria. El detective, desesperadamente, se lanzó hacia él.

Pero tropezó con un serio inconveniente. La portezuela fue abierta con brusquedad, cerrándole el angosto paso. Un hombre enmascarado teatralmente con un pañuelo sobre el rostro, apareció en la abertura, asiéndole con fuerza por los brazos.

Emerson quiso defenderse, sin demasiado éxito, y fue introducido a viva fuerza en el coche, cerrándose de nuevo la portezuela. Sonó un disparo, y un proyectil abolló la carrocería del automóvil, junto a la ventanilla.

—¡Deprisa, Jeff! —ordenó vivamente el enmascarado que le metiera en el coche, volviéndose al chófer—. ¡Ese policía va a acribillarnos a balazos si seguimos aquí!

El conductor, ágilmente, hizo dar vuelta al coche en un mínimo de terreno, y cuando Fowler encontró ocasión de clavarle otro proyectil, esta vez en el portaequipajes, el coche lograba partir a toda velocidad, dejando atrás la calle y al accidentado coche de la policía.

Wade no se sentía demasiado feliz allí dentro. Salir de un mal para caer en otro peor, no era cosa agradable. Pretendió ofrecer resistencia, pero el individuo del pañuelo se bajó éste sin vacilaciones, mostrando un rostro perfectamente desconocido para Emerson, brutal de expresión, y clavó en el vientre del detective el cañón de una azulada automática, sin demasiadas contemplaciones.

—Va a estarse quietecito, ¿eh, Emerson? Le hemos sacado de un feo aprieto, pero no nos gustan las rebeldías. Ahora, somos nosotros los que damos las órdenes, y usted ha de ser buen chico y estarse callado. ¿Entendido?

—¿Y he de seguir llevando esto? —Alzó Wade sus manos, mostrando las esposas.

—No hay razón para soltarle —rió el desagradable individuo, cuya figura, basta y rechoncha, no salía ganando nada con el corte

impecable de su traje gris oscuro—, si el jefe lo cree oportuno le soltaremos.

—¿De modo que vamos a ver al jefe? —Wade se retrepó, sonriendo, en el asiento. Podía oír los estridentes silbatos a sus espaldas, los gritos lejanos y los disparos inútiles del teniente Fowler. El coche de sus captores crecía la velocidad, enfilando el tráfico abundante de Washington Circle—. Me parece estar viviendo una película de *gangsters*. Pero de esas que hacen reír al público.

—Yo no le veo la gracia, Emerson.

—Porque no tiene sentido del humor. Pero este ataque a un coche policial, en pleno corazón de Chicago, mi secuestro y la visita a un misterioso «jefe», tiene todos los ribetes de un clásico folletín de diez centavos.

—Se cree muy gracioso, ¿eh? —masculló el hombrecillo, agitando, amenazador, su pistola—. Veremos si continúa galleando cuando se dé cuenta de su verdadera situación.

—¿Van a clavarme unas tijeras en el corazón, como a Paula y a Dalilah? Les advierto que eso mancha las alfombras y resulta muy poco elegante. Empleen veneno, un estilete con mango de marfil o una cerbatana china. Da más exotismo a la trama.

—¿Cierra el pico de una vez? No sé de qué diablos está hablando, pero no me gusta su modo de decirlo. Si vuelve a hacerse el ingenioso, le romperé los dientes de un culatazo. Y le desafío a que compruebe si bromeo o no.

Wade no quiso comprobarlo, por si el individuo respondía a las intenciones manifiestas en sus ojillos, porcinos y poco astutos. No sabía nada de todo aquello, ni podía entender la razón de su raptó, pero cualquiera que fuese el motivo, no pertenecía, desde luego, a ficción novelesca alguna. Era real y consistente, como la pistola de aquel salvaje vestido por un buen sastre que posiblemente se avergonzara toda su vida de haber cortado para semejante energúmeno.

Aún recorrieron un largo trecho, dejando atrás las luces parpadeantes del centro, el bloque vertical de cemento y hierro que era el «Loop», rematado por su gran reloj de esfera luminosa, y buscando la penumbra de la alameda del Parque Lincoln, a través de la poco concurrida orilla norte del lago Michigan. Muy lejos ya, se distinguían las hileras de luces reverberando en el agua, negra y

mansa.

—Cuidado, Jeff —advirtió de pronto el guardián de Wade, inclinándose hacia el chófer—. Reduce la marcha un poco. Voy a vendar los ojos a nuestro amigo.

—Oh, faltaba ese detalle —rió, burlón, el detective—. Empieza el segundo acto. ¿Qué sucederá en la guarida de los feroces criminales?

—Le romperé un hueso antes de lo que usted cree, Emerson —se quejó el otro, formando una banda amplia con un pañuelo azul os curo que extrajo de su bolsillo—. Y nadie más que usted habrá tenido la culpa. Mis órdenes son de no hacerle daño, mientras no de motivos. Pero sus bromas resultan insufribles.

—Aún tiene mucho que aprender para interpretar a tono el papel de pistolero —musitó Wade, dejándose vendar para no excitar más a la víctima de sus ironías—. Pero seré buen chico y no volveré a hablar hasta que veamos al «jefe». ¿Usa antifaz o capuchón?

—¡Váyase al infierno de una vez! —le ató con tal fuerza el pañuelo a la nuca, que Wade torció el gesto dolorido.

El coche aún rodó durante cierto tiempo, terminando por detenerse en algún sitio. Una puerta, metálica sin duda, se cerró a espaldas de ellos. Wade lo advirtió aun sin el auxilio de sus ojos. Después, pareció flotar en el vacío, con el automóvil, y zumbó un mecanismo eléctrico. Era indudable que ascendían en algún montacargas especial para coches.

Finalmente, éste se detuvo, junto con el zumbido. Otra puerta, igualmente con ruido a metal, sonó cerca de ellos, mientras su captor le tomaba por un brazo y le indicaba:

—Vamos, Emerson, sígame. Yo cuidaré de que no tropiece.

—Muy amable —musitó Wade—. Da gusto tratar con caballeros.

El otro resopló, y el tirón perdió suavidad, estando a punto de rodar por tierra al salir del automóvil. No oyó voz alguna, pero estaba seguro de que allí había más personas que ellos tres. Era una especie de presentimiento, de intuición.

—Camine sin miedo —señaló su compañero—. No hay escalones. No hasta que yo le avise.

El aviso llegó cuando Wade había contado unos sesenta pasos sobre un suelo duro, pulimentado y liso, sin lugar a dudas. Sus tacones resbalaban ligeramente, como si lo hubieran encerado

recientemente.

—Ahora, Emerson —una presión en el brazo, y añadieron—: Suba despacio.

Subió exactamente veintidós escalones, en forma de zigzag. Al final, recorrió cincuenta pasos por lo que debía de ser un corredor estrecho, a juzgar por el eco y el roce de la pared en dos ocasiones. Un olor peculiar, extraño, que le recordó a Emerson el de las cenas en su apartamento con Paula, sin saber a ciencia cierta por qué, le hirió por un momento su fino olfato. Luego, se extinguió, en el momento en que rechinó una puerta.

—Adentro, Wade. Cuidado. Hay un escalón de descenso al entrar.

Lo bajó. Tras él penetraron su captor y otras dos o tres personas, a juzgar por el ruido de pasos. Una voz, ante él, dijo a los que le acompañaban:

—Está bien, idos todos menos tú, Pepper. —Pepper era sin duda, el bruto del traje bien cortado y el nulo sentido del humor—. Quita la venda a nuestro amable visitante.

Aquel hombre, al menos, tenía sentido del humor. Y una voz curiosa, melódica y dura a la vez, en rara coincidencia. Su inglés era desigual, con acento extranjero.

Fue liberado de su vendaje azul. Parpadeó, deslumbrado por la súbita luz de una cruda lámpara de cónica pantalla verde, pendiente del techo. Estaba tan baja la bombilla, y era tal su intensidad, además de estar barnizada de un blanco mate, que en principio, tras cuatro o cinco parpadeos, sólo vio dos figuras ante sí. Una alta, borrosa, de ropas elegantes y perfectamente ajustadas a su esbeltez. Parecía tener la melena de un león, de un gris ceniciento, como su traje. El rostro, borroso por la claridad, permanecía inédito aún para Wade Emerson, igual que la segunda silueta visible al otro lado de la violenta claridad, entre cuyos labios humeaba un cigarrillo. El humo, azul y tenue, formaba un halo brumoso en torno a la bombilla.

Emerson procuró fijar la vista en el rostro que tenía ante sí. Fue distinguiendo, con esfuerzo, los ojos acerados, grises como todo lo que poseía aquel hombre. La frente amplia, surcada de arrugas. La nariz recta, larga y huesuda. Los labios delgados y descoloridos, que se curvaban en una sonrisa muy singular e indescifrable.

Era un perfecto desconocido para él. Le estaba hablando, con su acento suave, foráneo, cuajado de matices burlescos:

—Lamento haberme portado tan descortésmente con usted, señor Emerson. Puedo asegurarle que los métodos de Kurtz von Mannheim nunca son tan burdos y violentos. Pero en ciertas ocasiones, es precisa la fuerza bruta, mi querido amigo. Usted estaba en poder de la policía, y eso a nosotros no nos interesaba. Había que rescatar su preciosa persona y tener una conferencia en regla, ¿no le parece?

—No sé qué decirle —replicó Wade, tajante—. Fowler es un tozudo, pero cabía alguna posibilidad de convencerle y recuperar la libertad por medios menos... drásticos, «herr» Von Mannheim.

—¿Sabe que soy alemán? —sonrió el hombre delgado, de cabellos grises, grises ojos y gris indumentaria, pero de personalidad nada gris, evidentemente.

—Tengo cierta idea de la fonética de los hombres. Y el suyo no me suena precisamente a japonés.

—Es usted un gran humorista, ¿eh? —El gemido de Pepper, a espaldas de Wade, resultó muy elocuente. El llamado Von Mannheim sonrió—. Sin embargo, no ha acertado exactamente. Soy un ciudadano norteamericano como usted. Nacionalizado, claro está. Y nací en Viena. Viena no era Alemania todavía cuando yo nací en ella. Ni lo es ya. Hitler murió.

—¡No me diga! —estudió al austríaco con aire receloso—. Me asombra usted.

—No pretendo asombrar a nadie —replicó con fría sencillez el germano. Se volvió a su segundo evidentemente, el hombre que se mantenía en la sombra, al otro lado de la lámpara—. ¿Quiere venir un momento, por favor? Usted conoce bien a Emerson. ¿Es el mismo al que vio con el teniente Fowler?

El hombre se movió hasta llegar bajo el cono de lechosa claridad, y Wade lanzó una exclamación de sorpresa al reconocer al untuoso Mike Findlay, el dueño del «Judas».

—Es el mismo, Von Mannheim —dijo, sin aquella afabilidad que empleaba con Fowler poco antes. Su mirada a Emerson fue desapasionada e indiferente—. No cabe duda alguna.

—Gracias, Findlay —sonrió el hombre de Viena, distraído—. En este caso no podemos confundirnos o dejarnos confundir por nadie.

Evidentemente, es usted el propio Wade Emerson, el esposo de Paula Emerson, ¿no es cierto?

—¡Sí! —Los ojos del detective centellearon. Perdió su serenidad, al replicar, agresivo—: ¡Y si no me clavan también a mí unas tijeras, juro que les llevaré a todos a la silla eléctrica!

—Calma, calma, señor Emerson —el vienes no perdió la sangre fría—. Se precipita usted. Nadie ha utilizado aquí unas tijeras contra su esposa. Y tampoco contra esa joven Dalilah, con quien usted se reunió en la calleja. La verdad es que hasta este momento, hemos estado completamente seguros de que usted cometió ambas muertes. Y no por ello nos escandalizábamos.

—Cierto que no —sonrió torcidamente el propietario del «Judas»—. Matar es un medio como otro cualquiera de llegar al fin propuesto. Reproable, cuando existen otros, pero un medio práctico en definitiva.

—No les entiendo una palabra —confesó Wade vivamente—. Ustedes creen que fui yo. La policía también. Pero no van a echarme tierra a los ojos. Su cuadrilla. Von Mannheim, ha matado en esta ocasión, ignoro para qué fin. Su mano está en esas dos muertes de hoy.

—Por favor... —el extraño individuo se estremeció. Alzó una pálida y delgada mano, que parecía capaz de transparentarse a la luz de la lámpara—. Me ofende usted, señor Emerson. Odio la sangre. No niego que sea capaz de matar. Pero el crimen es un arte, a fin de cuentas. Me horrorizaría bañar a mis víctimas en sangre y usar unas vulgares tijeras. No, no, eso es cosa de sádicos o de rufianes, señor Emerson.

—No creo una palabra.

—Me tiene sin cuidado lo que usted crea o no —replicó, glacial, su interlocutor—. No le hemos traído aquí a discutir mis culpas. Le diré que podía haber matado a Paula Emerson. Tenía tantas razones como el que lo hizo. Acaso las mismas.

—¿Qué razones? —se excitó Wade.

—Ésas, amigo mío, las sabe usted tan bien como yo... —sonrió, sutilmente, Von Mannheim. Su mirada aguda, gris y metálica, se fijó en el detective—. ¿Dónde está el libro?

—¿El libro? —Emerson le miró, sin comprender—. ¿Qué libro?

—Vamos, Emerson, no se haga el tonto ahora. Sabe bien a lo que

me refiero. Paula se lo entregó a usted o le informó de dónde lo tenía. No quiero seguir discutiendo en vano. Si he sido capaz de secuestrarle, arrancándole de las manos de la policía, comprenderá que estoy dispuesto a llegar a todo con tal de obtenerlo.

—Pero si no sé nada en absoluto de libro alguno —dijo Emerson—. Paula no era aficionada a leer, no hay biblioteca en casa, ni creo que tengamos libro de ninguna clase.

—Déjese de nuevos chistes, señor Emerson —intervino fríamente Findlay—. Sabe, mejor que nosotros, a lo que nos referimos. Ese objeto ha costado ya dos muertes: la de su esposa y la de Dalilah. Si usted no lo hizo, es evidente que su autor sólo puede ser...

—Cállese, Findlay. A nuestro huésped no le interesa saber quién pudo hacerlo o no. Lo único que cuenta es ese libro. Y si Paula no lo tenía, él debe tenerlo o sabe dónde está. Su mujer sacó por él demasiado dinero. Y aún quería más, cuando comprendió lo que tenía entre manos. Sin duda, usted sigue ese peligroso juego, señor Emerson.

Todo aquello era chino para Wade. No entendía nada de nada. Pero, fuese cual fuese la sorprendente trampa en cuyo centro se había precipitado, impulsado por las circunstancias, valdría más fingir que sabía mucho y no decía nada, que lo contrario.

—Supongamos que yo supiera algo de todo eso —dijo de repente el detective, añadiendo acto seguido con una leve sonrisa—: No estoy afirmando que sepa nada. Hablo en suposición, señores. Si yo estuviera en posesión de... del libro, ¿qué sacaría de él en limpio?

—Ya ha sacado su mujer veinticinco mil dólares. No quiera abarcar demasiado, o seguirá igual camino que ella y que Dalilah.

—Veinticinco mil dólares que ella metió en el banco. La cuenta está bloqueada por la policía. Si me acercara a media milla del banco, todo el Departamento caería sobre mí. Es como no tener nada. Además... ¿le dieron ustedes ese dinero? —aventuró, ladino, el joven.

—Bien sabe que no —replicó de mala gana Von Mannheim—. No pagaremos mientras no tengamos el libro en nuestras manos. Pagar una mercancía que no se ha visto aún, es un serio error, amigo mío.

—Usted es más listo que otros, ¿eh? —rió Wade—. Bien. ¿Y cuánto pagaría, Von Mannheim?

—Ese libro interesa mucho más a Europa que a su país, señor Emerson. Permita que le diga que sería casi un acto de humanidad permitir que...

—Escuche, Von Mannheim —le cortó Wade, que empezaba a dar la sensación de pisar terreno firme, aunque cada vez se veía más a oscuras—. No me venga con historias tiernas y sensibles, porque mi corazón no se ablandará ni caerán lágrimas de mis ojos. He pedido precio. Eso es todo.

—¿Y venderá usted, señor Emerson? —insinuó Findlay, receloso.

—No he dicho que tenga nada que vender —sonrió, sereno. Wade—. Pero si lo tuviese...

—Percibiría cincuenta mil dólares a la entrega del objeto. Ni un centavo más. Es el doble de lo que... de lo que él pagó a su esposa.

—¿Él? —repitió Wade. Pero nadie trató de sacarle de dudas sobre la identidad de él. Wade se mantuvo en silencio cosa de cinco o seis segundos. Luego, desgranó sus palabras—: El precio es muy bajo, Von Mannheim.

—¿Eh? —estalló el vienés, aturdido.

—Mi esposa no tenía buen sentido comercial cuando ponía algo en venta. Era uno de sus defectos. Veinticinco mil dólares fue una miseria. Cincuenta mil, es otra miseria. Ustedes saben que vale muchísimo más.

—No para usted... ni para nadie que no seamos nosotros —replicó, cortante, el austríaco.

—¿Me toman por tonto? Vale para quien lo tenga en su poder, sea quien sea. Supongan que recibo una oferta mejor...

—¿Y vendería al hombre que mató a su mujer? —estalló, furioso, Findlay.

—Calma, calma, mi querido amigo —volvió a frenarle el flemático hombre del pelo gris—. Sospecho que estamos perdiendo el control de la situación por falta de tacto en el acuerdo. El señor Emerson no se ha dado cuenta de que para vender a... al otro bando necesita estar libre y disponer de sí mismo. Cosa que no ocurrirá, en tanto no se decida por nosotros.

—¿Por qué ustedes? ¿A quién representan?

—A... —Findlay volvió a tratar de hablar, pero le atajó Von Mannheim.

—Eso no afecta a la cuestión, señor Emerson. Si usted asesinó a

su esposa, será capaz de vender al mejor postor, naturalmente. Demostraría ser un hombre frío y cruel, sin freno alguno para sus ambiciones. Si el culpable de esas muertes es... nuestro adversario en el juego, usted no debería vender.

—¿Y si son ustedes los culpables? Yo no tengo pruebas de su inocencia.

—Supongamos que las tuviese.

—Entonces, necesitaría pruebas de la culpabilidad de... otra persona.

—Supongamos que también las tuviese —sonrió pálidamente el austriaco—. ¿Entonces?...

—Entonces vendería por cien mil dólares, Von Mannheim —sonrió a su vez Wade, sin ceder.

El rostro se endureció. Cambió con Findlay una mirada de cólera y de irritación, y luego ordenó, volviéndose hacia Pepper:

—¡Llévale abajo! Que reflexione hasta mañana su decisión. Lamento adoptar tales medidas, señor Emerson, pero no me deja usted otra oportunidad. Quisiera tenerle como invitado y no como prisionero. Recibir cincuenta mil dólares, las pruebas de su inocencia para entregarlas al teniente Fowler, junto con las acusatorias para el criminal, a cambio todo de un simple objeto, es lo más que podía usted ambicionar. Pero quiere más, y eso es un error. Ahora, tendrá todo lo que resta de noche, y algunas horas de mañana, hasta que vuelva a verle y le pregunte de nuevo. Mi última palabra es ésta. Resuelva usted, señor Emerson.

—¿Y si mañana sigo manteniendo el mismo precio?

—Entonces... —Von Mannheim se encogió de hombros, sin añadir nada. Pero a Wade no le gustó la expresión de su rostro enjuto. Era un hombre capaz de todo, él lo había dicho. Aunque no tuviera nada que ver con la muerte de Paula o de Dalilah, mataría sin vacilar al que se cruzara en su camino. Y era obvio que él era quien ahora hacía tal cosa.

Pepper le sacó de la estancia ocupada por los dos jefes, conduciéndole de nuevo por el estrecho corredor, ahora sin vendaje alguno en los ojos. El individuo aún empuñaba su azulada automática, clavándola preventivamente en los riñones del detective. Le guió, de ese modo, por una estrecha y lóbrega escalera, donde de nuevo el curioso olor de antes hirió el olfato de

Wade, evaporándose prontamente. Por un pasillo metálico, donde los pasos resonaban huecamente, fue conducido a una puertecilla empotrada en el muro. Ante ella, un hombre, armado de revólver, montaba guardia. Pepper le dijo: «¡Alto!», en tono susurrado, y el centinela extrajo un manojo de llaves, abriendo dos cerraduras diferentes. La puerta se abrió, con largo chirrido.

—¡Adentro! —exclamó Pepper, empujándole con violencia.

Wade cayó en un cuartucho oscuro, alumbrado tan sólo por una polvorienta bombilla, situada en el techo de la estancia. La puerta metálica se cerró tras de él, y giraron las dos llaves en sus respectivas cerraduras.

Se incorporó, con la torpeza que le prestaban sus manos esposadas, y se encontró con que no estaba solo en la mazmorra. Un par de ojos sorprendidos y curiosos le miraban desde un rincón, y Wade lanzó una exclamación de asombro al reconocer a su compañero de cautiverio.

Era una mujer. Precisamente aquella jovencita de rostro ingenuo que asomara frente a su apartamento, cuando él acababa de abofetear a Paula...

CAPÍTULO V

—¿Le han hecho daño, señor Emerson? —Fue lo primero que dijo aquella joven, demostrando conocer perfectamente su nombre.

Se había movido hacia él, mientras Wade, desalentado, comprobaba la solidez de los muros de aquella estancia cúbica, de paredes lisas y sin salientes ni aberturas. Un perfecto encierro de donde no era fácil escapar.

—¿Daño? Oh, no, son muy amables —la miró de reojo—. ¿Lo han sido con usted?

—Tampoco puedo quejarme —admitió ella.

—¿Y qué hace usted aquí? ¿Es huésped fijo o viene a ratos?

La joven dilató sus ojos. Era una hermosa criatura, pensó Wade. Podría tener veinte o veintidós años, pero algo le decía que la chica no tendría ni diecinueve. Había algo infantil en sus grandes ojos oscuros y apacibles, igual que en su figura pujante, pero no del todo sazónada. Su busto sí apuntaba algo más que una promesa, y también sus lindas piernas. Pero algo, en la figura esbelta, denotaba la niña por encima de la mujer. Pero, demonio, uno podía olvidarse de que era una niña, si no pensaba en ello, resolvió Wade. Y se dijo que más valdría pensar. No era momento de meterse en más líos de los que razonablemente tenía que resolver.

—Quiero decir, si estuvo antes aquí y después frente a mi apartamento, volviendo de nuevo a este confortable lugar, o es la primera vez que...

—Yo no sé nada de esto, no puedo comprender lo que ocurre, señor Emerson —gimió de pronto la muchacha, mostrándose asustada—. Al principio, cuando ellos llegaron, creí que eran de la policía...

—¿Ellos?

—Sí, esos hombres espantosos de ahí arriba. Me sacaron a viva fuerza del apartamento, como si obraran con toda seguridad. Pensé

que los policías me habían visto, y venían para devolverme a casa. También era probable que usted, al salir, me hubiese reconocido, mandando a la Ley para arrestarme.

—¿Qué yo...? —Emerson enarcó las cejas. Se sentía furioso—. Bueno, jovencita, no venga a complicarme la vida más de lo que la tengo ya. Primero un libro, veinticinco mil dólares, dos grupos distintos de la caza de no sé qué, y con mucho dinero por medio... ¡y ahora usted, diciéndome no sé qué cosas de la policía y de mí! ¿De qué quiere que la reconociera yo, criatura, y para qué mil diablos iba a mandar a la policía contra usted? ¿Es que tengo cara de hacer esas cosas?

—¿Cómo? ¿Pero es que no sabe aún quién soy yo?

Wade la miró, diciéndose si estaría loco él, o el resto del mundo. Todo podía ser.

—Hijita, no creo que esté encerrado con Jayne Mansfield...

—Pero usted es el detective Wade Emerson, usted ha sido encargado de buscarme a mí y de reintegrarme a mi padre, como menor de edad huida de su casa. Mi hermana me lo dijo, ella no pudo mentirme... Por eso busqué alojamiento frente a usted. Era un medio de estar segura. El último sitio de la ciudad donde usted buscaría.

—¡Un momento! ¿Usted cómo se llama, jovencita? —rugió Wade, exasperado.

—Gail Van Cleef. Mi hermana dijo que mi padre, J.

H. Van

Cleef, le había encargado mi búsqueda...

—¡Van Cleef! —la luz, impetuosamente, penetró en el cerebro de Wade. Era tanto lo que aclaraba aquel nombre, que necesitó varios segundos para ordenar sus ideas y no empezar a disparatar. Se tachó de imbécil rematado, al no recordar que el apellido Van Cleef le había sido familiar por un caso de secundaria importancia, archivado en su oficina. Uno de aquellos cuatro casos sin importancia, que él tenía postergados.

Y allí, en la guarida de unos caballerosos bribones, muy interesados por cierto libro, y capaces de pagar cifras astronómicas por él, iba a encontrarse a la mismísima muchacha a quién tenía que buscar... ¡y que, por añadidura, había sido vecina suya!

—Bueno, creo que soy un perfecto cretino o un retrasado mental

de la peor especie... —Gruñó, mirando a la muchacha con rencor—. Veamos: Usted es Gail Van Cleef, de dieciocho años de edad, escapada inesperadamente de su domicilio, sin ser hallada. Y su padre, el señor J.

H. Van

Cleef, por no provocar un escándalo, acudió a mí antes de hacerlo a la policía. Yo no di con su rastro, ni pude imaginar que viviera precisamente frente a mi propia casa, lo cual denota su astucia, mi querida jovencita. Pero ahora, quiero aclarar algo más: ¿quién es su hermana, cómo se puso en contacto con usted para informarla acerca de mí, y qué mil diablos hace metida en esta mazmorra?

—Son muchas preguntas. Mi hermana se llama Dalilah Van Cleef, y ella sabía dónde encontrarme, antes de ir frente a su casa. No aprueba mi fuga, pero tampoco se alía con papá contra mí. Dalilah siempre ha sido mi mejor amiga.

—Dalilah... —Wade respiró hondo. Evidentemente, la chica no sabía nada de su hermana. ¿Quién era el valiente que le daba ahora la noticia? Prefirió abordar otra cuestión—: ¿Y respecto a... a este secuestro?

—Sé tanto como pueda saber usted, señor Emerson —confesó la joven, y parecía totalmente sincera—. Llamaron en mi piso poco después de irse usted, tras su pelea con su mujer... y creí que eran policías y no opuse resistencia. Registraron mi casa de arriba abajo, me preguntaron si conocía a la señora Emerson y si tenía trato con ella. También me dijeron si la había visto aquella noche o ella me había visitado, y yo lo negué, sin entender demasiado todo aquello. Uno, preguntó mi nombre. Al decírselo, silbó por lo bajo, mirando a sus compañeros y dijo que aquello no podía ser casual, y que más valía traerme a que me viera el jefe.

—¿Ha visto a Von Mannheim, entonces?

—¿Se llama así ese horrible hombre de ojos grises y cara de fantasma?

—Eso es —rió Wade—. ¿Qué le preguntaron?

—Oh, cosas que no entendía. Nombraron también a Dalilah, y dijeron si yo tenía tratos con Ansara...

—¿Con quién? —Wade botó en el suelo, volviendo a la muchacha unos ojos de profundo asombro—. ¿Ha dicho Ansara?

—Sí, eso he dicho. Recuerdo bien el nombre, porque no es

corriente. Sé que Dalilah trabaja con una empresa de ese nombre, y va frecuentemente a Nueva York, a San Francisco e incluso a Tokio, en sus líneas de exportación.

—Ya... —Wade entornó los ojos. Tenían su razón los de arriba para imaginar que aquello no podía ser casual. Y si realmente lo era, es que el mundo era un pañuelo—. ¿Y usted no conoce a Ansara ni sabe nada de las actividades de su hermana?

—Oh, claro que no. Nunca me cuenta sus cosas. Dalilah es muy reservada.

—¿Dice que eso ocurrió poco después de irme yo de mi apartamento? ¿Cuánto había transcurrido?

—Bueno, acaso una hora... —meditó ella—. Ahora recuerdo que sucedió minutos después de que aquel rubio, joven y guapo, saliera de su piso y... ¡Oh, perdone! No debí decir eso...

—No se preocupe —rió agriamente Emerson—. Mi mujer y yo íbamos a separarnos... ¿Quién era ese rubio tan atractivo que usted menciona?

—No lo sé. Juraría que he visto su rostro en alguna otra parte, pero no logro recordar... Era un mozo muy arrogante y bien parecido, de pelo rubio. Salió de su piso, señor Emerson, con mucha prisa al parecer, y un gesto muy preocupado.

—¿Es que se dedicaba usted a espiar tras la puerta, señorita Van Cleef?

—No, no. Como en el caso de su disputa con la señora Emerson, algo atrajo mi atención, forzándome a abrir y ver lo que ocurría. Juraría que fue un grito. Un agudo grito de mujer, pero no estoy segura de ello...

—Pues sería muy importante que lo estuviera. —Emerson la miró, para soltar la primera andanada—: Asesinaron a mi mujer esta noche, con unas tijeras, acuchillándola brutalmente.

—¡Oh, no! —ella retrocedió, muy pálida, mordiéndose la mano para no gritar—. Eso no puede ser...

—Pudo ser en mi caso. —Wade se dijo que no era el momento de decirle lo mismo acerca de su hermana—. La mataron. Cuando yo llegué, debían de haberla secuestrado a usted, o lo hicieron mientras yo estaba en el piso. ¿Sabía que mi esposa trabajaba también con Ansara?

—No... —Gail le devolvió una mirada de estupor—. Todo carece

de sentido.

—Ahí está lo malo —gimió Wade—. Todo carece de sentido. Y si ese joven rubio, el visitante de Paula, es quien me estoy figurando, aún mucho más... Son como piezas de un rompecabezas sin sentido ni razón aparente. ¿Usted ha dibujado alguna vez una espiral?

—¿Ese dibujo de los caracoles? —infantilmente, Gail sonrió, asintiendo—. A veces.

—Pues eso pasa ahora. Es igual que trazar un punto y empezar a describir círculos en torno suyo, ampliándolos siempre, sin cerrarlos. Una espiral que se ensancha, se ensancha, sin fin ni verdadero principio. El misterio crece. Empezó con una muerte. Acaso antes aún; con una llamada telefónica, simplemente. Y va engrosado, dando vueltas en torno, como un ovillo colosal, del que es imposible ver el fin. Si al menos supiera lo que hay en el fondo, qué es lo que forma el puntito del que arranca la espiral...

—¿Y no sería más práctico buscar salida de aquí? —sugirió, llena de espíritu práctico la joven—. Comprendo su estado; habiendo muerto violentamente su esposa, pero...

—Hijita, es usted un oráculo cuando habla —asintió Wade—. Veamos... ¿Ha notado enrarecimiento en el aire que aquí se respira?

—No, en ningún momento. Tiene que haber ventilación.

—Eso es lo que estaba pensando. No es usted tonta. Por cierto, ¿ha advertido ese curioso olor que se percibe en algunos puntos del edificio?

—Sí —los ojos de la joven se mostraron risueños—. Huele a carne enlatada...

—¡Carne enlatada! —Emerson se golpeó la frente—. ¡Claro! Eso es lo que me hizo recordar... Bueno, nada. Conque carne enlatada, ¿eh? Eso deja abierta la posibilidad de que estemos en algún almacén.

—Pero la carne en lata no huele en los almacenes, porque está envasada. Ha de ser antes de cerrar una lata, o después de abrirla.

Wade, con franca admiración, estudió a su compañera de cautiverio. Llegaba a las conclusiones más lógicas, con una rapidez asombrosa.

—¿Es usted el detective o yo? —exclamó, perplejo—. Tiene toda la razón. El envase de una lata no permite escapar olor alguno. Por

tanto, supongamos que aquí enlatan la carne para su distribución en el mercado.

—Hay docenas de factorías de ésas en Chicago —sonrió Gail Van Cleef—. No nos ayudará a localizar el sitio donde estamos. Recuerde que la carne es nuestra principal industria, señor Emerson.

—Pero es curioso que una factoría de enlatado de carne sirva de guarida a una banda de pistoleros, espías, contrabandistas o lo que quiera que sean estos caballeros. En fin, mejor será seguir buscando la salida hipotética que hemos imaginado.

Ambos se dedicaron a recorrer el muro, a todo lo largo, estudiando sus lisas superficies detalladamente. Al fin, se miraron el uno al otro, con desaliento.

—Nada —dijo Wade.

—Nada —repitió la muchacha, como un eco.

—Y, sin embargo, tiene que existir una salida. No podemos estar en un sitio herméticamente cerrado. El aire huele a renovado, se advierte pureza en él... —Levantó los ojos hacia el techo, mirando la bombilla que pendía de éste a su ras, y cosa de tres metros sobre el nivel del suelo. Sus ojos centellearon.

—¡Eso es! Si no está en las paredes ni en el suelo, cosa que es evidente, en el techo hay algo... —Escrutó con más atención las vigas metálicas que lo cruzaban. La amarillenta luz de la bombilla le impedía apreciarlo en su totalidad. Entonces, miró a Gail, con aire crítico—: Oiga, ¿se decide a explorar el techo a conciencia?

—¿Yo? Pero si no llego... Soy más baja que usted...

—Exacto, pero entre los dos sumamos más de los tres metros. Así que es bastante. Con subirse a mis hombros, podrá alcanzar fácilmente el techo. ¿Quiere?

—¿A qué estamos esperando? —La joven, con admirable espíritu combativo, se despojó de sus zapatos. Eran de tacón alto, y su estatura se redujo considerablemente. Pero seguía siendo encantadora con unas cuantas pulgadas menos sobre el nivel del suelo.

Wade la ayudó a izarse, y la joven apoyó sus pies descalzos, enfundados en la fina media de nylon, sobre los anchos hombros del detective. Éste miró hacia arriba, procurando no sentirse atraído por algo que no fuera el techo.

La joven, izada en pie, pidió a Emerson que cogiera con fuerza al menos uno de sus tobillos, para sentirse más segura. Wade, con sus dos manos unidas, así lo hizo. Fueron recorriendo, lenta y pacientemente, toda la estancia. Y de pronto...

—¡Aquí! —musitó en lo alto la voz de la muchacha, muy excitada—. ¡Hay unos respiraderos de rejilla, exactamente encima de la pantalla de la bombilla!

—Por eso no podía verse desde aquí. La luz lo oculta... ¿Cómo son esos respiraderos?

—Dan la sensación de poderse quitar, pero no sé si... ¡Entra mucho frío por aquí!

—Bien, baje, y luego veremos lo que puede hacerse...

Descendió Gail con un revuelo de faldas. Wade pensó, un poco maliciosamente, que la anatomía de la jovencita era digna de «Miss Universo». La joven informó, esperanzada:

—Son dos rectángulos estrechos, como dos compuertas enrejadas, por las que entra un aire frío. El cordón de la lámpara sale, exactamente, de un tubo de metal situado entre ambas compuertas, y unido por pequeños ganchos a la viga correspondiente. No parece que nadie lo haya utilizado jamás para salir o entrar, pero puede probarse.

—Acaso sea preciso hacer fuerza, señorita Van Cleef, y yo no puedo subirme en sus hombros. Aquí, por desgracia, no hay nada que pueda servir de apoyo a mi corpulencia.

—Yo lo haré —miró en torno. Su bolso de mano yacía en tierra. Acudió a él, y extrajo una lima y unas tijeras de manicura, que enarboló, decidida—. Apalancaré en las ranuras, y si hay esperanzas, al menos saldremos de incertidumbres. ¿Vale?

—Vale —asintió Wade, tras una larga vacilación—. Es usted del temple que a mí me gusta, jovencita. Ignoro por qué huyó de su casa y en qué clase de líos estará metida, pero si vuelvo algún día a mi oficina, devolveré a J.

H. Van

Cleef su cheque, y renunciaré a indagar su paradero.

—Gracias, señor Emerson —ella le sonrió de un modo que la hacía parecer mucho mayor de diecinueve años. Y más peligrosa. Por fortuna, con sus «herramientas», subió ágilmente a los hombros de Wade, y éste rodeó de nuevo el sedoso nylon que ceñía uno de

sus tobillos.

Transcurrieron dos minutos, durante los cuales sólo se escuchó un forcejeo leve en el techo. Wade sudaba, más por la tensión del momento que por el ligero peso de la joven. Al final, un chasquido metálico llegó de arriba, sonándole a música de arpas celestiales.

—¡Esto marcha, Wade! —murmuró, con excitación la joven—. Voy a seguir un poco más, y luego descansaré...

Arriba, la bombilla se movía enloquecedoramente de un lado a otro, mientras ella maniobraba. Wade pidió al cielo que no cayera a tierra. El estallido de una bombilla, atraería allí a toda la banda.

Gail bajó, sudorosa y con el rostro cómicamente tizado de polvo y partículas limosas. Sin embargo, sonreía con entusiasmo.

—Creo que con dos o tres veces más sobre sus fuertes hombros, habrá una salida —dijo, enarbolando su tijera, que había sufrido una horrible deformación—. Aunque por el frío que se siente allá arriba, es posible que salgamos a las llanuras de Alaska.

Wade sonrió de buena gana. Luego, Gail tomó alientos y reemprendió la tarea. Su cálculo fue bueno. Precisamente acababa de subir la tercera vez, cuando chirrió agudamente el metal y la bombilla sufrió un bamboleo estremecedor. Pero soportó, y Gail exclamó:

—¡Paso libre, señor Emerson! —Luego se estremeció—. ¡Brrrrr! ¿No ha traído abrigo de pieles? Esto parece un frigorífico...

—¡Un frigorífico! —La idea sacudió a Wade de pies a cabeza. Todo su júbilo se evaporó—. ¡Claro, eso es! ¡Una cámara frigorífica para conservación de las carnes que envasaban! No cabe duda que ha acertado usted. Y en ese caso, salir de aquí es igual que helarse. Además, usted puede salir. Pero ¿y después?

—Muy sencillo —sonrió ella, desabrochando su cinturón de piel marrón—. Así... ¿Se arriesga a desafiar el frío y esperar a que alguien le abra la cámara?

—Adelante. Peor que aquí, no estaremos. Si nuestro destino es terminar los días en una lata de conservas con el precinto de ternera, no le pongamos trabas al destino.

Ella descendió, mirando luego la trampilla doble que había abierto. Bombilla y lámpara colgaban, torcidas, a un lado. Un rectángulo negro y helado les esperaba allá arriba. Pero si Wade sentía vacilaciones dentro de sí, tuvo que ahogarlas. No iba a ser él

menos que una mujer. Gail le entregó el cinturón, y Wade trocó los papeles. A ella le correspondió ahora mantener sobre sus hombros, un solo segundo, el peso de Wade. Lo hizo bien, aunque tambaleándose como si estuviera ebria, y Wade se aferró a los bordes de la trampilla abierta, cuyas ranuras había limpiado la joven de polvo y obstrucciones, permitiendo su apertura. Subió de un brinco ágil, poniendo sus elásticos músculos en tensión, aunque muy dificultado por el doble obstáculo de sus esposas.

Las sombras más profundas le rodeaban. Y un frío glacial sacudió sus huesos y nervios, haciéndole castañetear los dientes. Sin embargo, tuvo el valor suficiente para llegar a un muro metálico, que parecía una gran puerta, cerrada por fuera. Palpó las ranuras que delimitaban la entrada a los frigoríficos. Su hombro golpeó algo que pendía del techo, rígido y helado. Podía parecer un ahorcado, pero era algo menos siniestro: un ternero congelado, pendiendo de un garfio sin duda.

Aquella fuga era estúpida. Morirían bajo cero, sin ayuda posible. Antes de que ella subiera, a sacrificarse estérilmente a su lado, tenía que intentar algo. En lugares así, donde los frigoríficos están en hilera, dentro de salas especialmente adaptadas a ellos, acostumbra a haber un guardián nocturno. Si pudiera atraer su atención... Posiblemente, el guardián no tuviera nada que ver con el tejemaneje interno de los ocupantes de la factoría, y abriese una salida en aquel infierno helado.

Sus manos estaban más frías aún que el metal, y Gail susurraba abajo llamadas apremiantes. Wade, entonces, adoptó una decisión. Empezó a cargar contra las terneras colgadas, que cayeron al suelo metálico de la cámara, con un estrépito formidable, al que contribuía en gran modo los garfios de metal. Un revuelo de todos los diablos se armó en la cámara. Entretanto, el detective corrió al borde de la trampilla y arrojó el otro extremo del cinturón, sujetando con ambas manos el otro extremo, y buscando el apoyo de sus piernas contra un poste de acero. Así, al advertir que las manos de Gail se asían a la correa, tiró de ella con tal fuerza, que sus dientes chirriaban, le sudaban las manos y el rostro, a pesar de la temperatura bajo cero de aquel encierro, y aunque en dos ocasiones estuvo a punto de arrojar abajo a Gail, finalmente culminó su empresa con éxito, y la muchacha se unió a él en la

nada grata atmósfera de la cámara. Wade se disponía a seguir derribando terneras, cuando se detuvo y ordenó silencio a Gail, que había empezado a hablar. Contuvieron incluso la respiración. Unos pasos sordos, metálicos, sonaban al otro lado de la gruesa pared del frigorífico. Si no se resolvían a abrir la cámara, morirían allí dentro de pocos minutos. Así que Wade optó por no mover más las reses congeladas, en espera de que el guardián o quien fuese, se resolviera a indagar la causa del ruido. Provocar nuevo revuelo, era dar indicio a algo alarmante, y el vigilante acaso se asustara, prefiriendo avisar primero a sus jefes.

Apretó entre sus manos esposadas, una fría y temblorosa de la muchacha, que se había pegado a él, inducida por el frío y acaso también por el temor, aguardando la decisión del que se había parado frente a la puerta de su cámara.

—Calma, señorita Van Cleef —dijo Wade entre dientes—. De esto depende todo...

Algo rechinó con fuerza allá fuera, y tembló el muro del frigorífico. El peculiar golpe de un picaporte al ser abierto, les llenó de esperanzas. Luego, una gran puerta de un grosor de casi dos pies, chirrió largamente al irse abriendo. El haz cegador de una lámpara eléctrica, barrió el interior de la cámara, posándose sobre las reses caídas.

Un hombre lanzó una imprecación. Wade, situado con Gail junto a la puerta que se abría, no dejó que el foco blanco llegara a él. Se inclinó con rapidez, tomando uno de los grandes garfios de metal plateado que servían para colgar las terneras, y con ese arma en las manos, forzosamente unidas, se arrojó contra el hombre que empuñaba la linterna, poniendo en el embate todas sus energías.

CAPÍTULO VI

Ambos rodaron por tierra, saltando la lámpara eléctrica, que rebotó en el suelo y se apagó, dejando todo en tinieblas. Wade sintió bajo su peso la maciza humanidad del adversario, en el que la misma sorpresa impedía toda reacción lo bastante ágil y precisa.

Ver salir a un hombre de un frigorífico cuya temperatura bajo cero era glacial, no es cosa demasiado frecuente. Y Wade se aprovechó de esta sorpresa. Sus manos soltaron un violento golpe con el revés del garfio, procurando no herir al hombre. Éste se inmovilizó bajo su cuerpo, al segundo impacto del metal en el cráneo.

Jadeando, se incorporó, buscando a tientas la linterna. Pero alguien se le anticipó en la oscuridad y el cono blanco volvió a brillar, derramando luz en amplio haz. Gail Van Cleef musitó:

—¡Ya la tengo, señor Emerson! ¿Y ahora? Esto parece una sala enorme, cerrada por completo.

—¿Cerrada? Buscaremos salida, no se preocupe —dijo ferozmente Wade. Inclinandose a registrar al individuo. La lámpara le ayudó en ello. El caído era un tipo fornido, de mediana edad. Vestía un pulcro mono color azul pálido, en cuyo pecho ostentaba unas letras blancas, bordadas en forma cursiva: *FACTORÍA DE CARNES ENLATADAS «GRANJA AZUL»*.

—Formaba parte del decorado, sin duda —gruñó Emerson, buscando en sus bolsillos. Encontró una llave y una pistola automática, elementos imprescindibles en un vigilante nocturno. Y también en un detective fugitivo, esposado, y acusado de asesinato, así que se embolsó el arma, una 38 barnizada en negro, empavonada, que podía serle útil en el futuro. O acaso en el presente, sin ir más lejos.

—Andando, hijita —dijo sordamente a la muchacha, señalando el largo corredor. Cerró de golpe la puerta de la blanca cámara

frigorífica. Docenas de ellas se veían en hilera, a un lado y otro del largo e inhóspito pasillo, donde tenía una sonoridad alarmante—. ¡Sin perder momento, además!

Caminaron rápidamente, pero sin correr, para no provocar más estruendo bajo la bóveda de cristales del gran pabellón frigorífico.

No se detuvieron hasta enfrentarse con un portón de enormes dimensiones, en metal gris, puro acero, en la que se abría una puertecilla más reducida.

—Ayúdeme —dijo Wade, con una imprecación—. No puedo manejar esas llaves, con estas malditas esposas, Gail.

La llamaba por su nombre, y la chica no pareció darle gran importancia al detalle. Un momento después, la frenética búsqueda de la joven dio resultado. Una plana Yale dorada fue admitida por la cerradura, giró dentro de ésta, y la puertecilla, sin rechinar siquiera, se abrió.

Wade, con un suspiro de alivio, vio la calle. No era, al parecer, una muy céntrica, sino un simple callejón empinado, con altas aceras y almacenes a ambos lados. La luz, muy escasa, palideció algo por oriente, sobre el Michigan. Por un lado, a Wade le producía cierta alegría el amanecer. Pero la idea de que su efigie apareciese en todos los diarios matinales, bajo el epígrafe: «RECLAMADO POR DOBLE ASESINATO», y el hecho de llevar esposadas las manos, no eran tranquilizadores de cara a esa circunstancia.

Salieron, cerrando rápidamente tras sí. Parecía como si el solo hecho de encontrar el cielo encima, fuese la salvación total, cuando ésta se hallaba bien lejos, al menos de Wade. Y para Gail, el retorno al hogar significaría un duro golpe: la noticia de la muerte de su hermana Dalilah.

Nadie parecía haber acudido en toda la factoría a los ruidos percibidos. O no alcanzaron a escucharlos, o la plana mayor de aquella curiosa organización, había levantado el vuelo nada más entrevistar a Emerson con tan malos resultados.

—¿Y ahora? —preguntó prácticamente la joven Van Cleaf, parándose en la esquina de la gran edificación de cemento que constituía la Factoría «Granja Azul».

—Ésa es una gran verdad. ¿Y ahora? No es sólo una pregunta, Gail. Es la duda de mi futuro, y del suyo propio, si no resuelve

volver a su hogar. ¿Tan mal le trata el viejo Van Cleef?

—Oh, no es por eso —la joven se tornó fría, eludiendo esa cuestión—. Ya hablaremos de ello en otra ocasión. Busquemos un taxi. Tiene que buscar un sitio donde quitarse esas pulseras. No irá muy lejos con ellas...

—Tiene razón —buscaron en torno. No parecía un sector propicio a hallar taxis. Y por otro lado el suelo parecía arder bajo sus pies. La distancia del lúgubre edificio, donde estuvieron cautivos, era demasiado leve.

—¡Eh, Wade, ocúltémonos! ¡Mire allí! —exclamó de pronto Gail, que también hablaba al detective utilizando su nombre propio. Tiró de su manga, señalando al tiempo a un extremo de la calle. Un «Lincoln» negro avanzaba lentamente, rodando como en vigilancia atenta de la manzana, en dirección a ellos. Sus gomas rozaban el bordillo de la acera.

Ambos se hundieron en la oscuridad relativa de un portalón, perteneciente a una serrería mecánica. Wade buscó su automática con las torpes manos amanilladas. El «Lincoln» y su ocupante fueron mucho más rápidos que él.

Evidentemente, pensó Wade, no tenía suerte aquella vez. Salir de un lío para caer en otro bajo auspicios similares, era demasiado en tan pocas horas. Porque el ocupante del «Lincoln» resultó ser un joven alto, fornido, de rubios cabellos que escapaban bajo un sombrero, y en cuya enguantada mano aparecía un formidable 45, digno de cualquier héroe del Oeste.

—No se muevan, o empiezo a meter ruido —dijo, muy agresiva mente, el recién llegado.

—¡Usted! —exclamó, asustada, la joven Van Cleef.

—Vaya, ¿me conoce? —sonrió torcidamente el joven, mirándola un segundo o algo menos. Inmediatamente continuó la vigilancia es trecha de Wade—. ¿Dónde nos hemos visto, señorita?

—Yo también le conozco —dijo agriamente Wade Emerson—. Es Laszlo Siklós, el asesino de Paula y de...

Se cortó, mirando vivamente a Gail. La mirada azul del rubio se había endurecido notablemente. Dijo con aspereza:

—Muy bien, corte su chaparrón. Vamos al coche, deprisa. No están en condiciones de protestar. Y si intentan alguna tontería, lo lamentarán toda su vida. ¡Deprisa!

Wade hizo un gesto de impotencia. Sorprendido, notó que el rubio no le cacheaba ni pensaba hacerlo. Pero les empujó, con su revólver, forzándoles a entrar en el «Lincoln». La chica pasó al compartimiento de atrás. Él hizo acomodar a Wade junto al volante, y el rubio tomó asiento en éste, haciendo arrancar el vehículo. Ya no emprendió una marcha lenta, sino realmente vertiginosa, aprovechando la ausencia de señales de tráfico y la soledad de la urbe al amanecer. Una claridad pálida mostraba las calles; convertidas en verdaderos desiertos de cemento y asfalto, apenas transitadas.

—Y ahora, ¿cuál es la mazmorra de turno? —Gruñó Wade, de mala gana—. ¿El Departamento de Homicidios, otra guarida de Von Mannheim o esta vez hay una segunda banda más truculenta y sanguinaria en sus procedimientos? Estoy harto de secuestros, revólveres y frases cinematográficas de las más usadas, Siklós. ¿Usted a quién pertenece?

—A la Interpol —rió el joven húngaro, divertido—. «Policía Internacional», Emerson.

—¡No me diga! Yo soy el jefe de la Interpol y no le vi nunca por mi oficina... —dijo con sarcasmo Wade, sin disimular un bostezo de sueño, aburrimiento y mal humor.

—Déjese de bromas, Emerson —replicó con sequedad el joven—. Soy Laszlo Siklós, de la Interpol. Agente centroeuropeo, a la caza de lo mismo que busca Von Mannheim, Carleton Ansara, posiblemente usted, y otros muchos. Todos detrás de la presa, ya lo ve.

—Mire, Siklós, estoy dispuesto a tragarme hoy todas las fantasías, pero esa...

—¿Fantasía? —Siklós metió el pie y el coche dio un agrio frenazo ante la boca de incendios. Por fortuna, no había agente alguno por las proximidades, pero Wade metió las manos esposadas bajo la gabardina de Siklós—. Espere un momento...

Extrajo dos cosas. Una cartera de piel negra, y un manojito de curiosas llavecitas. Gail, tras el recio espejo que separaba su compartimiento, vigilaba la escena, muy intrigada.

—Primero, le dejaré libre de molestias, Emerson —dijo Siklós risueño—. Eso le demostrará que obro de buena fe —examinó las esposas del detective y probó en la ranura tres llaves, sin resultado. La cuarta fue la mágica, el «Ábrete. Sésamo» inesperado. Chascaron

las esposas, y Wade fue un hombre libre. Se miró las manos sueltas y ligeras, con verdadero asombro.

—¡Cielos, Siklós! —exclamó—. Estoy dispuesto a creer que es usted Houdini...

—No tanto —sonrió modestamente el húngaro. Luego, abrió la carterita negra. Tras una hoja de celofán, apareció un documento con el nombre: INTERPOL. Y debajo, una fotografía del rubio muchacho, unas huellas que podían ser de él o de su tatarabuela, pero que posiblemente fueran de él, y una serie de letras impresas, entre las que vio el nombre: LASZLO SIKLÓS. Y luego: AGENTE ESPECIAL DE LA POLICÍA INTERNACIONAL. Leyó el nombre del país para el que trabajaba, dentro de la organización mundial policíaca, y tuvo que admitir aquella nueva sorpresa como algo real e inevitable. O Siklós era el mejor falsificador del mundo, cosa que aún sería más fantástica de creer.

—Bueno, tenía razón —hizo un gesto con las manos—. Me rindo. La Interpol, Von Mannheim, Ansara y Wade Emerson. ¿Qué diablos de conexión puede haber en todo eso? Si me dijera que el F.B.I., Scotland Yard y la Sûreté andan por medio, me lo creo.

—Pues empiece a creerlo —sonrió Siklós—. Y añada: la N.V.D... las policías italiana, mexicana, española, alemana, holandesa, belga y austríaca. Por no mencionar más que a un grupo de interesados.

—¡Oh, no! —Wade gimió, dejándose caer en el respaldo del asiento—. Es demasiado para un modesto detective de Chicago... ¿Por qué me metieron a mí en medio? Le aseguro, Siklós, que no tengo nada que ver en lo de mi mujer. Yo no la maté, ni sé quién pudo hacerlo. Yo pensaba que era usted, porque Gail le vio salir del apartamento. Y resulta que...

—Cuando yo llegué, su mujer había muerto ya —dijo Siklós, gravemente, emprendiendo la marcha—. Debieron terminar con ella nada más ausentarse usted.

—¿Entonces usted cree en mi inocencia? —dijo, jubiloso, Wade.

—Sí, pero no puedo ayudarle. Nadie le podrá ayudar. Mi trabajo es clandestino, sin apoyo oficial ni influencia en la policía o en la Oficina Federal. No puedo ayudarle, sin comprometerme yo y provocar serias fricciones internacionales. Habrá colaboración entre todos cuando sepamos concretamente lo que perseguimos y dónde puede estar.

—Ya. —Wade volvía a la realidad. Era mejor aceptarlo todo como natural y lógico, aunque no sabía dónde diablos estaría la lógica de aquel caso. La espiral seguía creciendo, girando alrededor, agigantándose más y más. Y oscureciéndose por momentos, que era lo peor—. Verá. Siklós. Usted sabe muchas cosas que yo ignoro, eso es evidente. Pero es posible que yo también sepa algo que usted ignora. ¿Por qué no unimos lo que cada uno sabe y vemos lo que resulta del total?

—Es una idea excelente, que yo había pensado ya. Por eso le he recogido al verle. No sabía si sería preciso entrar a tiros allí para rescatarles, o ustedes acabarían huyendo por sus propios medios.

—¿De modo que también sabía eso?

—Ya ha dicho usted que sé muchas cosas —sonrió Siklós—. No era difícil la hipótesis al saber que fue usted raptado, aunque el teniente Fowler opine que le salvaron de la prisión sus cómplices.

—¿Eso dice? ¡Dios mío, estoy listo!

—Ahora vamos al único sitio seguro donde nadie le buscará de momento. Ya mi colaborador en Chicago me espera allí.

—¿Su colaborador? No se fíe de nadie, si no es de entera confianza. Siklós.

—Yo nunca me fío. Pero J. H. Van Cleef está por encima de toda duda. Luchó contra el nazismo durante la contienda mundial. Siempre estuvo junto a la libertad y la democracia. Por ella sufrió cautiverio, por ella ha llegado a ser un ciudadano notable en los Estados Unidos. Y es el padre de Dalilah Van Cleef.

—Eso es cierto. Pero no podemos ir ahora... Esa chica es Gail Van Cleef, su hermana. Y no sabe nada de lo de Dalilah...

—¿Aún no? —Siklós no parecía extrañado de la identidad de la joven. Era otra cosa que, evidentemente, conocía de antemano. Wade empezó a respetar de veras a aquel joven rubio y fornido, de quien sospechara en todo momento, sobre todo al verle por primera vez—. Bien; de todos modos ha de ocurrir un día u otro. Será mejor que lo sepa, se deje de chiquilladas y vuelva al lado de su padre, para volver a jugar al escondite por contrariedades familiares. Iremos a las oficinas de Van Cleef, en Gardfield Boulevard. Él nos espera allí.

—Bien, adelante con su plan. Siklós. Espero que entonces empiece a ver algo claro.

—Es más sencillo de lo que usted cree y de lo que en un principio parece. Andan tantos intereses y potencias en juego, que su esposa cometió un error, fruto de la insensatez más tremenda, al querer jugar individualmente una baza. Tenía que perder...

—Sí, eso empieza a parecerme a mí también —suspiró Wade, mientras el «Lincoln» corría bajo el débil tono rosado del sol matinal, camino del sur de la ciudad.

Gail dejó de llorar, muy lentamente, acurrucada en el pecho de su padre. El viejo Van Cleef, no demasiado arrogante bajo el peso de la tragedia familiar, se limitaba a acariciar dulcemente los cabellos de la joven, sin pronunciar palabras que, indudablemente, hubieran estado de más en tan doloroso trance. Wade admiró su entereza y tacto para sobrellevar la terrible depresión de su hija menor.

Siklós tosió discretamente cuando los sollozos casi se redujeron a la nada, aun sabiendo que Gail todavía derramaba lágrimas en silencio. J.

H. Van

Cleef le miró con fijeza.

—Lamento tener que abordar crudamente los hechos, Van Cleef, pero usted y yo sabemos lo grave de las actuales circunstancias. Wade también empieza a darse cuenta de ello.

—Acerté, entonces con el detective capaz de dar con mi hija —sonrió débilmente el viejo holandés, mirando a Emerson.

—No esté demasiado seguro aún —dijo Wade—. Todo está ocurriendo un poco cogido por los pelos. Yo, ni siquiera he llegado a enterarme aún de nada. Su hija, señor Van Cleef, me telefoneó, dándome un mensaje espeluznante. Pero no mencionó su apellido. Sólo dijo llamarse Dalilah. Y así comenzó en realidad el caso, para mí. Su hija murió en mis brazos. Encontré muerta a Paula, cuando ya Siklós la había hallado igual, al ir a mi apartamento en busca de lo que ella poseía y le costó la vida. Luego, un tal Von Mannheim, suave y frío como una barra de hielo, me hizo secuestrar, junto con su hija Gail. Supe que el pequeño y desagradable Mike Findlay, dueño aparente del «Judas», sirve a Mannheim, y he sabido que se busca algo muy valioso para ciertos países europeos y también para mi país, a juzgar por las palabras de Mannheim y Siklós. No sé quien lleva buena intención y quién la lleva mala. No me fío de

nadie, ni nadie se fía de mí. Me buscan por doble homicidio, aunque les juro que Dalilah iba ya acribillada a... Bueno, iba agonizando cuando la vi por primera vez. Y eso creo que resume todo lo que sé. Puedo añadir que una voz extraña me ha dicho palabras amenazadoras por teléfono, y al localizar el punto de la llamada, se ha sabido que un hombre cojo, con sobretodo y un sombrero verde, era el autor de la misma. Pero se ha evaporado en el aire. Y su voz era muy desagradable.

—¿Cojo? —Van Cleef enarcó las cejas. Cambió una viva mirada con Siklós, y Wade pudo captar una inteligencia común en su gesto —. ¿Está seguro de eso, Emerson?

—El subordinado del teniente Fowler parecía estarlo cuando se informó. ¿Por qué?

—Hay un hombre cojo que puede relacionarse con este enredo —dijo Siklós secamente—. El hermano de Carleton Ansara, un eurásico como él, llamado Rhys. Fue un famoso actor en Europa, especialmente de obras clásicas, y cojeaba ligeramente de la pierna derecha.

—¿Así que también hay otro Ansara en el lío? —murmuró Wade, perplejo.

—Eso podría parecer en principio, pero es materialmente imposible que sea así —objetó Siklós, pensativo.

—¿Por qué? No parece haber nada imposible en todo esto.

—Rhys Ansara murió víctima de malos tratos en el campo de concentración donde estuvimos juntos —informó escuetamente Van Cleef—. Su defunción y el lugar donde yace, fueron comprobados oficialmente después de la guerra... Eso lo elimina como sospechoso.

—Y nos deja la posibilidad, nada absurda, de que alguien ha fingido una cojera para que pensemos precisamente en él —añadió Wade Emerson.

—Es justo, lo que estaba pensando yo, amigo mío —dijo Siklós, sorprendido.

CAPÍTULO VII

—Mi pobre Gail duerme ya tranquila —dijo Van Cleef, bajando la escalera de las oficinas de Garfield Boulevard, dedicadas a transporte aéreo de envíos comerciales. La «Van Cleef Comercial Airmail» tenía un prestigio en el terreno especializado. Su propietario y director no sería ningún magnate, pero si era respetado y querido.

Wade Emerson y Siklós fumaban silenciosamente en la desierta oficina privada del holandés. Era una suerte que fuera domingo y no les apremiara la hora de entrada de los empleados a su trabajo.

—Celebro que haya vuelto a casa. Ahora no volverá a huir en aventuras infantiles —dijo J. H. Van Cleef—. La muerte de su hermana ha debido impresionarla demasiado. Sé que no desea volver a sus estudios de Medicina, pero tendrá que reanudarlos ahora.

A Wade le agradaba que hablasen de Gail, incluso en tan anómalas y graves circunstancias. No obstante. Siklós no debería ser de su opinión, porque se puso en pie de pronto y comenzó a hablar con cierta aspereza profesional al dirigirse a sus dos acompañantes:

—Escuchen lo que podemos sacar en conclusión hasta ahora. Sobre todo, usted, Wade. Si quiere sernos útil, procure atar cabos y usar su inteligencia. Creo que la tiene, y puede sernos de gran ayuda en forma extraoficial, claro está. Repito que es un asunto muy delicado para provocar fricciones internacionales, diplomáticamente. Bastante revuelto anda ya el mundo sin necesidad de esos conflictos.

Hizo una pausa, arrojando su cigarrillo, y encendió otro. Instintivamente, Wade miró su extremo. No tenían boquilla gris, desde luego. Siklós siguió:

—Carleton Ansara, el hombre misterioso que preside su empresa de exportaciones al extranjero, con central en Nueva York, y

sucursales en Chicago, San Francisco y otras ciudades asiáticas y europeas, es algo más que un honesto comerciante. Su negocio es la pantalla de un servicio de espionaje en alta escala, difícil de probar y también de vigilar, dada su vasta red internacional de oficinas, factorías y agencias. Además, si el Gobierno Federal sospecha algo al respecto, prefiere de momento dar cuerda a Ansara, hasta que él mismo se ahorque y revele por sí mismo la potencia a quién vende sus «productos», sin lugar a dudas.

—¿Es ésa una política prudente? —sugirió Wade.

—No puede saberse. Pero el FBI piensa de ese modo, por alguna poderosa razón será. Sin embargo, al margen del futuro de Ansara como agente secreto o espía privado o lo que sea en realidad, tenemos algo especial, distinto y valioso por ello mismo. Puede ser un documento, varios documentos, un mensaje cifrado, fotografías o lo que menos imaginemos. Algo que Ansara logró a alto precio y que sería de gran interés para muchas naciones. ¿Un alto secreto diplomático? ¿Planos científicos o militares? No lo sé aún, ni creo que muchos lo sepan a ciencia cierta. Pero hay varios que sí lo saben: Ansara, perjudicado por su esposa, Wade, que le robó de algún lugar secreto conocido de ella, el secreto en cuestión. Y pidió un precio por él. Ansara pagó lo que le pedían sin vacilar, y Paula le engañó. Sospecho que le entregó algo diferente o dio largas al asunto, conservando el secreto consigo en algún lugar. Súbitamente, se había dado cuenta de que tenía en sus manos un manantial de oro, algo que valía millones, puesto que Ansara tiene fama de hombre tacaño, y pagaba sin replicar veinticinco mil dólares. Alguien debió ofrecer muchísimo más a Paula, supongamos que su buen amigo Von Mannheim, Wade. Dalilah sabía que su compañera de trabajo en Ansara, Paula Emerson, se traía entre manos algo fuerte, demasiado grande para su pobre cerebro de mosquito. Es peligroso jugar a Mata Hari con la escasa inteligencia de su mujer, y perdone mi crudeza. Wade.

—Lamento estar de acuerdo con usted. Paula no podía dar más de sí. Lo único inteligente que se le ocurrió fue desprenderse de un marido inepto, con vistas a manejar ella sola su fuente de oro.

—Y sólo consiguió morir estúpidamente a manos de un vesánico que desea ese secreto por encima de todo, y lo mismo que la mató a ella y a Dalilah, hubiera matado a cien personas más.

Wade, de nuevo, recordó aquella espeluznante frase de la pobre Dalilah: «Morirán muchos... Usted también, Wade... Escape... si puede...». Se estremeció, oyendo luego a Siklós:

—Siguiendo nuestra teoría, tenemos que existen dos grupos poderosos y rivales tras lo que Paula arrebató, desencadenando una auténtica guerra: el propio Ansara por un lado, y Mannheim y su pandilla por otro. Ellos tampoco vacilarán en matar, e incluso es posible que Mannheim o Carleton Ansara hayan cometido los crímenes. Al secuestrar a usted y a Gail, es evidente que no tienen los de Mannheim el secreto. Ansara, no es fácil que lo haya recuperado. Y si estudiamos la posibilidad de que asesino sea una tercera persona ajena a ambos grupos, cabe la incógnita de que haya obtenido el secreto o no.

—Todavía hay varios puntos oscuros que no entiendo —replicó Wade vivamente—. ¿Por qué Dalilah, hija de J.

H. Van

Cleef, trabajaba en Ansara de simple empleada? ¿Por qué usted, Siklós, tenía contactos con ella en «Judas», fingiendo ser un «gigoló» o algo así? ¿Y cuánto tiempo hace que empezó todo esto, y Paula robó el secreto a Ansara?

—Aproximadamente voy a contestarle a la última pregunta, y exactamente a las dos anteriores. Empecemos por la tercera interrogante: Paula sustrajo a Ansara ese objeto hace cosa de un mes. Primero, guardó ella silencio. Y también Ansara, por la cuenta que le tenía, hasta localizar a la culpable. Paula se enteró del valor del objeto cosa de una semana después. Y entonces empezó el gran baile en torno a ella, ajena al revuelo mundial que estaba organizando. Yo resido en los Estados Unidos, precisamente de vigilar a Ansara, que ha cometido en Europa actos de espionaje similares, nunca probados. Dalilah era una chica inteligente, y su padre, que ha trabajado para el Servicio Secreto norteamericano en Europa durante la guerra y posteriormente también, al ser informado por la Interpol de las sospechas sobre Ansara logró colocar de taquimecanógrafa a Dalilah dentro de la factoría de Chicago. Ella recibía de él las instrucciones de darme a mí los informes, se veía conmigo en «Judas».

—Cuyo dueño trabajaba para Mannheim —añadió Wade—. Es una cadena sin fin...

—Eso es lo que no comprendo. No puede ser casualidad. Fue Dalilah quien fijó aquel local como punto de reunión nuestra. Sólo se explica suponiendo que Dalilah jugara con dos barajas a la vez. Y me resistí a creerlo...

—No, ella no era así —replicó Van Cleef, con tono amargo, trémula la voz—. Tiene que haber otra razón, Siklós.

—Bien, acaso la haya. Los hechos son éstos, Wade. Su mujer dio tanta publicidad a su subasta del secreto, que provocó un vuelo en masa de agentes secretos, espías y aprovechados, capaces la mayoría de ellos de matar sin dificultad, por obtener la fuente de riqueza, de poder o, simplemente, de escándalo internacional o motivo de un colosal chantaje político a los países afectados por la revelación de lo que eso pueda ser.

Wade se irguió, ceñudo. Miró a Siklós y al viejo Van Cleef. Ambos eran de fiar, a lo que veía. Disparó su propia bomba, sin preocuparse de los resultados:

—¿Y si les dijera que el objeto en cuestión es un libro?

—¿Un libro?

—¡Un libro!

Pregunta y exclamación sonaron con igual estupor y desconcierto. El agente europeo de la Interpol y el padre de Gail, se miraron con incredulidad. Luego, sus miradas confluyeron en Wade Emerson, triunfal rematador de la charla.

—¿De dónde ha sacado eso, Wade? —estalló Siklós, menos paciente que Van Cleef.

—Hay quién cree que yo tengo el libro —sonrió Wade Emerson, divertido y misterioso—. Aunque he perjurado que no es cierto, Von Mannheim está convencido, y me ofrece por él cincuenta mil dólares. Sería curioso saber lo que ofrece Ansara.

—Pero lo cierto es esto: ¿tiene usted ese supuesto libro o no? —añadió Van Cleef.

—Por Dios, me ofenden. ¿Cree que si lo tuviera me andaría ocultando de la Ley? Sería la prueba de mi inocencia, devolviéndolo al Gobierno norteamericano, si de mi país salió. Afecte a quién afecte su publicidad o reserva, soy americano y me debo a mi patria.

—Entiendo. —Siklós se mordió el labio inferior, musitando—: Un libro... ¡Increíble!

—¿No entraba en sus cálculos ese objeto?

—Francamente, no. Pero de algo estoy seguro, Wade. Usted va a serme de gran ayuda en todo esto. Si la gente sospecha que tiene ese libro, será el anzuelo ideal para arrastrar tras de usted a las dos pandillas y a quienquiera que haya más. Su papel se limitará a investigar a husmear y dar a entender que sabe mucho y no dice nada.

—Eso es optar a una losa junto a Paula y Dalilah. Siklós. No me gusta la idea.

—Vamos, Wade usted es hombre de acción. Si quiere demostrar su inocencia y cazar al asesino de su mujer, el único medio es ése. Van Cleef y yo le ayudaremos. En caso de ir mal las cosas, procuraremos interceder ante la Ley, a su favor.

—¿Y ante un par de afiladas tijeras también? —Gruñó el detective.

—No, ante eso tendrá que usar sus propias armas. Agudeza, valor, fuerzas y un arma, si la tiene. Ha hablado de su patria. Ayúdela a ella y ayúdese usted mismo. Le apoyaremos en todo lo posible, seguiremos sus pasos para intervenir en caso de urgencia. Pero Van Cleef no puede hacer mucho activamente, dada su edad, y yo soy muy notable para ciertos sectores del hampa y de lo que no es el hampa, pero que lo disimula bien. En cambio, Wade Emerson, sospechoso de asesinato, sospechoso de poseer el preciado secreto de su mujer, y probado hombre duro de vencer, atraerá a ciertos moscardones como si fuera miel.

—La idea es horrible, pero siempre he sido un poco loco, y no perderé mucho más de lo poco que ahora tengo. Así que adelante. Siklós y Dios le perdone si encuentra mi cadáver cosido a tijeretazos en cualquier fea calle del suburbio. ¿Por dónde hay que empezar?

—¿Usted por dónde empezaría. Wade?

—Por Ansara y Compañía —dijo secamente el detective, sin una vacilación.

—Justamente —el húngaro sonrió burlón—. Usted y yo coincidimos con notable frecuencia. Emerson. Adelante, pues, conejillo de Indias.

Wade Emerson torció el gesto y no contestó.

La fotografía publicada en los diarios no era muy buena, pero bastante para reconocer a aquel «espantoso asesino de dos mujeres»

al «Loco de las tijeras», como al mismísimo Wade Emerson, detective de profesión hasta el día que se convirtió en sádico criminal.

Emerson arrugó el periódico, jurando por lo bajo, se tocó la mandíbula, sombreada por la barba, y pulsó el llamador de la residencia. La placa bronceada de la puerta necesitaba un buen bruñido. Pero aun así podía leerse en ella el nombre de Claude Langan, gerente general de «Ansara Export Lines», U.S.A., Europa y Asia. Todo muy recargado y detallista. Igual que el antipático Langan, de quién fue secretaria su mujer. Aquél era el principio de la cuestión, y convenía llevar las cosas por orden. Por riguroso orden...

Posiblemente, las ocho de la mañana de un domingo no fuera la hora oportuna para buscar a Claude Langan, pero todo urgía terriblemente. Wade sabía que tenía que buscar un libro, un libro en alguna parte de Chicago, detrás del cual iban dos grupos internacionales, poderosos y resueltos a todo, y una legión de espías y agentes secretos infiltrados en el país.

El criado que le abrió la puerta, miró con cierta desconfianza al visitante. Wade esperaba que su sombrero y sus gafas de sol disimularan algo el parecido con la fotografía del periódico. Por cierto que en el vestíbulo de la casa, había una caja de botellas de leche y dos diarios plegados aún, sin haber sido tocados en apariencia. Wade llevó su mirada de ese inquietante detalle al rostro hostil del sirviente y preguntó:

—¿Está el señor Langan, por favor?

—Está descansando —replicó el criado—. No es hora de visitas, ni el señor recibe en casa, especialmente los días festivos. Lo lamento mucho, pero no puedo...

—Dígale que tengo que verle inmediatamente, sin más rodeos. Pero si prefiere que le visite la policía federal, en relación con su patrón, el señor Ansara, tanto mejor.

El criado se quedó como quien ve visiones. Y entonces se demostró que las ocho de la mañana, no era después de todo una hora muy mala, al menos en aquella casa. Porque algo parecido a una visión rubia apareció en el vestíbulo, un vestíbulo grande, lleno de cuadros con bellas ampliaciones fotográficas envuelta en una bata acolchada, rojo oscuro, que tenía la mala cosa de abrirse por

delante con exceso. Y la visión rubia, que por cierto era de carne y hueso, especialmente de lo primero, no llevaba demasiadas prendas más bajo la bata.

—¿De qué se trata, Emmeret? —preguntó a su criado, mirando de reojo a Wade.

Emerson enseñó los dientes en una sonrisa, y empujando al sorprendido fámulo, entró de golpe en el vestíbulo. La rubia, que además de piernas tenía una cara en consonancia con ellas, se quedó mirándole con escandalizada sorpresa.

—¿Quién le ha dado permiso para entrar, caballero? —dijo fríamente, hinchando el busto. Y demostró que podía hacerlo con legítimo orgullo—. Haga el favor de salir.

—No, señorita. No saldré. Quiero ver a Claude Langan. Inmediatamente. Soy Wade Emerson y se me busca por doble asesinato, si quiere saberlo. Comprobaré tal cosa por los diarios.

—¡Emerson! —La rubia palideció bajo su tenue capa de maquillaje. Advirtió Wade entonces que era mayor de lo que parecía en principio. Menudos surcos cruzaban su fina tez. Pero aún con sus treinta bien cumplidos, seguía siendo una notabilidad envuelta en raso escarlata y poco más—. ¡Usted es el hombre que mató a la secretaria de mi marido y a una chica en el río! ¡Lo dijo la radio de madrugada!

—¿De veras? ¿Y desde cuándo se interesa por los boletines de madrugada, señorita?

—Soy la señora Langan, si le importa saberlo. Emmeret, cierra la puerta. Y sube a avisar a mi marido. Dile lo que has oído. Nada más.

—Y que no utilice el teléfono ni cosa parecida —sonrió Wade duramente, asomando la automática en su mano, como al descuido—. Además de una docena de tijeras, llevo siempre esto conmigo, hijita. Se dispara especialmente sobre los criados y los gerentes generales. Pero nunca sobre las rubias, claro está —añadió, riendo de lado a la dama.

—¿Debo sentirme, pues, tranquila del todo? —dijo ella, cuando hubo subido el criado, empezando a caminar hacia una puerta del vestíbulo, que abrió, invitando a pasar a su visitante. La bata se ajustaba a las caderas. Wade se preguntó cómo Langan cortejaba a Paula teniendo una cosa así en su casa. Rarezas de los tipos como

él.

—No parece que necesite tranquilizarla nadie, hijita —gruñó Wade, sin mucho respeto, rozándola al pasar un poco más de lo puramente accidental—. ¿Tiene sangre o hielo?

—No me asustan los asesinos que presentan sus crímenes como tarjeta de visita —dijo ella, abriendo un alto ventanal a la Avenida del Museo. El sol, débil e impreciso, trazó líneas de polvillo dorado en el aire—. Usted no parece un asesino terrible, Emerson.

—Y eso que no me he afeitado —musitó Wade, sentándose sin esperar a ser invitado, en un butacón de rojo cuero. Rojo como la inquietante bata de la inquietante mujer—. Es usted de un optimismo que me hace sentirme orgulloso de mi aspecto. Si la policía pensara igual...

Miró en torno. Más fotografías, verdaderas obras de arte, enmarcadas en los muros.

—No puedo influir en la policía con mis convicciones, se lo aseguro —ella se sentó frente a Wade. Cruzó las piernas y el detective perdió la respiración. Aunque luego se cubrió un poco con la bata, no se excedió en ello, y Wade siguió respirando dificultosamente—. Y ahora, hablemos ya en serio, Emerson. ¿Qué es lo que busca por aquí?

—A su marido. No sabía que el pillo de Langan estuviera casado.

—Pues ya ve que sí. Y sigue siendo un pillo, a pesar de todo. Si yo fuera vengativa, coquetearía con usted como él lo hizo con Paula...

—Pues yo sí soy vengativo —aseguró Wade, con un brillo de picardía en los ojos, que hizo reír suavemente a la rubia. Era una de esas risas que incitan a borrarla también con suavidad. Y de un modo especial en tales casos. Wade procuró olvidar sus ideas y concentrarse en los motivos de la visita—. Pero ha dicho que quiere seriedad. Vamos allá: ¿Qué piensa su marido de la muerte de Paula Emerson y de Dalilah Van Cleef? Ambas trabajaban para la firma Ansara, según creo. Dos leales y eficientes empleadas.

La señora Langan volvió a reír, esta vez con sarcasmo. Pero no dijo nada. Se limitó a sugerir:

—Tendrá que preguntárselo directamente a él. Langan no hace comentarios sobre su vida profesional en casa. Pero le diré que lo ocurrido a Paula le afectó mucho.

—¿Y no le asustó?

—¿Asustarle? ¿Por qué tenía que asustarle?

—Eso es lo que quiero saber. Es raro que me dejen entrar con tal premura, ¿no le parece? Si tienen miedo a mi presencia aquí, tuvieron miedo anoche, al saber lo ocurrido, no lo niegue.

—Gallea usted mucho —replicó secamente la rubia—. No me gustan sus modales.

—Pues aún le gustarán menos en lo sucesivo. Quería comprobar si es usted un ángel inocente o una redomada hipócrita, pero veo que es lo segundo —se puso en pie, acercóse a ella y, sin ningún miramiento, la tomó por un hombro apretándola con fuerza al inclinarse sobre ella—. ¿Por qué está asustada? ¿Qué sabe usted de los sucios manejos de Ansara y de lo que Paula sustrajo de las oficinas? ¿Qué pretende ocultar con esa falsa amabilidad y todo ese estúpido coqueteo sin sentido?

—Se engaña, Emerson —dijo ella suavemente, entornando los ojos. Le miró de un modo que podía ser producto de una larga práctica de ardides femeninos o de un auténtico impulso pasional, cosa en la que Wade no creía ni por un instante—. No coqueteo...

Alzó la cabeza con cierto aire orgulloso y, encontrando muy cerca el rostro de Wade, puso sus labios en los de él. Wade esperó a ver si se apartaba ella. No lo hizo y entonces, brutalmente la empujó, lanzándola contra el respaldo del asiento que ocupaba. Ella, sorprendida centelleante, rabiosa. Respiraba entrecortadamente, y habían enrojecido sus mejillas.

—Ningún hombre rechaza mis caricias, Emerson —dijo, felina.

—No me gustan los suaves zarpazos del tigre, en espera de clavar sus colmillos hambrientos en la presa. Guárdese sus manejos para otro más cándido, encanto. Empiezo a creer que Paula era una criatura angelical, al lado de mujeres como usted, señora Langan.

Ella se cubrió, furiosa, todo lo que su bata descubría, y no obtuvo demasiado éxito, por lo que se puso irritada en pie, moviéndose hacia la puerta. Wade la siguió con ojos burlones... para encontrar en el umbral una figura que conocía vagamente: Claude Langan, el moscón número uno de la corte numerosa de Paula Emerson. El marido de aquella rubia agresiva e hipócrita. Los ojos y severos, del gerente general de Ansara, estaban fijos en la mujer con algo parecido al odio. Ella pasó junto a él sin decirle

nada, y el marido la tomó por una muñeca con furia.

—¿Qué diablos hacías, Vera? —preguntó, sibilante.

—Nada. Suéltame, Claude, que me haces daño... Pretendía embaucar a ese detective estúpido y fanfarrón, para facilitarte las cosas, cariño.

—¡Otra vez, métete en lo tuyo! —rugió él—. Es a mí a quién quiere ver, no a ti.

—Perdona si hice mal. Pero él sabe que estás asustado, y es mejor que yo...

—¡Vete al infierno de una vez, estúpida! —gritó, empujándola y cenando de golpe.

Una vez a solas con Wade Emerson, se movió lentamente a través de la estancia y se detuvo frente a él. Le miró gravemente. Langan era elegante, alto y fuerte. Su escaso cabello clareaba más por su matiz rubio pajizo, tenía la frente algo abombada y la boca gruesa. Aun con el pijama de raso y un batín de abrigo mal anudado, tenía distinción.

—Y bien. Emerson, ¿a qué ha venido aquí? —le espetó con frialdad—. ¿Cómo se atreve a moverse por Chicago a pleno día? He visto su fotografía en los periódicos antes de entrar aquí. Las cosas van mal para usted. Emerson.

—Y tal vez peor para usted, Langan —dijo el detective—. Sabía que tenía miedo, pero no tanto como para dejarme entrar inmediatamente y mostrarse amable conmigo. ¿Qué es lo que teme, Langan?

—¿Yo? Nada... —El acento del gerente no pudo sonar a sinceridad. Se humedeció los labios—. Simplemente no creo en su culpabilidad. Paula hablaba de usted con frecuencia. Había fracasado su matrimonio, pero nunca su retrato fue el de un hombre pasional o perverso, dos medios de llegar al crimen. Además, ¿por qué iba usted a...?

—Exacto, ¿por qué iba yo a hacer nada? —rió Wade—. Usted lo ha dicho. Tenía que ser alguien muy interesado en lo que Paula se llevó de las oficinas Ansara, ¿no cree?

—No sé nada de eso —de nuevo sonó a falso—. Paula era honrada y fiel. No pudo sustraer nada. Acaso sugiere que se apoderó de dinero.

—No se haga el tonto, que no sabe hacerlo. Sabe a lo que me

refiero: el libro.

—El lib... —Langan palideció de un modo que parecía un cadáver. Tuvo que apoyarse en una mesa, aplanado por la sorpresa. El terror hacía brillar febrilmente sus ojos—. Dios Santo, ¿pero qué hizo Paula? ¿Cómo le habló a usted de eso? Ella me prometió que no le había dicho... absolutamente nada.

—No se fíe nunca de lo que diga una mujer. Ya ve que sé lo del libro. Von Mannheim también me habló de él.

—¿Von Mannheim? —El terror y la inquietud de Langan iban en aumento. Temblaba como un hombre desnudo bajo la nieve de diciembre. Ya carecía de elegancia, arrugado y lívido—. ¿También conoce a ese hombre, Wade?

—Conozco a mucha gente, Langan —rió Emerson—. Se asombraría de lo que sé...

—Es malo saber, créame. La vida peligra cuando se sabe... tanto como usted o como yo. Apártese de esto, deje de buscar el libro y todo lo demás, huya del país si puede...

—Yo no he dicho que busque el libro. —Wade mostró un aire enigmático que provocó el pasmo de Langan—. No busco un libro. Busco a un asesino, Langan. Usted puede saber a quién busco...

—No, no... no sé nada —retrocedió atemorizado—. Váyase, Emerson, váyase de aquí. No quiero ni puedo ayudarle. No sé a quién se refiere.

—¿No? ¿Dónde está Ansara, su jefe? ¿El gran Carleton Ansara? Hay quién le ha visto en Chicago anoche —era un tiro al azar. Fortuito y sin esperanzas. Pero la reacción de Langan fue terrible.

—¿Aquí... anoche? ¡Dios mío! —Esta vez se hundió en una butaca, abatido—. ¡No puede ser!... ¡Entonces es cierto... lo que me dijeron! ¡Él ha vuelto... ha vuelto...! ¡Esto será la ruina de todos, la ruina nuestra! ¡Váyase, Emerson, váyase de aquí enseguida!

—Me voy, Langan, pero no porque usted me eche. Ni siquiera sería capaz de llamar a la policía... Sin embargo, me ha dicho algo de lo que quería saber. Buenos días, amigo. Y si alguien le mata por culpa de ese libro, rezaré por usted. Pero si antes se resuelve a confesarme sus penas, búsqueme en Chicago. Dará conmigo, y acaso pueda entonces devolverle ese... libro que tanto le preocupa.

Langan le miró con estupor, como si no creyera lo que oía. Wade salió al *hall*, encontrándose tras la puerta a Vera Langan, muy

pálida y alterada también, que le tomó por un brazo, inquiriendo, ansiosa:

—Emerson, ¿es cierto que usted tiene ese libro?

—No he dicho eso —sonrió él, encogiéndose de hombros. Se quitó de encima las manos crispadas de la rubia, y acarició con ironía su mejilla—. Adiós, preciosa. Y si se decide a jugarle la mala pasada a su Claude, búsqume. Seré más suave que hoy...

Echó una última mirada a las espléndidas fotografías de paisajes y modelos. Firmaba Langan al pie.

Cuando abrió la puerta de la calle para salir y se volvió un momento, ella seguía inmóvil y rígida como una estatua, en mitad de la sala. La bata roja estaba más abierta que nunca, y a Wade le costó un gran trabajo cerrar tras sí, hundiéndose en el tibio sol de la mañana.

Entonces apareció por la esquina el coche oscuro y cerrado, a una velocidad superior a lo permitido por las normas urbanas. Dobló la curva con un patinazo terrible de gomas sobre el asfalto, y Wade le miró curiosamente, olvidando a la señora Langan y su anatomía.

Acto seguido olvidó también todo lo demás.

Porque tras el parabrisas, un rostro extraño, crispado y amarillento, que parecía producto de una pesadilla, le miró con unos ojos malignos y centelleantes, bajo el ala de un sombrero de paño verde. Bajo aquella mirada, oblicua y perversa, brilló algo metálico al salir por la ventanilla bajada, de la portezuela izquierda.

Después tableteó una ametralladora, rociando de balas la acera y el muro frontal de la residencia de los Langan. El blanco era Wade Emerson.

CAPÍTULO VIII

Wade no podía hacer muchas cosas para eludir el rosario de proyectiles «Tompson» que le enviaba el ocupante de aquel coche negro y veloz, surgido como una moderna Parca motorizada y armada con ametralladora en lugar de la tradicional guadaña.

Pero su rostro descarnado era igualmente despiadado y cruel. Como la misma faz amarillenta, tensa y extraña del diabólico ocupante. Wade se había arrojado como un ovillo a tierra, nada más captar el centelleo del sol de otoño sobre el metal de la «Tompson». Luego silbaron los proyectiles encima de él, y le persiguieron rabiosamente mientras se deslizaba hacia una inmediata escalera descendente a los bajos de una vivienda adyacente a la de los Logan, y rodaba por sus escalones, desapareciendo de la visual del tirador. Aun así, varios proyectiles rebotaron siniestramente contra los barrotes metálicos de las habituales verjas situadas ante las casas que, como ésta, tienen una planta inferior a nivel más bajo que el del suelo callejero.

Wade rodó hasta el fondo. Una vez allí, mientras un rostro femenino, rugoso y rodeado de canas, se retiraba con vivo terror de una ventana, extrajo la automática obtenida en la factoría de carnes enlatadas, apuntando hacia lo alto. Si el tipo de la cara asiática asomaba por allí el morro de su ametralladora, se la volaría de las manos a tiros, y luego le daría una dosis de su propia medicina.

Esperó en vano, porque entre los gritos de alarma que habían estallado en la calle, más los que sonaban dentro de la portería o alojamiento del bajo, volvió a maullar la goma de los neumáticos sobre el asfalto, y un poderoso motor rugió, alejándose de allí.

Wade subió en tres saltos la escalera, asomando a la calle. La gente, al verle con la automática en la mano, se dispersó rápidamente, sin aguardar a más. Wade vio doblar al coche negro por una esquina, a tal velocidad que si no le paraba algún agente

del tráfico, no sería fácil que nadie le diera alcance. Irritado, miró en derredor. Los grupos de curiosos se alejaron más aún.

Luego, el detective miró a la residencia de los Langan. Vio caer una cortinilla tras la ventana del saloncito de estar. Una forma vaga se alejó del cristal, pero no pudo apreciar si tenía cabellos rubios y abundantes o ralos y escasos. Pero los Langan constituían una incógnita otra vez. Mientras hablaba con la provocativa Vera, pudo su marido telefonar a alguien y disponerle su ruidosa despedida. O pudo hacerlo la rubia, mientras él perdía el tiempo con Claude. Cualquiera de ellos... o ambos a la vez. O ninguno.

Todo muy claro. Un taxi pasaba a toda velocidad, un par de agentes uniformados se acercaban por la otra acera, sin duda en indagación del tiroteo, y Wade no quiso arriesgarse. Llamó al taxi, que frenó. Fingió no oír las voces de los policías, y metiéndose en el vehículo, le indicó una dirección alejada de allí.

No respiró tranquilo hasta que el automóvil arrancó. Miró por la ventanilla posterior, sonriente. Los policías agitaban frenéticamente los brazos, tratando de llamar su atención, pero no tenían gran éxito en ello.

Se retrepó en el asiento, hundiendo las manos en los bolsillos con parsimonia. De pronto, sus dedos encontraron algo que ya tenía casi olvidado. Lo sacó a la luz, frunciendo el ceño. Había sido tan vertiginoso el cúmulo de acontecimientos que olvidó por completo la agenda o cuadernillo de notas arrebatado al cadáver de Dalilah.

Miró sus tapas de hule reluciente. Casi con aprensión, pensando en quién había sido su dueña, soltó el pequeño cierre automático de su borde, agitando las hojas con el dedo pulgar.

Encontró letra menuda, llenando algunas páginas de la agenda, que no había sido muy utilizada. Anotaciones aparentemente sin importancia, otras ilegibles e incomprensibles, direcciones, teléfonos, nombre desconocidos...

De entre dos hojas, de las últimas escritas, cayó algo. Era un cartoncillo rectangular, amarillo. Y en él, una fecha y un número. La fecha era del viernes pasado. Dos días atrás, y el anterior a su muerte. Estaba impresa con una estampilla al efecto, pero no así el número, que era el 762, impreso en negros caracteres de imprenta.

¿Qué podía ser aquello? Ni un nombre, ni una dirección, ni un dato que aclarase el sentido de la cartulina. Wade, la reintegró a la

agenda. Leyó, con especial interés las últimas anotaciones hechas en la agenda. Éstas no resultaban tan ilegibles ni faltas de significado. Había tres números de teléfono:

HALsted
24-7802.
GARfield
29 4001.
FULLerton
23-9968.

El primero, era obvio para Wade, porque pertenecía a su propia oficina de investigaciones privadas, a dónde llamó Dalilah, dando principio a aquel caso de locos. En la guía figuraba tras su segundo apellido, pero no en sus tarjetas profesionales.

Los otros dos números le eran completamente desconocidos, pero eso tenía fácil arreglo. Detuvo el taxi frente a una farmacia de turno dominical y pidió usar el teléfono. Una pizpireta pelirroja teñida, se inclinó sobre el mostrador de vidrio, asintiendo. Wade entró en la cabina, echando un níquel. Marcó el primero de los números, y esperó. Sonó el teléfono largamente. Al fin una voz jadeante se puso.

—¿Dígame? —Luego, respiró hondo, como si tomara alientos.

Wade enarcó las cejas. Si aquella voz no le era conocida, es que estaba borracho.

—Oiga, ¿me conoce sin necesidad de que diga mi nombre? —dijo Wade, astutamente.

—¡Emerson! —la voz sonó de nuevo, inconfundible.

—¡Cielos! ¿Se ha metido en otro lío?

—No, Siklós. ¿Qué diablos hace usted ahí ahora?

—Espero a que Van Cleef deje a su hija en casa, acostadita, para seguir la tarea. ¿Por qué me lo pregunta? Bien sabe que es la oficina donde hemos hablado antes...

—Oh, claro. —Wade fingió saberlo—. Pero usted respira mal, muchacho. ¿Tiene asma?

—No, es que he corrido para coger el teléfono. Estaba lejos de él cuando sonó.

—Ya. —Wade no se tragó la explicación—. Ya se nota que ha

llegado corriendo de algún sitio. La avenida del Museo no está muy lejos de ahí, ¿verdad?

—Wade, ¿está trastornado o qué? Usted ha ido allí, lo sabrá mejor que yo. ¿Ha visto a Langan?

—Sí, y a su preciosa y venenosa mujercita. Un encanto de pareja. Saben mucho, tienen mucho miedo, y alguien ha tratado de acribillarme a balazos.

—¡Bendito cielo! ¿Sabe quién ha sido?

—No. Le he visto la cara a la perfección, pero juraría que era un chino, un japonés o algo muy raro. Tenía la cara crispada, rígida y amarillenta, con ojos oblicuos. Claro que eso de los chinos que andan asesinando gente por ahí es sólo cosa de las películas por episodios. Me produjo una impresión rara, que no podría definir. Pero no tengo la menor idea de quién pueda ser. Acaso un pistolero contratado por alguien...

—Acaso —la voz de Siklós sonaba preocupada. ¿Preocupada por qué?—. Pero es curioso. Ansara tiene la cara amarillenta y poco expresiva...

—Ya he pensado en ello. Siklós, pero no me parece Ansara.

—Entonces... —El tono de Siklós se hizo denso profundo y temeroso—. Wade, el hermano de Carleton, Rhys Ansara, también era eurásico. Amarillento, de facciones inexpressivas... Le oí describir muy bien a Van Cleef, hace algún tiempo.

—La idea de Rhys Ansara, vivo y armado con una ametralladora, me suena a grotesca, pero creo que habrá que empezar a tomársela en serio —dijo—. Hasta luego, Siklós. Y no corra así cuando tenga que ir a algún sitio...

Sonrió al colgar. Seguro que esto haría meditar al húngaro de la Interpol, fuesen ciertas o no sus sospechas. Luego echó un segundo níquel guiñando un ojo a la pelirroja del mostrador, que se subía una media, vuelta hacia la cabina telefónica. Ella siguió su labor, sonriendo con desafío.

Llamar a FULLerton

23 9968,

era menos agradable que contemplar a la dependienta, pero tenía que hacerlo y lo hizo, cualquiera que fuese el sitio donde sonara el teléfono. No tuvo que esperar mucho. Al segundo timbrado del receptor, allá al otro extremo del hilo, alguien descolgó. Una voz

bronca interrogó.

—¿Dígame? Aquí la residencia del señor Ansara; ¿qué desea?

Wade enarcó las cejas. Dalilah tenía números muy interesantes en su agenda. Espetó:

—Soy Emerson. Tengo una cita con el señor Ansara para hoy. ¿Se ha levantado ya?

Hubo una duda al otro lado. Se percibía la respiración del que sostenía el auricular. Luego, la voz respondió, con tono de recelo:

—El señor Ansara no ha citado hoy a nadie, señor. Nunca lo hace en domingo. Temo que sufra una equivocación. Si quiere, puedo consultarle, pero estoy seguro de que...

Wade no esperó a más. Colgó, con una sonrisa burlona. Ansara estaba en Chicago. Eso era lo realmente importante para él. Tomó un listín telefónico, buscando Ansara. No lo halló más que bajo su nomenclatura comercial. Sin desmayar por ello, puesto que el número no coincidía, buscó algo más en la letra A, buscando el nombre de pila. Halló uno: A Borzya, Carleton. Y el número: FULLerton 23 9968.

Carleton Ansara Borzya, ése era su nombre completo. Y su dirección: Lincoln Road, 722.

Salió de la cabina, muy satisfecho. Se acercó a la pelirroja y le mostró la cartulina amarilla con el número, objeto que la chica miró con asombro. Wade preguntó:

—Dime, encanto: si tuvieras una cosa así en el bolsillo y no supieras a qué corresponde, ¿qué harías?

Ella, muy sorprendida, examinó la cartulina. Luego, sonrió brillantemente al joven.

—Claro que sabría a dónde corresponde. ¿Crees que nunca he ido a un club nocturno? Y acostumbro a dejar mis prendas en el guardarropa, amiguito.

—El guardarropa... —Wade le arrebató con poca elegancia la cartulina y la miró, interesadísimo—. Claro, preciosa. Eres una chica inteligente. Sólo por eso mereces ir al baile esta noche.

—Termino mi turno a las siete y media —dijo ella, envolviéndole en una lánguida mirada.

—Creo que corres mucho —le pellizcó la barbilla, sonriendo—. Ya nos veremos otro día, pelirroja. Paciencia, y me volverás a ver...

Se encaminó a la puerta y volvió a guiñarle el ojo. Ella le miró con ira y estuvo a punto de arrojarle una caja de específicos. Si no lo hizo, Wade estuvo seguro que era por no romper la puerta de cristales que acababa de cerrar él tras sí.

Subió de nuevo al taxi, dándole una dirección:

—Lincoln Road. 722 —dijo al chófer—. Lo más deprisa posible...

Era una residencia situada en la margen derecha de la amplia carretera paralela al Parque Lincoln, con un telón de fondo sencillamente idílico, a base de una porción azul de lago, cielo despejado y el sol tibio.

Tenía muros color cremoso, puerta y ventanas esmaltadas de azul, y una verja blanca, con un buzón para periódicos y correspondencia privada, señalando: C. ANSARA.

Wade se dispuso a pulsar el cordón de la campanilla, pero la puertecilla de entrada al jardín cercado de setos de mediana estatura, estaba solo entornada. Empujó, pues, expeditivamente, y se encaminó hacia la entrada de la casa.

Había colgado un cartelito en la puerta, en el que se leía: NO MOLESTAR. LLAMEN A LA PUERTA DE SERVICIO. Wade Emerson era un chico obediente, y se apresuró a seguir las instrucciones, dando un rodeo en torno a la casa. No le sorprendió encontrar un porche, con una puerta enrejada con malla de alambre. En ese porche, un hombre sentado en un sillón de mimbre, alzó sus ojos de un periódico de la mañana, mirando fijamente al detective.

—Buenos días, Emerson —saludó, con una fría sonrisa en su amarillenta faz carillena—. Suponía que vendría pronto y he estado aguardándole.

Wade se desconcertó por unos momentos. No era lo que esperaba de Ansara. Miró largamente al que fuera jefe de su mujer, al verdadero cerebro directivo de «Ansara Export Lines». El eurásico parecía calmoso, dueño de sus nervios, un bloque de serenidad.

—Muy previsor —murmuró Wade, por todo comentario. Echó una ojeada al diario. Allí estaba su fotografía y el gran titular: EL MONSTRUO DE LAS TIJERAS SANGRIENTAS. Así eran los imaginativos «chicos» de la Prensa, puestos a hacer literatura.

—Vamos, Emerson, cualquiera diría que es usted una víctima, en vez de haberse convertido en el Vampiro de Chicago —sonrió

blandamente Ansara, poniéndose en pie y doblando, cuidadoso, el periódico, que dejó sobre el asiento—. Vamos, entre. Imagino que no traerá un par de tijeras, ¿verdad?

—Bien sabe que no. Pero sí un juguetito del calibre 38, que hace el mismo efecto.

—Buena precaución —comentó el eurásico, divertido al parecer—. Le aseguro que no necesitará armar ruido dentro de mi casa. No tengo nada contra usted... todavía.

Wade siguió al impenetrable Ansara al interior de la residencia campestre. El eurásico cerró la puerta y le guió hasta el gabinete decorado en verde y blanco, donde tomó asiento el dueño de la casa, mostrándole a Wade una butaca de tono color esmeralda.

—Siéntese, Emerson. Supongo que tendrá muchas cosas que decirme, ¿no es cierto?

—No, más bien pocas. Pero no espero que me las responda.

—Mal pensado. Yo siempre contesto todo lo que me resulta razonable. Veamos...

—¿Ha matado usted a Paula y a Dalilah, Ansara? —Disparó Wade a boca de jarro.

—Mi querido amigo, eso no es razonable. ¿De veras cree que yo pude hacer tal cosa?

—Lo creo y no me sorprendería en absoluto.

—Ya. —Ansara pareció reflexionar al respecto. Tomó una caja de cigarrillos y ofreció uno a Wade. Éste advirtió que eran «Diplomatic» de nacionalidad turca. Sin filtro—. Eso quiere decir que usted no lo hizo, o ahora estaría bien escondido, en vez de andar por el mundo dando palos de ciego.

—A veces los ciegos no pueden ver, pero perciben con los demás sentidos.

—Es posible. Usted no es tonto. Emerson, o no seguiría suelto y metiendo la nariz en todas partes —comentó Ansara—. Escapar de las manos de Von Mannheim, no es cosa sencilla para cualquiera.

—¿Sabe usted eso?

—Yo sé muchas cosas —rió Ansara—. Pero eso no hace al caso. Le voy a contestar a su pregunta. No tengo idea de quién mató a su esposa, aunque pude haber sido yo, y no perdería el sueño por ello. Tampoco maté a Dalilah. Es absurdo pensarlo siquiera. Dalilah era inteligente, pero su espionaje dentro de mi empresa saltaba a la

vista. Jamás confié en ella hasta el punto de dejarme quitar nada por ella. Paula fue distinta. Me engañó por completo, con su aire de mariposilla hermosa pero estúpida. Claro que fue estúpida, a pesar de todo, o ahora estaría viva. Pero me perjudicó a mí.

—¿Le quitó el libro? —aventuró Wade, tranquilo.

—Sí. —Ansara, para decepción de Emerson, ni se inmutó. Daba por sentado que él sabía lo del libro y no le sorprendía—. Un libro muy peligroso para andar suelto por el mundo. A usted no voy a engañarle, Emerson. Claro que de todo lo que hablemos no hay prueba alguna, y nunca podrá llevarme a un tribunal por eso.

—No me interesan sus actividades. Quiero coger a un criminal. Allá los federales con usted y sus juegos sucios, aunque como americano tenga que mirarle a usted con asco.

—Su asco no hará daño a mi conciencia —rió Ansara—. ¿Ha terminado ya las preguntas?

—No. ¿Quién puede desear ese libro, aparte de Von Mannheim y de usted mismo?

—Si le cito nombres, naciones y entidades, se mareará, Emerson. No sea ingenuo. Usted tiene que saber que hay muchos interesados en el caso. Muchos que matarían sin vacilar, por ese libro. Claro que entiendo su pregunta: quiere a uno concreto. Y yo le digo: Langan, mi gerente general.

—¿Claude Langan! —Wade se sorprendió de las sospechas de Ansara—. ¿Por qué?

—Por ambición. Su mujer, Vera, es una diablesa ansiosa de poder y de dinero. Toda mujer lo es, en potencia. Pero ella lo es en su desarrollo vital. Ama el lujo y el dominio. Langan cree mandar en el hogar, pero es ella quien rige sus ideas. Ella es cerebro, él material al servicio de la eminencia gris, de la hermosa Vera Langan. Conozco a la gente bien, Emerson. Conocer a la gente forma parte de mi oficio y de mi seguridad.

—Pero Langan trabaja con usted, tiene un cargo importante...

—Que no cubre sus ambiciones desmedidas —dijo fríamente Ansara—. Quiere ser algo más, jugar a espías y aventuras internacionales. Sigo pensando que Paula me sorprendió. ¿Y sabe por qué?

—No del todo.

—Porque ella no sabía nada sobre el libro, no podía saberlo.

Necesitó informes de quien, acaso, estuviera enterado de su valor: Langan. Pudo ser inducida a robarlo y negociar su precio con los interesados en él: Langan, el inductor, claro. Luego, pudo pensar en obrar por su cuenta, sin compartir con Langan sus beneficios. Ella no era lista. Yo le hice entregar veinticinco mil dólares aconsejándole que no hiciera más tonterías. Pareció convencida y asustada. Pero acto seguido... volvió a su actitud peligrosa. Langan, otra vez. Suponga, por último, que Paula resolvió traicionar a Langan, ser única ganadora en la partida. Langan terminó con ella.

—¿Y encontró el libro recuperándolo?

—Eso... usted puede saberlo mejor que yo. —Ansara sonrió, aunque sus ojos tenían un destello peligroso al mirarle—. Le prometo que no he recuperado mi pertenencia. En cambio, usted negocia su venta con gente como Mannheim.

—¿Cómo sabe eso? —saltó Wade, como un cohete.

—Claro que lo sé —miró a espaldas de Wade y amplió su sonrisa—. Dile a nuestro amigo la razón de mi perfecta documentación sobre sus pasos.

Emerson se volvió en redondo, sobresaltado. Encontró un ojo metálico, el negro ojo siempre abierto y ominoso de una automática. Detrás de ella... ni más ni menos que la sonrisa pegajosa de Mike Findlay, el dueño del «Judas» y segundo de Mannheim.

—¡Usted! —masculló sin entender todavía del todo. Miró de reojo a Ansara, que no se había movido ni borrado su sonrisa del rostro color limón, tenso e inexpresivo.

—Eso te explicará las cosas, ¿no? —rió Carleton Ansara—. Hay que jugar con dos barajas siempre, mi querido amigo. Findlay es el comodín de la partida. Y puedo seguir los pasos de Von Mannheim muy de cerca.

—Entiendo. —Wade miró con desprecio a Findlay—. Un granuja por partida doble, ¿eh?

—O triple —rió Ansara, divertido—. Nuestro común aliado, Findlay, podría ser, en el fondo, un adversario de ambos, engañarnos a los dos a la vez y jugar su propia baza. No le borre de su lista de sospechosos.

Findlay pareció perplejo. Pero a Wade no le pareció ninguna tontería la idea maliciosa de Ansara. El que es traidor por

naturaleza, puede serlo con todos a la vez.

—No pasaré por alto esa posibilidad. Nunca me ha gustado esa fea rata del «Judas».

Findlay pareció furioso y apretó la automática entre sus dedos. La voz helada de Ansara le cortó la belicosidad:

—Está bien, Mike. Guarda esa pistola y lárgate. No te necesito. Emerson es un amigo.

Asombrado, Wade vio salir al otro como un perro dócil. Había llegado a creer que era prisionero de Ansara. Su afabilidad le gustó menos aún que cualquier brote violento.

—Otra pregunta —dijo Wade, sobreponiéndose a la sorpresa—. ¿Qué sabe de Rhys?

—¿Rhys? —Por primera vez, un músculo se contrajo bajo la epidermis del eurásico—. ¿Mi hermano?

—Eso es. Un hombre que cojea ligeramente, usa sombrero verde, tiene una voz susurrante y dispara ametralladoras por la calle, tratando de liquidar a un tal Wade Emerson.

—¿Está loco? Eso es imposible. Rhys murió en Europa durante la guerra.

—Pues hay indicios de que anda todavía por el mundo, concretamente por Chicago. O alguien que se le parece mucho, al menos en la cojera y el aspecto de su rostro.

—¡Rhys! ¡No puede ser! —¿por qué Ansara se había agitado de pronto?—. Sé que Rhys ha muerto, he visto su tumba y sus pertenencias, he rezado y he puesto flores en su tumba, cerca de Apeldoorn, en Holanda. Un hombre, Van Cleef, presencié su muerte. ¿Conoce a J.

H. Van

Cleef?

—Sí. Conozco su versión de los hechos. Quería conocer la suya. Ahora, cabe la posibilidad de que éste sea un impostor... o lo fuera el que murió en el campo de concentración nazi, y ahora Rhys esté aquí.

—Pero ¿por qué Rhys precisamente?

—Oiga, Ansara, ésta es mi pregunta más difícil y que precisa una respuesta: ¿cómo era psicológicamente su hermano Rhys? Quiero lealtad en el informe, si puedo ser informado.

—Puede —evidentemente le costaba trabajo hablar de su

hermano. Una sombra nublaba sus ojos—. Nunca nos tratamos mucho. Era un magnífico actor teatral, especializado en los clásicos. No alcanzó toda la gloria que esperaba, y esto amargó su vida. Siempre dijo que el teatro se perdía al mejor actor de todos los tiempos, y que si tuviera la oportunidad de crear una gran interpretación, el mundo se asombraría de su talento. Luego, llegó la guerra. Rhys tenía un carácter despiadado. De niño, mataba gallinas y pajarillos con increíble crueldad. De mayor esa crueldad había desaparecido, pero con la guerra se reprodujo. Lo cierto es que se alistó, a pesar de su cojera, en el movimiento de Resistencia holandés. No cojeaba mucho, y a veces decía que más bien que un defecto físico, era producto de un complejo, de una deformada histeria que le hacía cojear así porque se creía, mentalmente, un lisiado, un inferior a los demás.

—¡Qué hombre más extraño!

—Mucho, Emerson. Es doloroso hablar de todo esto. Yo no creo en histerias o en posibles defectos físicos producidos por autogestión sin lesión real. Claro que la lesión de mi hermano no se localizaba. Lo que pudiera resultar, no lo sé ni hace el caso. Lo cito a título informativo. Volvió a su carácter sanguinario. Mató a muchos alemanes en las guerrillas. Hasta que fue capturado, después de asesinar a un teniente nazi. No le fusilaron. La venganza de los guardianes nazis del campamento de prisioneros fue más larga y dolorosa. Le mataron lentamente, con martirios y malos tratos. Así acabó Rhys Ansara, un hombre que pudo ser alguien y se quedó en la nada. Complicado, enfermizo, brutal a veces y sensitivo otras. Un ser complejo, Wade. Pero muerto. Muerto sin lugar a dudas. Abandone esa idea.

—Pues alguien ha decidido resucitar su figura o dar la sensación de que vive —meditó Wade—. ¿Él le odiaba a usted, Ansara?

—Sí. —Carleton pareció sorprendido por la pregunta—. Sí, me odiaba, porque yo tenía espíritu práctico y refinado, sin fe en el Arte ni en las condiciones histriónicas.

—Es un conglomerado curioso de sucesos, Ansara. Tengo algo que me baila aquí, en el cerebro, pero no sé concretamente lo que es. Si pudiera... si viese claro lo que es...

—¿Puedo ayudarle más, Emerson?

—No creo —le miró fijamente—. Y ahora, dígame, Ansara, ¿por

qué me ayuda? Si yo tuviese el libro o la posibilidad de alcanzarlo, lo entregaría a mi Gobierno, con todas las consecuencias para usted.

—Lo sé —rió el eurásico, tendiéndole una mano—. Pero cuando usted alcance ese libro, habrá detrás de usted tanta gente, ansiosa por arrebatárselo, que no tendrá ni tiempo de llegar al primer policía para dárselo. Un consejo: deje ese aspecto de la cuestión y busque al asesino.

—El asesino puede tener el libro, y ser dos pájaros para la misma caza.

—No creo que haya obtenido el fruto de sus dos crímenes. Emerson. Ese libro está en alguna parte, en un lugar donde Paula sabía que nadie iba a encontrarlo. Y posiblemente solo una persona, aparte de ella misma, conociera el escondite: Dalilah Van Cleef. Ella trabajaba para la Interpol, porque su padre es un gran patriota y un idealista. Sólo un tonto podía ser engañado por esa maniobra.

—Y usted no es ningún tonto. —Wade le miró largamente, sin arrancar de los ojos del eurásico la menor señal reveladora—. Desde luego que no.

—Gracias, Emerson. Espero que usted tampoco lo sea. Buena suerte...

Podía ser una ironía o un sincero deseo. Wade nunca lo supo, mientras salía de la casa de nuevo, para llegar a la carretera de Lincoln.

Pensó en la cartulina amarilla que llevaba en el bolsillo. Era todo lo que Dalilah había dejado tras sí, junto con la agenda. ¿Todo? Se golpeó la frente por torpe. No, había otra cosa más. Rebuscó desesperadamente en los bolsillos, encontrando el llavero de la muchacha. Había nueve llaves de distintos tipos y tamaños, unidas por un aro metálico a un colgante que pendía de una breve cadenita de plata. Jugueteó, mientras meditaba sobre mil aspectos endemoniados del caso, con el gracioso colgante formado por una cajita de plástico con cuatro dados de póquer a escala reducida. Las cuatro caras microscópicas de los cuatro reyes, no le ayudaron a encontrar idea brillante alguna, y hundiendo el llavero en el bolsillo, se lanzó carretera adelante, en busca de un coche libre que pasara camino del centro de la ciudad.

No podía dejarse ver demasiado. Aun en un domingo apacible de otoño, como era aquél, la ciudad tranquila y semidormida estaba

cuajada de peligros, desde la policía a Von Mannheim y al propio Ansara, pese a su suavidad amistosa, y también a un hombre de cara amarillenta, que quizá cojease, y que sabía disparar hábilmente una «Tompson».

Pasó un taxi providencialmente libre, cuando había caminado ya media milla sobre la cinta asfaltada de la carretera. Lo detuvo, subió a él y pidió la residencia de Van Cleef, como destino de su nuevo viaje.

Ahora tendría que ocultarse el resto del día, para entrar en acción nuevamente por la noche. La hora empezaba a ser muy peligrosa para un reclamado por la Ley. A veces, le parecía estar muy cerca de la solución final. Otras, ésta se alejaba más y más, hasta parecer un puntito en la distancia y evaporarse en el azul del cielo.

Estaba fatigado. Fatigado y sin demasiadas esperanzas de poner en claro aquel enredo. Sus enemigos, los peones que se movían en aquella colosal partida de ajedrez eran demasiado fuertes, y lo envolvían, le cercaban, al acecho.

Y el misterio, la incógnita, crecía como una espiral, seguía trazando círculos siniestros en torno suyo, hasta aturdirle y empequeñecerlo...

CAPÍTULO IX

Ni Siklós ni Van Cleef estaban en las oficinas cuando llegó. En cambio, se encontró con la gran sorpresa de que fue Gail, pálida y con sombras violáceas en el rostro, quien le abrió la puerta, invitándole a entrar en el desierto lugar. Vestía un traje negro y sencillo, que realzaba su figurita menuda, tierna y llena de femineidad.

—Entre, Wade —dijo sordamente—. Le estoy esperando hace mucho tiempo.

—Pero yo la hacía en la cama, Gail —replicó el detective, caminando con ella por entre mesas con máquinas de escribir, grandes pasquines publicitarios, en vivos colores, anunciando las excelencias de los envíos aéreos de Van Cleef, y todo una desierta jungla de burocracia detenida por el día festivo—. ¿Ha vuelto a escapar de la férula paterna?

—¿A qué? —se interesó ella, mirándole con perplejidad. Luego, medio sonrió—. Oh, sí. Se refiere a papá. No, no trato de escapar de nuevo. Ahora es más tolerante y suave conmigo. Y yo acaso haya sentado más la cabeza al desaparecer Dalilah. Tengo que obedecer y respetar a mi padre, lo comprendo. Los padres, a veces, son duros y rígidos por el bien de los hijos. Tendré que hacerme a esa idea y tolerar su mal genio...

Wade le sonrió, animador, y ella casi logró completar una sonrisa triste.

—Pero no es por eso por lo que quería verle, Wade —continuó la joven, mirándole con intensidad—. Se trata de Dalilah, mi hermana. Sé que murió en sus manos, papá me lo ha dicho.

—Bueno, yo no podía decírselo, Gail. Cuando supe que era su hermana, yo...

—Entiendo sus sentimientos y se lo agradezco muy de veras, Wade —le puso una mano en el hombro. Emerson sintió una

emoción extraña. Había tanta simpatía y fe en la mirada de la joven —. Si supiera lo que Dalilah era para mí... Crecimos juntas, con papá en poder de los alemanes. Entonces, yo era una criatura y sufrí menos, porque no pensaba en papá como Dalilah. Ella también era muy joven, pero más apegada que yo a la familia. Cuando papá volvió del cautiverio, venía hundido moral y materialmente. La guerra transforma a los seres humanos en sombras amargas de lo que son antes. Y sobre todo, las calamidades a manos de un enemigo cruel y despiadado.

—Lo comprendo bien, Gail. No tiene que torturarse con recuerdos así. Olvide, si puede.

—Es que no puedo —musitó ella, sollozando—. ¡Pensar que un canalla asesinó a Dalilah, sólo porque ella podía saber el paradero de algún secreto diplomático o cosa así...! ¡Es lo más monstruoso que he oído jamás! Ella no debió meterse en esto, no debió dejar que las ideas de papá influyeran en ella hasta ese punto, haciéndole arriesgar la vida. Tengo la horrible impresión de que todos, Siklós, papá, Ansara, Von Mannheim, son tan culpables de su fin como el propio ser que manejó las tijeras.

—¿Era eso lo que tenía que decirme, Gail?

—No, no vine para eso aquí. Se trata de algo más importante. Yo sé dónde estuvo Dalilah el día en que fue asesinada.

—¿Dónde? —gritó Wade, tomándola con violencia por los brazos. Se suavizó—. Oh, perdone.

—No tengo nada que perdonar. Usted y yo deseamos más que nadie aclarar esto, sin importarnos el valor material de ese secreto que tanta sangre cuesta ya. Comprendo su impaciencia, Wade. Recuerdo que cuando Dalilah me hizo tomar el apartamento frente al de ustedes, me habló de cierta visita importante que tenía el sábado. Luego lo olvidé, pero ahora sé que tuvo que influir en todo esto.

—Termine de una vez, Gail. ¿Adónde iba Dalilah?

—A casa de Claude Langan —dijo ella, inesperadamente—. El gerente general de Ansara. Yo creí que sería para cosas profesionales, y esto pareció sorprenderle mucho. Luego, rió de un modo extraño y dijo: «¿Profesional? Bueno, en cierto modo sí. Casi empieza a ser esta mi profesión. Y la de Langan lo es por supuesto. Tiene manía con ello...». Volvió a reír diciendo que a veces uno se

asombra de los avances de la técnica moderna, y se marchó, muy alegre.

—¿No mencionó qué clase de técnica? —sugirió Wade, con una sutil excitación.

—No. Sólo eso. Me resultó tan confuso y raro, que se me quedó grabado. Si hubiera sabido que Dalilah había... bueno, se lo hubiese mencionado antes. Puede tener importancia.

—¿Qué si tiene importancia? ¡Ya lo creo que la tiene! Oiga, Gail, ahora voy a pedirle un gran favor. Puede ser peligroso, aunque yo estaré cerca para vigilarla. Pero necesitaré su colaboración esta noche. Es algo que precisa sangre fría, serenidad, y sobre todo, representar unos años más. Es todo muy doloroso y cruel, estando todavía Dalilah de cuerpo presente, pero...

—Por Dios, olvidemos eso. Mañana es el funeral, Wade. Esta noche, nadie pensará que yo pueda estar haciendo algo para vengarla. ¿Qué es ello?

—¿Puede maquillarse para representar más edad y no ser muy reconocible, Gail? Yo la ayudaré, si se presta.

—Me presto a todo lo que usted decida, Wade. Tengo que confiar en alguien. Papá es viejo y poco afectuoso, aunque nos quiere entrañablemente. Siklós no me es simpático. Usted, sí, Wade. Quiero poner en alguien toda mi fe, y ése es usted. Hable, Wade.

—Verá. Se trata de...

El «Judas» tenía su habitual animación. Un crimen en la calleja contigua no podía influir en su vida nocturna, y así ocurría. El viejo Budweiser, el camarero amigo de Dalilah, parecía un sonámbulo entre las mesas. Había muchas pelirrojas hermosas, pero para el camarero ninguna llegaba a la mitad de lo que era Dalilah.

Pasó junto a una joven rubia, de recatado traje de noche azul brillante, que se empolvaba la nariz junto a los servicios de señoras. Aquélla sí era linda, pensó el camarero, sintiendo por un momento la sensación de que algo del encanto de Dalilah flotaba en torno a la joven, desconocida en el «Judas», por otra parte.

—Demonio, tiene un brillo de ojos igual al de Dalilah —pensó el viejo, moviendo la cabeza con desaliento. Se dijo que aquello era pura imaginación. Y entró por la puerta de acceso a las cocinas, con su bandeja de servicios.

La rubia que llamara su atención, eludió fríamente las palabras

cortes de varios jóvenes, y se acercó al guardarropa, donde una matrona fofa y obesa recogía unas prendas y entregaba otras.

Tendió con indiferencia su tarjetita amarilla rotulada. Ya antes había visto que otros entregaban tarjetas iguales, sólo que en color rojo y con otra fecha. La mujer, ceñuda, miró a la rubia, que le resultó desconocida. Pero veía tantas caras...

—Esta prenda no es de hoy, señorita —dijo.

Los pintados ojos de la joven, con sus sedosas pestañas cargadas de «rímel», se abrieron con cierto desparpajo, sobre la naricilla breve, las maquilladas mejillas y la boca, roja y muy grande, acaso porque el «rouge» salía de los límites de sus labios.

—Claro que no, señora. ¿Ya no lo recuerda? Se la dejé el viernes aquí. Luego me fui un poco borracha —rió estúpidamente, con tono forzado—. Y lo olvidé por completo. No he recordado hasta hoy lo que significaba ese papelito en mi bolso.

La matrona se encogió de hombros, diciéndose que las chicas modernas estaban cada día más locas, y buscó en el interior del ropero. Volvió con un impermeable amarillo que provocó un vuelco en el corazón de la rubia cliente. Pero eso no lo advirtió la matrona que le tendió sonriente la prenda.

—Tome, hijita —dijo—. Y otro día recuerde sus ropas. Además, debe llevar plomo en un bolsillo. ¡Jesús, cómo pesa!

Ella le tendió un billete de cinco dólares, sonrió de nuevo con poca espontaneidad y se alejó camino de la puerta de salida. Lo hizo tan deprisa, que tropezó con Budweiser, que salía de las cocinas, y casi le derribó la bandeja con nuevos servicios.

—Oh, perdone, qué torpe soy... —se disculpó ella, sujetando al viejo camarero y su bandeja.

—No tiene importancia, señorita —respondió él, sonriente. La rubia siguió hacia la salida de «Judas», y el camarero, pensó mirándola—: Es más joven y menuda, pero se parece... se parece a ella... Podría jurarlo, y yo nunca me equivoco...

Cuando la rubia salió al exterior, apresuróse a ponerse el impermeable amarillo sobre los hombros, porque volvía a llover. Palpó con frenética impaciencia el contenido del bolsillo que mencionara la mujer del guardarropa. Tenía la forma de un libro. Un libro no muy grueso, del tamaño de cualquier obra poco extensa, envuelta en un papel, que crujió.

Se metió en un portal inmediato al local, mirando en torno con impaciencia. No vio a Wade Emerson. Gail se sentía ridícula y grotesca con aquella cara maquillada, el traje de noche, los altos zapatos y el teñido cabello, obra genial de Wade.

Pero habían quedado en reunirse fuera, a aquella hora exactamente, después de llevar a cabo el plan. Y de Wade no había ni rastro por parte alguna. Hundió la mano en el bolsillo del impermeable, extrajo el envoltorio y le quitó las dos bandas de goma que lo cerraban. Deslió el papel. Aquello, si era lo que Wade y ella esperaban, era demasiado valioso para obrar tan torpemente, pero Gail quería ver la razón de dos asesinatos, la razón del fin de su hermana...

Se encontró con algo desconcertante, increíble. Una portada a todo color, sobre cartón brillante, forrado de celofán. Un título: ALICIA EN EL PAÍS DE LAS MARAVILLAS, por Lewis Carroll. Y la rubia figurita de la inefable Alicia, con el conejito de las prisas.

—¡No puede ser! —musitó—. ¡Un libro de cuentos para niños!

Iba a alzar la tapa, para hojear su interior, cuando una mano le arrebató el libro. Alzó los ojos, llenos de horror, pero huyó, al ver la cara del aparecido.

—Anda, Gail ven conmigo —dijo aquella persona, sonriendo—. Ya has terminado tu farsa. Y esto es lo que ha causado ya la muerte de dos personas. No quieras seas tú la tercera.

Gail no comprendió aún. Entró, aturdida, en el automóvil detenido ante la acera. El hombre la siguió, con «Alicia in Wonderland» bajo el brazo. Cuando el coche partió, Gail gritó algo, diciendo que tenía que esperar a Wade Emerson allí.

Pero nadie la hizo caso y el coche aceleró su marcha bajo la llovizna. Entonces. Gail Van Cleef sintió miedo. Un miedo terrible, intenso y revelador...

Wade tenía prisa, mucha prisa.

A las diez en punto. Gail le esperaba en el exterior de «Judas». Él se detendría con el coche junto a la acera, y la recogería, emprendiendo rápida marcha. Si Dalilah había dejado en el guardarropa lo que estaba imaginando, aquello cerraría el caso.

Ahora, era un intruso donde aquel mismo día fuera un visitante, casi tan intruso como ahora, para los dueños de la casa. No había sido difícil forzar una ventana, sería más difícil morir acribillado

por una ametralladora.

La casa de los Langan, en la noche, aparecía oscura y silenciosa. Sus ocupantes habían salido, sin duda alguna. Wade había comprobado eso haciendo varias llamadas, antes de entrar. Caso de haberle contestado, tenía el medio de ahuyentarles, fingiendo una llamada de la policía. Pero no fue preciso el ardid para dejar libre el campo.

Su linterna eléctrica recorrió los muros de la habitación a la que había pasado por la ventana. Era un gabinete biblioteca. Pensó, con cierto humorismo, si estaría allí el famoso volumen buscado por todos. Si era así, iba a costar dar con él.

Había más fotografías en las paredes, obras de arte del claro oscuro, con una modelo sin hoja de parra siquiera. Wade hubiese jurado que era Vera, la esposa del artista. El «*hobby*» de Claude Langan casi constituía una ciencia en manos de aquel formidable fotógrafo.

Desde la mesa, una fotografía de Vera y otra de Langan, le sonrieron hostilmente. Probó la puerta, que estaba abierta, y siguió su recorrer por la casa, en las sombras de la misma. Utilizaba lo imprescindible la lámpara, para no delatar su presencia a posibles observadores del edificio.

Así fue recorriendo diversas habitaciones, dormitorios y hasta un cuarto de baño, sin dar con el estudio fotográfico de Langan si es que estaba en aquella casa, como era lógico suponer.

Se encontró en el vestíbulo, y un papel le atrajo. Estaba sobre la mesa del rincón, y bajo una maravilla fotográfica del lago Michigan al atardecer. Leyó, con letra indudablemente femenina:

«Claude: recuerda que mañana has de encargar por teléfono las conservas de la semana. Pide lo de siempre. Me olvidé decírtelo antes de meterte a trabajar. Yo, tal vez vuelva tarde. Tú: Vera».

Aquello era raro. Indicaba que Langan estaba en la casa o había estado, después de ausentarse Vera y la servidumbre durante el domingo.

Se encaminó a una escalera lateral, comunicación con otra ala del edificio. Subió por ella cautamente. Al volver el recodo del pasillo, vio la rendija de luz. Inmediatamente apagó la linterna.

La puerta estaba cerrada, pero la luz asomaba bajo su hoja, a ras de la alfombra. Wade se aproximó hasta casi rozarla, y desfundó

lentamente la automática de su gabardina, disponiéndose a entrar en el gabinete donde tan silenciosamente trabajaba Langan.

Cerró de pronto la mano sobre el picaporte, lo giró y tiró hacia sí. La puerta se abrió de golpe, rechinando lúgubremente en el silencio de la casa. Wade Emerson saltó, poniéndose en el umbral, con el arma por delante, encañonada sobre el interior.

No vio a nadie esperándole. Perplejo, miró en torno. Allí, los muros estaban literalmente empapelados con magníficas reproducciones fotográficas, algunas de ellas combadas por el paso del tiempo. La lámpara, con pantalla roja encima, ardía sobre una mesa muy curiosa, llena de instrumentos fotográficos.

La mirada de Wade bajó, sin embargo, a tierra, atraída por algo que había allí.

Entonces se encontró con el cuerpo de Claude Langan, tendido boca abajo, con una lluvia de cartulinas brillantes sobre él, la espalda ensangrentada sobre el batín, y la empuñadura de unas largas tijeras de cortar fotografías, asomando por una de sus diversas heridas. Muchas de las cartulinas se enrojecían también con su sangre.

CAPÍTULO X

Era la tercera vez. La tercera vez que el asesino se le adelantaba, dejando su marca indudable sobre su víctima. Langan ya no hablaría de su entrevista con Dalilah. Pero a Wade eso no le hacía falta.

Porque esto confirmaba la verdad. Miró en torno, buscando algo, muy interesado. No vio nada que atrajera especialmente su atención, salvo una diminuta cámara fotográfica, caída en tierra. La tomó, extrayendo sin precaución alguna su carrete. Era de una anchura de 13 mm.

No le servía.

Los ojos recorrieron, febriles, la mesa de trabajo de Langan. Al fondo de la estancia, una puerta rezaba: CUARTO OSCURO. CUIDADO CON LA LUZ. Langan no revelaría más fotos en él.

De pronto, Wade detuvo la mirada en un bonito encendedor de marfil y nácar, con las iniciales C. L. sobre sus adornos. Una idea le cruzó la mente. La idea clave de todo. Abalanzóse sobre el encendedor, tomándolo entre sus dedos. Tiró de su parte inferior. El encendedor se abrió en dos, mostrando un diminuto objetivo, un obturador y un botón. Al presionarlo, sonó un «clic» levísimo.

Sonrió Wade. Tenía el medio. Pero ¿y el resultado? ¿Dónde estaría? Podía ocultarse en tantos sitios asombrosos un microfilm... Claro que el microfilm completo de todas las páginas de un libro, por delgado que fuese, tenía que precisar cierto espacio y amplitud.

Miró el cadáver. Langan no hablaría. Pero ¿había hablado a su asesino? ¿Sabía éste el paradero y forma exacta de aquel microfilm a que había quedado reducido, sin duda, todo un voluminoso libro?

Algo que nadie había pensado. Nadie, excepto él, al ser informado por Gail. Y el asesino, claro. La técnica fotográfica había adelantado. Eso es lo que pretendió decir Dalilah a su hermana. La

técnica que era «casi una profesión» para Langan, había avanzado hasta el extremo de reducir un libro a... a algo microscópico, fácil de introducir en un sello, en cualquier cosa diminuta. Así, el paradero del libro se tornaba algo de todo punto imposible de localizar.

Claro que eso enlazaba definitivamente a Dalilah con Paula y con Langan. Tres puntos distintos. ¿Había uno más para completar la figura? ¿Quién pudo saber que Langan ideó el truco de la película microscópica? ¿Von Mannheim? ¿Ansara? ¿El tercero e hipotético personaje de las tijeras, si no era uno de aquellos dos aventureros sin conciencia?

Wade cortó el hilo de sus pensamientos, guardando el encendedor cámara de Langan. Había sonado un ruido en la puerta principal. Estaba seguro de ello. Wade salió del cuarto macabro, encaminándose de nuevo a la escalera. Pero tuvo que detenerse arriba. La puerta del vestíbulo estaba abierta, y Vera despedía a alguien con risas. Luego, se cerró de un portazo la entrada, un automóvil arrancó, y la voz de Vera llamó:

—¡Claude! ¡Claude! ¿Aún estás levantado?

Wade sabía que no podía escapar. Al no contestar Claude, ella subiría. Y al ver el cadáver, el escándalo sería mayúsculo y le cerraría toda posibilidad de fuga. Así que optó por el medio directo y expeditivo. Estaba demorándose mucho, pero no podía hacer otra cosa.

Salió inesperadamente, pistola en mano, y encañonó a la mujer, que se quedó petrificada, sin acertar ni a gritar siquiera. Balbució algo con dificultad, mientras Wade descendía con calma, y terminó musitando:

—¿Us... usted? ¿Qué hace aquí, por dónde se ha metido en casa? ¿Es que Claude le ha dejado entrar acaso?

—Claude, por desgracia, no está en condiciones de permitir o prohibir nada, señora —dijo el detective, parándose ante ella, que aún no se había recuperado de su sorpresa—. Cuando entré aquí violentando una ventana, quería verle, saber cómo hizo el trabajo. Me ha costado deducir la verdad, pero ya la tengo. Ignoraba que su marido fuera un gran técnico en fotografía. No pensé que un libro se reduce cómodamente a microfilm, sin perder nada de su valor gráfico.

—¡Dios mío, sabe eso! —gimió Vera—. Claude no lo ha dicho a nadie, ni tampoco el sitio donde puso esas fotografías. Pero usted... ¿usted qué hace aquí? ¿Y mi marido?

—Está arriba... acuchillado con unas tijeras. Como mi mujer, como Dalilah Van Cleef...

—¡No! —el grito de la señora Langan fue terrible. Se tambaleó, y sucedió lo más oportuno para Wade. Perdió el sentido, desmayándose en sus brazos.

Emerson sujetó con dificultad el opulento cuerpo de la rubia dama, lo depositó con cuidado sobre un sofá, y corrió a la puerta. La abrió, saliendo a la calle, cerró tras sí, y un momento después corría bajo la llovizna.

Era tarde, y tenía miedo de dejar más tiempo sola a Gail. Podían ocurrir tantas cosas aún.

—¡Alto, Wade Emerson! —exclamó una voz.

Y para el detective, todo se desmoronó como un castillo de azúcar o de arena. Allí estaba el teniente Fowler en persona, bajando de un coche, y apuntándole con un revólver de reglamento, negro y amenazador.

Detrás de él, tres personas más: dos hombres a quienes no conocía, y Laszlo Siklós, sonriéndole bajo su revuelto pelo rubio.

—Lo siento, Wade —dijo el de la Interpol—. No pude hacer nada por usted. Fowler se ha empeñado en arrestarle.

—Y no sólo yo, sino un buen colega mío —rió ferozmente el policía, señalando a uno de sus acompañantes—. El agente especial Saúl Coffin, de la Oficina Federal de Investigación, Departamento de Seguridad Interior, ha insistido en que tendiéramos las redes por toda la ciudad. Queda usted arrestado bajo la acusación de homicidio en la persona de su esposa, Paula Emerson.

—¿Y también va a cargarme a mí ese otro muerto? —Wade se dio por vencido y señaló el edificio que acababa de abandonar.

—¿Qué muerto? —Se asustó Siklós.

—Claude Langan. Le clavaron unas tijeras, como a las otras...

—¡Dios mío! —El federal y él se miraron, consternados. Fowler extrajo unas esposas, haciendo una mueca al policía europeo.

—Espero que ahora no se las abra la Interpol —dijo, ciñéndoselas a Wade.

—Vamos a ver lo de Langan —intervino el federal Coffin,

mirando ceñudo a Emerson—. Usted, teniente, cuide de su preso y llévelo al Departamento. Nos reuniremos allí.

—¡Pero escuchen! —gritó Wade ahora—. ¡No pueden dejar sola y desamparada a Gail Van Cleef, con el libro en su poder seguramente!

—¿Eh? —rugió Siklós—. ¿Qué demonios está diciendo?

—La he enviado al «Judas» disfrazada, a recuperar una prenda de Dalilah, depositada en los guardarropas. Pueden haberla seguido, vigilar el lugar...

—¡Cielos, Emerson, es usted la inconsciencia misma! —aulló ahora Saúl Coffin—. ¡Vamos, Fowler, suelte a este hombre, y vamos todos al «Judas»!

—Pero ¿y si escapa? —protestó débilmente el teniente.

—No escapará, estoy seguro de ello —afirmó el federal. Se volvió hacia Siklós—. Usted, váyase adonde están mis compañeros y busquen a Ansara, a Von Mannheim, a Findlay y a todos. Tenemos que hacer la redada cuanto más amplia mejor. Protestarán, pero que los detengan a todos. Tiempo habrá luego de ponerles en libertad y afrontar los reproches superiores, si fracasamos en el hallazgo de la señorita Van Cleef y del libro.

Siklós desapareció, calle arriba. Emerson, Fowler y Coffin subieron apresuradamente al automóvil de este último, y emprendieron una vertiginosa carrera hacia la calle Veintitrés, bastante lejos de donde se hallaban ahora.

—Quiera Dios que lleguemos a tiempo —rogó Wade, fervoroso.

—Suya será la culpa, por meter a la chica en líos —gruñó Fowler—. En cuanto hablé con los federales y con Siklós, a quién citamos urgentemente esta tarde, comprendí que había algo más que un detective celoso o ambicioso en todo esto. Si quería detenerle era para sacar la verdad aunque fuera con sacacorchos, maldito estúpido.

—Yo no sabía esa verdad —dijo sombríamente Wade.

—¿Y ahora? ¿La sabe ahora? —dijo Coffin, volviéndose a mirarle un momento.

—Sé una parte —narró a toda prisa sus conclusiones. El federal habló, mientras conducía, al terminar Emerson el relato de los hechos.

—Ahora, muchas piezas encajan. Indudablemente es usted un

verdadero torbellino descubriendo cosas, Emerson. Ha hecho en veinticuatro horas la labor de un año o poco menos. Ahora el caso toma forma así: Ansara poseía documentos muy valiosos para él, que vendidos a alguna potencia, significaban un peligro para ciertas alianzas europeas y convenios diplomáticos estrictamente secretos. Cómo logró ese secreto, es algo que sabremos cuando se depuren ciertos centros diplomáticos. Los hechos que nos interesan dejan eso al margen. Todo empieza, en este caso, con la confesión indudable que Claude Langan, encargado de obtener microfilms para Ansara, hizo en un momento de debilidad o de embriaguez a Paula, por la que sentía debilidad especial, según me han dicho. Ella, entonces, algo torpemente, obró para su lucro, robando el libro donde se ocultaban los documentos, disfrazados bajo una clave, o en forma de microfilms introducidos entre las hojas del mismo. Veremos cuándo podemos comprobar ese punto. Dalilah, que espiaba a Ansara, para ayudar a Siklós y a su padre, averigua eso y finge estar en la conspiración, con toda inocencia, o revelar lo que sabe, que es mucho. Langan y Paula aceptan la nueva aliada. Langan tiene miedo a que el libro se pierda o sea robado, y repite unas fotocopias reducidas que oculta sabe Dios dónde. Paula, entretanto, esconde el libro. O acaso es Dalilah, haciendo creer a todos que es Paula, para evitar persecuciones con éxito. Ahí tenemos, pues, que Paula primero obra por sí sola, y luego en estrecha colaboración que acaso traicione cuando pueda obtener las dos copias.

»Dalilah, encargada del libro auténtico, lo destruye o lo deja en el “Judas”, dentro de alguna prenda. Y va a recoger la segunda copia. Langan, en realidad, se fía más de ella que de Paula, porque Dalilah es mucho más inteligente. Y se lleva el nuevo microfilm en un objeto de su pertenencia, que no sabemos cuál sería. Acaso ahora está en manos del asesino, y este busca el duplicado.

»Ansara, furioso por el robo, regresa, dispuesto a luchar. Sabe que usted, Emerson, es un mero comparsa metido en el lío, y que sólo busca pruebas de su inocencia. Por eso no le concede la importancia que Von Mannheim, otro pillito en transacciones internacionales, mucho más teatral, quiere darle. Mannheim a veces comete torpezas, como usar una factoría de carnes enlatadas, de su propiedad legal, como centro de la banda, Usted, al huir con la señorita Van Cleef, pone al descubierto ese truco. Y Von Mannheim

se eclipsa, saludablemente asustado. No así Ansara, dueño de sí y de sus actos, siempre a cubierto de posibles pruebas contra él. Uno y otro bando luchan por el libro y su precioso contenido.

»Y he aquí que un tercer personaje, misterioso y notable por su cojera y su sombrero verde, dos detalles muy visibles para un criminal tan escurridizo y hábil, aparece en escena. Usted ve su cara: es extraña, amarillenta y cruel, con aire oriental. Rhys Ansara muerto en Europa, responde a la descripción. Era un buen actor teatral, era sanguinario a veces, y poseía una serie de enfermizos complejos y resentimientos muy peculiares. Responde al retrato que nos hemos hecho de Rhys. Pero responde demasiado, por lo que suponemos todos que no puede ser él. Rhys murió, sin duda alguna razonable, y no creo en aparecidos que usen tijeras y ametralladoras “Thompson”.

»Nos falta, pues, saber quién ocupa el puesto fantástico de Rhys Ansara, y entonces tendremos al tercer hombre de la partida, al asesino de Paula. A un hombre que entró en el apartamento de ustedes, nada más irse usted, Wade, porque vigilaba la casa, mató a Paula, inútilmente según se ve, después de fumar con ella un cigarrillo amistosamente. Luego, sabemos que también ha muerto Dalilah de igual modo. El asesino, enterado de que la otra muchacha puede tener el objeto en cuestión, va tras ella. Sabe su cita con usted, sin duda, la espera cerca del “Judas” y la acuchilla. No puede suponer que vivirá lo bastante para verle a usted, pero eso facilita sus planes.

»Es alguien, indudablemente, que sabía que usted estaba en casa de los Langan esta mañana, y dispara sobre usted, estando a punto de matarle. Vuelve esta noche allí, enterado, no sé cómo aún de que Langan puede haber duplicado la obra fotográfica, y se anticipa a su llegada, que espera ya, matando a Langan. Luego nos telefonea a nosotros, con su peculiar voz susurrada, ronca, diciendo que podemos cazarle esta noche en casa de Langan. Y así ocurre, cuando usted sale de allí.

»El cuadro está completo y, como ve, nadie sospecha ya de usted. Sólo nos falta una cara, un nombre, para cubrir la pregunta: ¿quién es el tercer personaje, el cojo misterioso del sombrero verde y la cara amarillenta y rígida?

—También falta dar con el libro y con el duplicado —dijo Wade

Emerson pensativo.

—Oh, esto último será lo más difícil —enfilaban ya la calle Veintitrés—. Hoy en día, el microfilm puede ser infinitamente pequeño. Los alemanes, durante la guerra, llegaron a utilizar unos tan diminutos que formaban simples círculos negros en los reversos de los sobres de correo aéreo. Sólo una ampliación colosal, permitía convertir ese punto en un documento en negro, una fotocopia fidelísima y limpia del original.

—Simples puntos... —Wade meditó—. No puede haber nada más pequeño que eso. Dalilah habló del asombroso avance de la técnica fotográfica. Pueden, pues, ser puntos, al estilo nazi... Pero ¿dónde, qué objeto podía tener encima Dalilah que...?

Se detuvo. Entonces lo vio. Vio el objeto. Supo dónde podía estar el libro, convertido en menudos puntos, verdaderas miniaturas de la fotografía. Y si lo olvidó, fue porque se detuvieron ante el «Judas», con brusco frenazo. No se veía rastro alguno de Gail. Entraron todos en el local, dirigiéndose al guardarropa. El federal preguntó, y la empleada respondió afirmativamente:

—Sí, una joven rubia se llevó ese impermeable y lo que tuviera en el bolsillo, que no se me ocurrió mirarlo. ¿Por qué? ¿Le ha ocurrido algo? Estas chicas de hoy en día...

Dejaron a la mujer con sus filosofías y abordaron a Budweiser. El camarero, asustado ante la presencia de Wade, vaciló, para terminar diciendo a Coffin:

—Sí, estuvo aquí y se fue. Hace ya cosa de un cuarto de hora, señores. Por cierto que se parecía a la difunta señorita Dalilah...

Dejaron al viejo Budweiser, hablando aún para sí.

—... y la miré detenidamente. Incluso la vi andar por la calle. Cuando subió a aquel coche, lo hizo como lo hacía la señorita Dalilah...

Wade se detuvo en seco, igual que los otros dos. Rápido, el detective voló hacia el viejo camarero y le aferró por las solapas. Fowler y Coffin corrieron junto a él.

—¿Cuándo fue eso? ¿A qué coche subió? ¿Había alguien dentro?

—Pues, sí; pero yo... —El viejo vaciló—. No podía saber que ocurriera algo...

—¡Pronto, diga lo que sea! —gritó Coffin, mostrando su insignia del F.B.I.—. Es cuestión de vida o muerte. ¿Se marchó con alguien?

—Sí, con un caballero bien vestido. Era todo un caballero, desde luego... Y ella parecía sorprendida de encontrarse con él. Yo soy muy observador...

Wade corrió al teléfono del «Judas» y marcó el número de Van Cleef. El mismo anciano contestó:

—¿Dígame? Soy Van Cleef.

—Escuche, soy Wade Emerson. ¿Ha visto usted a su hija Gail? ¿Está ahí con usted?

—No —el viejo J. H. parecía asombrado e inquieto a la vez—. Pero si yo creí... que se había ido con usted. Al no encontrarla en casa... Dejé una nota diciendo que iba a verle. Y no ha vuelto aún.

Wade colgó sin añadir más. No tenía tiempo para explicaciones. Regresó junto a Fowler y Coffin, y contó lo que sucedía.

Fowler corrió ahora al teléfono, marcó el número de jefatura y dio rápidas órdenes a todas las patrullas volantes de Chicago. Coffin, entretanto, había vuelto a la calle, perplejo y sin saber qué decisión adoptar.

Entonces, se detuvo un coche con gran patinazo de frenos, junto a la acera. Un rostro amarillento y suave asomó tras la portezuela, sonriendo a Coffin y a Wade, que asomaba a la puerta del local.

—¡Eh, Emerson! ¿Busca a la señorita Van Cleef?

Wade, atónito, se dirigió en derechura al coche, encarándose con Carleton Ansara.

—¿Qué sabe usted de eso? —rugió, furioso—. ¡Vamos, hable, por amor de Dios!

—Verá que soy buen chico con usted, Emerson, y ni siquiera sé por qué —rió el eurásico abriendo la portezuela y saltando a la acera. Miró de reojo a Coffin—. Sé que va a detenerme, señor. Lo estaba esperando. Claro que tendrán que soltarme enseguida, porque no tienen nada consistente contra mí...

—Ya lo veremos —gruñó Coffin—. Ahora, hable. ¿Qué sabe de esa joven?

—Cometí un serio error. Vigilé el «Judas» por medio de mis hombres, y conociendo en cierto modo la imaginación del señor Emerson, di las señas de Gail Van Cleef, por si aparecía. Findlay también vigilaba. Pero nadie la conoció, teñida de rubio y con una máscara de maquillaje. Sólo cuando la vieron subir a un coche, llevando en la mano un libro de cuentos infantiles, que el ocupante

del coche le arrebató con toda suavidad, comprendieron que habían sido burlados. Pero el coche corría mucho y no pudieron darle alcance. Ese bribón me ha engañado bien a última hora.

—Pero ¿quién era? ¿No han podido averiguar eso? —rugió Wade, frenético—. ¡Ella corre peligro!

—Claro que corre peligro, Wade —dijo Ansara con gravedad—. Pero dudo que la puedan ayudar ya. Es muy tarde para intervenir. Mi coche es rápido. Tómelo y corra a ver aún.

—Pero ¿adónde he de ir? ¿Lo sabe usted?

—Oh, sí, lo había olvidado. El hombre que la recogió aquí en su coche, era su propio padre, el señor J.

H. Van

Cleef... Monstruoso, pero es así, Emerson...

Los cabellos de Wade se erizaron. Ni Coffin ni mil federales podían detenerle ya. La idea de la ingenua y dulce Gail en peligro, le espoleó. Saltó dentro del lujoso «Chevrolet» de Ansara, lo puso en marcha y aceleró. El eurásico quedó allí al cuidado de Coffin, que gritó algo a Fowler.

Éste, asombrado, volvió al teléfono y ordenó la movilización de patrullas hacia la residencia de los Van Cleef. No podía hacer más. Colgó, corrió al coche de Coffin, y él, el federal y el propio Ansara, dócil detenido, corrieron haciendo ulular la sirena.

—J. H. Van Cleef —murmuró Saúl Coffin—. Esto cierra el caso... Pero ¿por qué él?

CAPÍTULO XI

—No sabes cómo lamento esto, Gail, hijita —dijo aquel terrible criminal, cerrando de golpe el ejemplar de «Alicia en el País de las Maravillas», algo incongruente y absurdo en aquel clima de terror y de muerte.

Gail, sentada ante él, en su propio dormitorio de la residencia Van Cleef, no había tenido oportunidad alguna de gritar ni pedir auxilio. Y aun en ese caso, ¿quién iba a auxiliarla, sabiendo que era una hija díscola y rebelde, huida ya una vez de su casa? Y decir que su padre era el asesino de su propia hija, Dalilah... Horrible y absurdo.

Sin embargo, no lo era. Ahora comprendía todo. La aplastante lógica de su aversión instintiva hacia aquel hombre, la razón de la muerte de Dalilah, que para él era como otra persona cualquiera... porque él jamás había sido el verdadero J.

H. Van
Cleaf.

Acababa de decírselo él mismo. Y ahora, ante su horror, añadía:

—Conocí a tu padre en el campo de prisioneros de guerra de Holanda —dijo con un brillo fanático y cruel en los ojos—. Entonces, yo era víctima de malos tratos por parte de los nazis. Eso me hizo odiar más aún a la Humanidad, mi pequeña Gail. Una noche convencí a tu padre para huir juntos de allí. Llegamos hasta las alambradas, y yo entonces hice ruido, ocultándome inmediatamente. Le vieron a él y empezaron a disparar, cosiéndole a balazos. Antes de la fuga, tu padre, convencido del éxito de un supuesto proyecto mío de fuga, había cambiado conmigo el traje de prisionero, con su número.

»Procuré machacarle el rostro cuando el tiroteo llegó, pareciendo que se había golpeado en unas piedras, y luego, en medio de la confusión, fui yo, quien pudo huir. Creo que la

estratagema resultó. Van Cleef y yo nos parecíamos bastante en lo físico. Por él sabía detalles vuestros, tenía fotografías. Eráis muy niñas y hacía años que no le veáis. La guerra cambia a las personas, es un tópico que me fue bien. Nadie dudó de Van Cleef, ¿por qué iban a hacerlo? Era época muy revuelta e insegura.

»Luego, vinimos a los Estados Unidos, me establecí. Mi negocio de transportes aéreos me hizo entablar conocimiento con mi propio hermano, Carleton Ansara. Yo no era ya el mismo de antes. Al huir del campo de concentración, un médico de la resistencia, amigo mío, me operó con éxito las facciones, según una fotografía de Van Cleef, sacándome parecido a él, si bien no exacto. Al menos, deformó mi antiguo rostro. Iba a demostrar al mundo que era capaz de una gran interpretación, como había sido capaz siempre de hacer creer a todos en mi falsa cojera. Lo achacaban a autogestión, cuando los médicos afirmaban que no tenía lesión. Incluso engañé a los médicos, porque yo... ¡Yo soy un gran actor, Gail! Y ahora lo he demostrado a todos.

»Supe que Ansara, mi hermanito querido, hacía alto espionaje bajo su capa de honradez, para las potencias que le pagaban bien. Yo convencí a Dalilah, con un falso pretexto, para que vigilara. Ansara nunca me ha relacionado para nada con mi verdadera personalidad. El muy estúpido no podía reconocerme.

»Dalilah empezó sin desconfiar, pero un día, Langan debió obtener, no sé por qué medios, una fotografía del verdadero Van Cleef y la amplió, descubriendo detalles que no correspondían a mi rostro. En realidad, Langan era más listo de lo que parecía, y quiso aprovechar la situación. Sabía que la misión de Dalilah dentro de la empresa de Carleton, era distinta de la que parecía, aunque ella obrase de buena fe. Siklós, el de la Interpol, también fue engañado por mi gran arte. No podía descubrirme nadie, ¿te das cuenta?

»Dalilah aprovechó la idea de Langan de robar un libro con microfilms de documentos muy codiciados por las grandes potencias americanas, europeas y asiáticas, para meterse en el enredo y poder ayudar a Siklós. Creo que, en el fondo, ella siempre dudó de mí. Su corazón, como el tuyo, Gail, le decía que yo no era su padre. Por eso a ti te parecía duro, cruel, y llegaste a huir. En realidad lo soy, y no me avergüenzo de ello. Es bueno ser así, porque el mundo es también cruel y despiadado con uno...

»Entonces, yo me puse nervioso y exigí a Dalilah que me entregara el libro. Luego añadí que a mí y a Siklós, pero ella estaba ya en sospechas y siguió su propio juego. No debió de hacerlo. También me enfurecí lo bastante contigo como para provocar tu fuga de casa. Me asusté, y busqué un detective privado que diera contigo. La casualidad fue mi aliada, pues supe que el marido de Paula Emerson, la aliada de Dalilah, era detective y poco brillante por cierto. Le encomendé tu búsqueda, pero Dalilah, asustada por mis posibles represalias, te ocultó. Luego, quiso avisar a Emerson, cuando se dio cuenta de que tanto yo, por mi parte, como Ansara y Von Mannheim por otra, estaban dispuestos a todo.

»Me engañó, al decirme que sería Paula quien tuviese el libro oculto. Yo maté a Paula, sin saber que corría el riesgo de que tú me vieras salir del apartamento de los Emerson. Sólo me equivoqué en eso. Los cigarrillos con filtro gris eran un buen dato para despistarles. Yo jamás los he fumado, y tú lo sabes, ¿verdad, pequeña Gail? La pobre esposa de Emerson era muy torpe, y no sospechó de J.

H. Van

Cleef, al visitarla.

»Sabía que Dalilah iba al “Judas” a verse con Siklós, y temí que dijera a éste todo. Además, ella llevaba el libro, estaba seguro de ello. No supe advertir su juego con el impermeable amarillo, el día antes. Cuando la atacué, en el muro posterior del “Judas” saltando de mi coche, ella se escapó y no pude registrarla. Vi luz, y Wade Emerson se encontró con ella. Cuando la registré, poco después, ya no llevaba nada encima. Pero entonces, acaso Wade lo tuviera...

»Saqué a escena al cojo del sombrero verde. Fue un detalle teatral y divertido, como el de usar una mascarilla de goma transparente, en color amarillo, sobre el rostro, para disfrazar las facciones si fallaban los disparos al salir él de la casa de Langan, donde sabía que estaba porque yo estaba delante, con Siklós y con él, cuando lo dijo.

»Langan, asustado por su visita, cometió el error de telefonarme, diciendo que tenía pruebas de mi falsedad como Van Cleef, y que obraría en consecuencia, si yo no le ayudaba a recuperar el libro y las copias en microfilm, recién hechas. Entonces, supe con terror lo de las copias segundas y lo de mi

identidad en peligro. Tuve que matarle también...

—¡Dios mío! —gimió Gail, ocultando su rostro, una máscara lívida bajo el grotesco maquillaje—. Qué horror...

—Ya lo sabes: no eres mi hija, Gail. Langan dijo que Dalilah tenía las copias nuevas, pero no quiso hablar. Yo le maté con sus propias tijeras. Ahora, Emerson será culpado de esto también. Cuando hablasteis en mis oficinas esta tarde, yo escuchaba desde muy cerca de vosotros. Supe con antelación todo lo que planeaba Wade, y te esperé en «Judas». Fue una sorpresa para mí, pero verás que soy rápido de ideas. Tu esforzado Emerson ha telefoneado hace poco. Era él quien llamaba. Han notado tu desaparición y te busca él. Parece ser que ha eludido a la policía, pero ya caerá en breve. Mientras te buscan por la ciudad, yo, sin prisas... terminaré contigo. Aparecerá tu cadáver en cualquier sitio lejos de aquí... y nadie me relacionará con este nuevo crimen. ¿Qué padre mata a sus hijas?

Tomó unas largas y agudas tijeras, riendo, bajo la mirada de horror de la muchacha. Sonrió ambicioso y audaz, el asesino de J.

H. Van

Cleef, de Paula Emerson, de Dalilah Van Cleef, de Claude Langan, de Gail Van Cleef también...

Ella gritó, angustiada, pero sabía que en el centro de la gran casa de los Van Cleef, era inútil gritar. Nadie iba a oírla, y menos a atenderla. Él diría que tenía crisis nerviosa por la muerte de su hermana, si acudía alguien.

Las tijeras centellearon en el aire, avanzando hacia ella.

—Rhys Ansara va a cometer su último asesinato —rió, con ferocidad, el asesino.

El automóvil se detuvo con un aullido escalofriante de frenos. Wade saltó ante la puerta del edificio. Dentro de la casa, sonó un grito terrible. Wade no esperó a más. Acercó la automática a la cerradura, y apretó el gatillo. La pesada impedimenta precisó dos balazos a quemarropa para saltar, reventada. Wade cargó contra la puerta y ésta cedió.

Penetró en el vestíbulo oscuro. Arriba, gritó de nuevo Gail Van Cleef.

Era un grito terrible, desgarrador, de angustia infinita.

Wade alzó su pistola, corrió hacia las anchas escaleras y disparó a la vez contra la galería superior. Un espejo cayó hecho añicos. El

estruendo era terrible.

—¡Wade, Wade, socorro! —Se percibió la voz de Gail, muy débil y lejana.

Emerson no necesitó más acicate. Otro disparo descerrajó una nueva puerta, más frágil, que se oponía a su avance. Corrió, pasillo adelante. Los gritos y ruidos venían de una puerta, al fondo.

Recorrió la distancia en segundos, llegó ante la puerta. Al otro lado de ella, sonó un terrible fragor de vidrios destrozados. Wade, lívido, esperó. Su arma se encasquillaba.

Giró el picaporte, él alzó el arma para descargarla, y Gail Van Cleef, destrozada, sollozando y llena de terror, cayó en sus brazos.

—¡Oh, Wade, ha sido horrible, horrible! —gimió—. Cuando oyó los disparos perdió la serenidad... corrió tras mí con las tijeras, pero yo me escabullía... Finalmente, oyó tus pasos en el corredor, arrojó las tijeras al suelo y se lanzó contra el ventanal del patio interior... Debe de estar... destrozado en las losas, oí su grito y el choque de su cuerpo...

—Vamos, querida, calma, calma —la estrechó entre sus fuertes brazos, sin darse cuenta exacta de lo que decía—. Él no era tu padre, no podía serlo...

—¿Tú sabes ya...?

—Lo he sabido mientras venía hacia aquí. Rhys Ansara... Entonces, todo encajaba ya...

—¡Oh, Wade, qué espantosa realidad, qué horror más inaudito he vivido!

Wade lo entendía. Sí, un horror absorbente, enloquecedor. Pero la espiral se había roto... los círculos huían, liberándoles a todos, dejando entrar aire purificado y sano...

—Esto cierra el caso —concluyó Wade, entregando a Coffin el libro policromado de «Alicia en el País de las Maravillas», y un objeto más: un curioso llavero femenino, con cuatro dados de marfil, diminutos, bailando en una cajita circular de plástico. El llavero de Dalilah Van Cleef. El último eslabón de la cadena.

Coffin y Siklós examinaron, con Fowler, el libro de Lewis Carroll. Ya no significaba nada. Sus respectivas hojas, separadas entre sí las dos finas capas de papel que las formaban, habían perdido toda copia de documentos secretos, sin duda destruidos por Langan o por Dalilah, al tener los microfilms.

Coffin estudió los cuatro dados de apariencia inocente, con sus puntitos negros y rojos.

—De modo que era esto... —musitó, mirando con admiración a Wade Emerson—. ¿Cómo se le ha ocurrido?

—Al hablar usted de puntos en las cartas. Los dados también tienen pequeños círculos. Y ese llavero iba en el bolsillo de Dalilah cuando volvía de ver a Langan. La máquina encontrada es microscópica, y un reductor después, podía convertir en meros puntos las fotocopias en negro o en rojo, a usanza de los nazis en la guerra. No era nuevo, pero sí eficaz. Creo que en cada puntito de esos dados, aparecerá adherido el invisible microfilm.

—Bien, entonces, caso concluido —suspiró Siklós, mirando con simpatía a Wade—. Ansara puede que no sea hallado culpable, por falta de pruebas, pero se le expulsará del país, por indeseable. El F.B.I. encontrará medios, ¿verdad, Coffin?

—¡Qué duda cabe! —rió el federal—. Von Mannheim, Findlay y otros, también han caído en las redes del Servicio de Seguridad Interior y Actividades Subversivas. En cuanto a usted, Wade, es inocente, libre, y por añadidura destinado a la fama. Aquí empieza su verdadera carrera como detective. La pena ha sido que se nos escapara Rhys Ansara, alias J.

H. Van

Cleef. Ése encontró el camino sin pasar por la cámara de gas o la silla... Igual que uno de esos héroes sombríos shakesperianos, que él adoraba... Pobre loco.

—Fue un despiadado asesino y un gran actor —gruñó Fowler, a guisa de epitafio. Y seguramente esto hubiera enorgullecido al monstruo, al sádico demente de inteligencia poderosa y cruel.

—¿No se va ahora a descansar, Wade? —dijo Siklós, bostezando—. Se lo ha merecido.

—No puedo —sonrió Emerson—. Tengo que asistir al funeral de mi esposa, al de Dalilah, y cuidar después de Gail.

—Sí, creo que de ahora en adelante, la pobre chica tendrá quien la cuide... y usted también —dijo maliciosamente Saúl Coffin, guardando los preciados daditos—. Mutuos cuidados, Wade...

Emerson sonrió y, sin rechazar la sugerencia, salió de la oficina del teniente Fowler en el Departamento de Homicidios de Chicago.

Amanecía ya, la ciudad estaba solitaria, silenciosa y mojada por

la llovizna. Pero era el más hermoso amanecer desde hacía muchos años.

Al menos para Wade Emerson.

FIN

Jerry Cotton

LA NOVELA
POLICIACA
DE MAS EXITO
EN TODO
EL MUNDO

BRUGUERA



**LECTORES Y PUNTOS DE
VENTA AGRACIADOS EN
LOS SORTEOS MENSUALES**
¡GANE UN MILLON!

ENERO:

DOÑA MONTSE CANOVAS
CALDITO
c/ Pau Montadas, 60
Igualada (Barcelona)

LIBRERIA:

Papelería-Juguetería Rafaela Sala
Igualada (Barcelona)

FEBRERO:

DOÑA MARIA TERESA
MARTIN FOLGAROLAS
c/ Bertrand Serra, 1
Manresa (Barcelona)

LIBRERIA:

Librería Jo.
Manresa (Barcelona)

MARZO:

SR. JUAN ALBERO MENDEZ
c/ Zigordia, 19
Zarauz (Guipúzcoa)

LIBRERIA:

Librería Urquía
Zarauz (Guipúzcoa)

INSTRUCCIONES PARA PARTICIPAR EN EL CONCURSO GANE 1 MILLÓN

EDITORIAL BRUGUERA, S. A., sorteará el último día hábil de cada mes, durante el primer semestre de 1985, 1 millón de pesetas entre todos los lectores que hayan enviado debidamente rellenado el cupón que figura en la tapa posterior de las novelas.

En dicho cupón ha de constar también el punto de venta dónde se ha adquirido el ejemplar, ya que el vendedor del cupón logrará un premio de 250.000 pesetas.

los cupones deberán enviarse a **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.** Apartado de Correos 9475, Barcelona.

Pueden enviarse todos los cupones que se desee, los cupones participantes en un sorteo serán destruidos al finalizar éste.

Los sorteos se efectuarán ante un notario de Barcelona y los ganadores que resulten de cada sorteo (comprador y vendedor) recibirán notificación notarial de su premio. Editorial Bruguera, S. A. publicará el nombre de los ganadores en las últimas páginas de todos los bolsilibros que edita.

Este concurso sólo es válido para territorio español.

Según las normas de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**, en este concurso no podrán participar los empleados y familiares de los mismos.

NOTA:

Las novelas en las que no figure el cupón de la parte posterior también sirven para participar en este concurso. Solicite de su vendedor habitual un cupón, adjúntelo con la tapa posterior de la novela y envíelo a Editorial Bruguera, S. A. Apartado de Correos 9475 de Barcelona. Puede participar con todos los cupones que desee, siempre que cada cupón vaya acompañado de su correspondiente tapa.

GAÑE 1.000.000 DE PESETAS

CUPÓN VÁLIDO SOLO PARA ESPAÑA

ESCRIBA SUS DATOS PERSONALES (EN MAYUSCULAS)

NOMBRE

APELLIDOS.....

CALLE.....No

POBLACION

PROVINCIA.....

DATOS DEL QUIOSCO O LIBRERIA.....

PLAZA O CALLE

POBLACION

PROVINCIA.....

● INSTRUCCIONES DEL CONCURSO EN EL INTERIOR



8 410018 034775

BRUGUERA

PRECIO EN ESPAÑA 90 PTAS.

IMPRESO EN ESPAÑA



